



Armonía

DEL SOL



MARY KELLY



[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)

HAPPY BOOKS

Los personajes de la serie de libros *Happy Books* están llenos de fantasía y humor. Los caminos de sus vidas son alegres y coloridos, y nunca se delinean como podríamos imaginar.

Estos libros están dirigidos a todos aquellos que consideran la lectura un medio de evasión y el antídoto perfecto para los pequeños problemas de la vida.

Cuando más necesitamos una sonrisa, los héroes de sus páginas toman el relevo para recordarnos que nada es tan serio mientras podamos ver el lado bueno de la vida.

ARMONÍA DEL SOL

Arianna se enamoró de Paul a primera vista. Pero cuando le dijo lo que sentía no solo la rechazó, sino que además la acusó de ser superficial y mimada. No hay problema, ella le demostrará que tiene... razón.

Las cosas empiezan bien. Contratada para dirigir la última campaña de marketing de su empresa, tiene la oportunidad de estar cerca de él todos los días y así poder poner en práctica su plan.

Decidida a hacer que él se arrepienta de sus palabras, ella olvida una cosa: él todavía tiene el poder de romperle el corazón.

MARY KELLY

ARMONÍA DEL SOL

Diseño de tapa: YULIYA
Ilustraciones: filitova — Deposit Photos

En la serie: *My Day*

Armonía azul
Nota sin fin
Dulce melodía

Armonía del sol
Nota imprevista
Melodía desconocida

[HAPPY BOOKS](#)

Si quieres mantenerte informado sobre nuevos lanzamientos, ventas, libros electrónicos gratuitos, concursos y mucho más, suscríbete a mi boletín y comparte mi viaje.

[INSCRIBIRSE](#)

o visita mi página web

[MARY KELLY](#)

Si has disfrutado de la lectura de *Armonía del sol*,
puedes dejar una reseña.
Las reseñas son muy valiosas para un autor
y ayudan a correr la voz.

NUEVA SERIE - LIBRO GRATUITO

¿Buscas misterio y romance?
Visita mi sitio web.

Haz clic en el enlace

<https://andiemadisones.weebly.com/escrito-en-taacutendem.html>

y sigue las instrucciones
para descargar un ejemplar gratuito de *Escrito en tándem*,
la precuela de la serie *Misterio para dos*.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes,
lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de
forma ficticia.
Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, sucesos o lugares existentes
es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados.

Copyright © 2023 - 7 Seasons — Mary Kelly

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni transmitida en ningún formato o
por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias,
grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información,
sin el permiso escrito del editor, excepto cuando lo permita la ley.

*Para mi hermana.
Admiro tu fuerza,
tu capacidad para centrarte
en el lado bueno de la vida.
Has cambiado de vida y estoy orgullosa de ti.*

—*Siempre puedes negarte, por supuesto.*
Eso te encantaría, ¿verdad?

PAUL y ARIANNA

—Ha llegado el día D—, murmuro mientras dejo el ordenador sobre el escritorio de mi nuevo despacho. Bueno, el despacho que ocuparé durante los próximos cuatro meses. Me tiemblan las manos y trato de calmarme acariciando la lisa superficie de madera.

Pero no es este nuevo reto profesional lo que me preocupa, sino el hombre que, dentro de unos minutos, caminará hacia mí, probablemente furioso por encontrarme en las instalaciones de su empresa. Paul Anderson, el codirector de la empresa que me ha contratado para ayudarles a lanzar su próxima campaña de marketing, no sabe que estoy aquí... todavía.

Bueno. Para aclarar las cosas, me contrataron sin su consentimiento.

Tengo la suerte de contar con el hermano de Paul, Ethan, de mi lado; gracias a él estoy aquí esta mañana. Sabe lo que pasó en Santorini y cuáles son mis planes, y ha decidido embarcarse conmigo en esto. Incluso me ha puesto en el despacho contiguo al de Paul para facilitar mi contacto con él.

Paul sale del ascensor hablando por teléfono. Se dirige a grandes zancadas al despacho de Georgina Rhimes, su mano derecha, según Ethan. Su amplio y ordenado espacio tiene ventanales transparentes, lo que me permite observarlos desde la distancia. No puedo evitar fijarme en cómo se ríe ella mientras lo mira, en cómo se arregla su larga y lacia melena rubia, y en cómo se inclina hacia él con un movimiento ligero, cargado de intención. Es obvio que está coqueteando con él.

Esta mañana Ethan nos ha presentado y, en cuanto ha sabido que yo conocía a Paul, se ha puesto tensa. Se limitó a murmurar un «bienvenida». Ethan también me proporcionó una carpeta con información sobre los empleados con los que trabajaré, y la he estudiado a fondo durante los últimos días. Georgina lleva seis años en la empresa, tres de ellos con Paul.

¿Él se ha pasado por su despacho por motivos profesionales o porque ella tiene un físico digno de las portadas de las revistas? Hay que admitir que este pensamiento no es caritativo con ninguno de los dos, pero de ninguna manera voy a darle a Paul el beneficio de la duda. No después del incidente de Santorini.

Al verlo salir de su despacho, cojo una carpeta y salgo al pasillo. Él viene caminando en mi dirección y se detiene en seco al verme.

—Arianna...

Su voz resonante me acaricia los oídos y el corazón me da un vuelco. Y aunque estaba segura de tenerlo todo bajo control, al menos esta parte, mi reacción ante su

cercanía me pilla desprevenida. Aun así, me abstengo de responder de forma pueril. El objetivo no es atacarlo desde el principio. Mi victoria será lenta, pero llegará, y estoy decidida a disfrutar del camino.

—¡Qué alegría volver a verte, Paul!

Su mirada me examina el tiempo suficiente para que me den ganas de salir corriendo, pero mantengo la calma.

—Me sorprende verte *a ti* aquí—dice en lugar de darme un saludo afectuoso—. ¿Has venido a ver a Ethan?

—No, no exactamente...—digo, con la esperanza de que mis habilidades teatrales de octavo grado valgan la pena—. ¿Ethan no te lo ha dicho?

—¿Decirme qué?

Su voz está cargada de irritación. No puedo evitar que se me dibuje una sonrisa.

—Trabajaré contigo unas semanas. Ethan me dijo que necesitabas a alguien que te ayudara a lanzar la nueva línea de calzado femenino, así que me contrató como responsable de la campaña de marketing.

—¿Te ha contratado? —Se cruza de brazos—. Me gustaría saber en qué sería indispensable tu ayuda. Si no me equivoco, ya tenemos un equipo que se encarga del marketing, y lo último que sé es que el gerente soy yo.

—Claro que sí —digo con ligereza, como si hablara con un niño revoltoso—, pero pensó que sería bueno tener un nuevo enfoque y será solo para la colección femenina. No olvidemos que tengo un máster en marketing, y mis resultados son excelentes. Y, bueno, soy una mujer a la que le encantan los zapatos. Eso debería contar, ¿no? —Inclino la cabeza hacia un lado y levanto un pie para mostrarle mis zapatos: un par de su última colección de primavera.

Su mirada se detiene unos segundos en mis pies antes de volver lentamente a mi cara, aún sin una sombra de sonrisa. Hago como que no me doy cuenta y continúo en el mismo tono animado.

—Espero que no te moleste. Ethan me aseguró que estarías de acuerdo y yo prometo ser una perfecta compañera de trabajo. Puedes hablar con mis clientes si lo deseas. Ellos responderán por mí. Lo último que quiero es causar problemas entre Ethan y tú.

—Voy a hablar con él. Supongo que habrá tenido sus razones para contratarte.

Lo que no menciona es *sin consultarme*.

Le regalo una sonrisa angelical.

—Gracias. Me alegro de no molestarte con mi presencia.

Su penetrante mirada me demuestra que no se deja engañar por mi actuación. Le deseo suerte si espera demostrar que estoy actuando: puedo mantener este papel para siempre.

—Estaba por reunirme con Rena Myers. —Hago un gesto hacia el pasillo con la carpeta en la mano—. Se supone que me enseñaría la nueva colección.

—Muy bien. Más tarde retomamos esta conversación.

Sus palabras suenan como una amenaza, pero no me dejaré intimidar. Hoy he venido vestida como una eficiente y seria mujer de negocios, y mi comportamiento debe ir de la mano de mi apariencia.

Mañana las cosas serán diferentes. Mañana verá a la mujer superficial y frívola que cree que soy, la que no hace más que disfrutar de su buena fortuna.

Me dirijo al despacho de Rena Meyers con una sonrisa radiante. Mi plan empieza bien. Dentro de cuatro meses, Paul Anderson no sabrá lo que le está pasando.

El marketing es lo mío. Construí un nombre para el hotel de mi abuelo en Santorini, y ha recibido críticas muy favorables en varias revistas especializadas. Mi cartera contiene docenas de clientes satisfechos. Sé que puedo ayudar a la empresa a promocionar su nueva colección de zapatos, y me entusiasma adentrarme en algo diferente. No he venido aquí con el único propósito de hacerle la vida imposible a Paul: pienso trabajar duro, y este trabajo me va como anillo al dedo. Fastidiarlo será la guinda del pastel.

Para ser sincera, me habría conformado con unas cuantas reuniones de estrategia de marketing con Paul. Eso me habría bastado para tener la oportunidad de pedirle explicaciones sobre su comportamiento en Santorini. Pero Ethan me propuso contratarme en exclusiva durante cuatro meses para encargarme de la nueva campaña. Tomó la decisión por mis conocimientos de marketing y mi trayectoria, como me explicó cuando le pregunté: «¿Por qué yo?». Cuando señaló que para trabajar en esto se requería una estrecha colaboración con Paul, no pude resistirme, a pesar de la advertencia de mi amiga Amy. Ella apoya mi plan, pero cree que soy demasiado vulnerable para llevar a cabo mi proyecto y hacer que Paul se disculpe. Se equivoca. Puedo hacerlo y se lo demostraré.

Rena me recibe con los brazos abiertos y discutimos en detalle los treinta nuevos diseños. La mayoría son diseños de Ethan, pero Paul siempre contribuye con algunos dibujos. Ethan me explicó que querían que esta campaña fuera más innovadora, que rompiera moldes, y yo tengo carta blanca para conseguirlo. A menudo trabajo en todos los aspectos de una campaña. Mis clientes confían en mí para buscar el concepto, contratar a las personas adecuadas que harán que cada paso sea un éxito y supervisar el resultado final. Es emocionante, aunque sospecho que Paul no opina lo mismo. ¿Cómo puede una persona mimada y superficial ser competente en otra cosa que no sea ir de compras y de discotecas?

Lo reconozco, estoy amargada y no puedo olvidar ese incidente. Es que él había pronunciado estas palabras con tanto aplomo, y yo estaba tan sorprendida por su prejuicio que no tuve ni el ánimo ni el valor de contestarle. Al principio, incluso pensé que lo que había dicho no tenía importancia, que no merecía mi tiempo ni mi atención. Si le parecía superficial, problema de él. La cuestión es que podría fingir que sus palabras no me han afectado, pero la realidad es que no he podido salir con un hombre sin que las críticas de Paul me nublen la mente.

Así que tomé la decisión de enfrentarme a él, y mi plan empieza hoy. Con esto podré olvidar todo el episodio y seguir adelante, pero no sin antes confrontarlo por su actitud. Tened la seguridad de que no pienso causarle graves problemas. Solo quiero bajarlo de su pedestal, algo que, estoy segura, no le hará daño.

No me importa si cree o no que soy competente. Me encantan los zapatos, y la emoción que me produce trabajar en un nuevo proyecto se multiplica por ese factor. Cuando veo los modelos, un escalofrío recorre mi cuerpo. Son preciosos. Líneas finas y elegantes con combinaciones de colores atrevidas.

Paul no se me acerca hasta la hora del almuerzo. Lo veo venir desde mi ventana, así que no me toma por sorpresa. Mejor estar preparada para confrontarlo.

Llama a la puerta y lo invito a pasar.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta con una expresión seria y postura rígida.

—Por supuesto. —Dejo a un lado mi trabajo y le presto toda mi atención. Esto va a ser divertido, mejor disfrutarlo.

Se inclina hacia mí, con las manos a ambos lados del escritorio.

—He hablado con Ethan y, aunque no veo la utilidad de contratarte, puesto que ya tenemos un equipo de marketing competente, él está convencido de lo contrario. Así que, de momento, opto por confiar en él. No obstante, me gustaría que las cosas quedaran claras entre nosotros.

Hace una pausa, como si esperara alguna reacción por mi parte, pero no se lo pongo fácil. Le dirijo la mirada sin pestañear y él pierde parte de su ardor.

—No quiero que nuestro último encuentro nos impida colaborar juntos de forma eficaz. Estoy implicado en cada paso de la promoción de la nueva línea femenina, así que tendremos que unir fuerzas. ¿Te parece bien? —Coge un bolígrafo de mi escritorio y empieza a hacerlo girar entre los dedos—. Siempre puedes negarte, por supuesto.

«Eso te encantaría, ¿verdad?»

—¿Y por qué nuestro último encuentro habría de afectar esta colaboración? Te refieres a la fiesta de la inauguración de la casa de Amy y Ethan, ¿verdad? —pregunto, acariciándome la barbilla.

Él frunce los labios.

—Claro, sí. Pero me refería a nuestro encuentro en Santorini.

Me alejo del escritorio y me acerco a él.

—¡Paul, *por favor!* —Utilizo mi voz más tranquilizadora—. Tienes derecho a encontrarme superficial y a no querer conocerme mejor. Soy una persona adulta. No dejo que mis sentimientos interfieran en mi vida profesional, así que no hay motivo para preocuparse. Soy competente y esa es la razón por la que Ethan me ha contratado.

Ya sea porque me cree o porque comprende que soy mejor que él en este juego, dice con voz suave:

—Gracias. Me tranquiliza oírte decir eso.

Recorre mi cuerpo con su mirada con expresión inescrutable. Intenta conciliar mi aspecto pulido y profesional con la imagen que tiene de mí. Sonrío en secreto. «Las sorpresas pueden esperar hasta mañana».

Poco después de que salga de mi despacho, me dirijo a un restaurante cercano para almorzar con Lexi y Christine.

Lexi y yo estudiamos en la misma universidad. Ella se especializó en relaciones públicas, mientras que yo estudié marketing. Desde entonces, nunca hemos perdido el contacto. Incluso nos ayudamos en lo profesional.

Desde que su hermano Matt y su prometida Erin compraron una cadena hotelera para renovarla y convertirla en una de las cadenas de hoteles románticos más prestigiosas del mundo, trabajo a menudo con ella y con Christine, la responsable de relaciones con los clientes del hotel. Desde hace varios meses, las tres nos reunimos con frecuencia para tomar algo o cenar y, por supuesto, hablar de nuestras vidas personales.

—¡Cuéntanos! —me incita Christine en cuanto me siento a su lado en el bistró francés que hemos elegido hoy para comer—. ¿Cómo empezó el plan *My Day*?

My Day es una idea que tuvo Amy hace unos meses. El principio es sencillo: eliges

a alguien que te haya hecho daño en el pasado, alguien a quien nunca has tenido el valor de enfrentarte, y lo haces al mismo tiempo que intentas disfrutar vengándote.

Me revuelvo el pelo de forma exagerada.

—Todo salió según lo planeado. Aunque él hubiese tenido dudas, no hice nada para alimentarlas. Me mantuve tranquila y respetuosa; borré sus preocupaciones. Esperemos que piense que seré la compañera de trabajo perfecta. —Examino detenidamente el menú para evitar el contacto visual mientras añado—: El problema es que se me aceleró el corazón cuando se acercó a mí. Esperaba ser menos receptiva a sus encantos después de tanto tiempo—resoplo—. La verdad es que me pareció aún más guapo que la última vez que lo vi.

Lexi me mira preocupada, mientras que Christine exclama:

—Eso no debería molestarte. Al contrario, te sentirás más orgullosa de tu hazaña. —Le hace señas a un camarero para que yo pida antes de continuar—. Créeme, él es el que se las verá en problemas. Nadie puede resistirse a tu centelleante personalidad... y no nos olvidemos de tus ojos azul noche.

—Excepto que ya lo hizo. ¿Puedo recordarte que todo esto se debe al verano pasado, cuando le confesé ingenuamente mi atracción por él y me rechazó sin pensárselo dos veces?

Christine me dedica una sonrisa apenada.

—Algo completamente incomprensible. ¿Cómo puede resistirse a ti?

Menea las cejas y nos reímos juntas. La verdad es que esperaba que al menos quisiera explorar la posibilidad de una relación romántica entre nosotros. Nuestros intercambios anteriores no me habían preparado para su reacción. Habíamos tenido una relación sólida y ambos estábamos contentos de pasar tiempo juntos, así que su rechazo fue aplastante.

—Apuesto a que caerá rendido a tus encantos y cambiará su opinión sobre ti ahora que vais a trabajar juntos —continúa Christine con entusiasmo.

—No espero que cambie de opinión sobre mí, y no acepté el trabajo para que se enamorara de mí. Además, no necesito su aprobación. Estoy orgullosa de lo que soy. Pero me gustaría que me pidiera perdón para poder seguir adelante. Simplemente podría haberme dicho que no le interesaba sin comportarse como un imbécil despectivo.

—Brindemos por eso —dice Lexi—. Por un divertido plan de venganza bien pensado.

Levanto mi vaso de té helado de melocotón junto al suyo. Las dos me animaron a enfrentarme a Paul. Están convencidas de que me sentiré mejor después, y yo comparto su optimismo.

El camarero me sirve el plato y le doy las gracias.

—Entonces, ¿cuál es el plan para mañana? —pregunta Lexi, robándome una patata frita del plato a pesar de que el suyo está lleno. Cuando la fulmino con la mirada, sonrío y pincha otra.

—Por la mañana tengo una reunión con Ethan, algunos empleados y Paul. Tengo previsto recibir una llamada tuya muy interesante.

—Me pregunto qué tendré que decir —dice, dándole un sorbo al agua infundada con nectarina y granada.

—No necesitas un guion. Solo sígueme la corriente. Llámame sobre las nueve y diez.

—Arianna, te apoyo al cien por ciento y quiero ayudarte, pero si estuviera en el lugar de Paul, te tendría miedo. No soy Paul y aún así, desconfío de tu plan.

—Lexi, me ha llamado *superficial*. Lo menos que puedo hacer es todo lo que esté en mi mano para superar sus expectativas.

Christine asiente.

—Tienes razón. Se merece todo lo que le pase.

Lexi levanta las palmas en un gesto conciliatorio.

—No estoy en desacuerdo con ninguna de las dos, pero me pregunto si Arianna está viendo una parte del panorama. ¿Y si Ethan tiene razón en lo que dijo en Santorini? ¿Y si Paul reaccionó así porque le sorprendió la confesión de Arianna? No lo conozco bien, pero las pocas veces que nos hemos visto, ha sido encantador.

—Es encantador con la gente que aprecia —refunfuño—. Se portó genial con Amy durante su estancia en Santorini. Y ella no apoya totalmente mi plan debido al comportamiento tan protector que tuvo con ella. Pero basta de hablar de mí. ¿Qué me contáis sobre vosotras? ¿Hay algo nuevo?

—Todo va bien —dice Christine.

—Ya lo veo. Estás radiante.

Inclina ligeramente la cabeza.

—Gracias. Ni siquiera recuerdo cuándo fue mi última cita, pero me encanta cada minuto de mi vida.

Levanto mi vaso de agua.

—Ese es el espíritu. Nuevo trabajo, nuevo hogar, nuevos amigos, ¿qué no se puede disfrutar? ¿Y tú, Lexi? ¿Cuál es la situación con Garrett? ¿Por qué no le das una oportunidad?

Garrett es un médico que Lexi conoció cuando acompañó a urgencias a una colega que no se encontraba bien. Desde entonces, él la invita a salir.

Agita el tenedor en el aire.

—No tengo tiempo para una relación. Cuando los hoteles estén mejor establecidos, me tomaré el tiempo.

La miro boquiabierta.

—Estás de broma, ¿verdad? ¡Eso puede llevar años! ¿Piensas quedarte soltera todo ese tiempo?

—No, pero ahora mismo apenas tengo tiempo para comer. Ya lo sabes.

—Hablando de tiempo libre, ¿sigue en pie lo de ir juntas a la inauguración del parque de Nick? —pregunta Christine.

—Sí, quedemos en la entrada a las cinco de la tarde —sugiero—. Es increíble que lo haya hecho. Nadie creía en su idea al principio, y ahora de lo único que se habla es de este parque.

—Hay que admirar su tenacidad. Estoy orgullosa de él —dice Lexi.

Nick y Lexi son mejores amigos desde la adolescencia. Él es paisajista y nada le gusta más que ensuciarse las manos, como Lexi le suele decir en broma. Hace dos años se propuso convertir un solar al sur de la ciudad en un parque con un huerto de plantas aromáticas. Tras muchas negativas, convenció a la ciudad y mañana se inaugura. El parque ya es todo un éxito. Están previstas decenas de visitas guiadas en los próximos meses. Colegios, clubes de la tercera edad, familias... todo el mundo está interesado. En las inmediaciones se instalarán una quincena de tiendas de hierbas

aromáticas, esencias de plantas y flores, y aceites esenciales, así como zumos de frutas y tartas inspiradas en las hierbas del jardín.

—Ha trabajado duro durante dieciocho meses; se merece su éxito. Y tú contribuiste al conseguir que lo invitaran al programa de Tom Sheridan —le recuerdo a Lexi—. Fue después de oírlo hablar con pasión de su proyecto cuando se publicaron los artículos y el ayuntamiento se dejó convencer.

—La elección de Jonathan Keaton también contribuyó, pero si lo ayudé aunque fuera un poquito, estoy contenta —dice Lexi—. Tom es una buena persona. Dedicar un segmento de su programa a los jóvenes empresarios tiene mérito. Es un gran impulso para todos ellos.

—La próxima vez, piensa en mí —dice Christine, con una sonrisa traviesa en su cara en forma de corazón—. Sé hablar con elocuencia y estoy bajo el hechizo de Tom.

—Tú y todas las mujeres de la ciudad. Bueno... del país —dice Lexi riendo.

Seguimos charlando despreocupadamente durante la pausa para comer, y me olvido de Paul por un momento.

De vuelta a la oficina, está allí, pero nos quedamos en nuestros despachos y hacemos como si el otro no existiera. Supongo que sigue en estado de shock y prefiere evitarme. Georgina entra en su despacho a las cuatro de la tarde, y mis ojos se vuelven a posar en la puerta cuando una hora más tarde no ha salido. No puedo evitar preguntarme por su relación. Su risa resuena con regularidad, y no estoy convencida de que solo estén trabajando. Intento concentrarme en mis archivos, pero es una pérdida de tiempo, así que, a las cinco y diez, me traslado a la sala de conferencias para trabajar en un ambiente más tranquilo.

Ethan llama a la puerta un rato después. Le sonrío.

—Entra. Me vendría bien una cara amiga ahora mismo. —Le señalo la silla que tengo al lado.

—¿Te ha hecho pasar un mal rato mi hermano? —Me mira a la cara con expresión preocupada.

—No, nada importante. No está contento, pero hará lo posible por evitar conflictos por el bien de la empresa.

—¿Vas bien?

—Por supuesto. Puedo manejar a Paul. No te preocupes.

Se levanta.

—No puedo quedarme, pero a Amy y a mí nos gustaría invitarte a cenar esta noche.

—Me encantaría, pero el día ha sido agitado y sueño con descansar en mi sofá con un libro o una película. ¿Lo dejamos para otro día?

Él asiente.

—Dejaré que tú te ocupes de explicarle a Amy. Pero no te acostumbres a quedarte hasta tarde. Nuestra filosofía de empresa es irnos a casa a una hora razonable.

—Si alguien te está esperando —digo con un suspiro exagerado.

Él sonríe.

—Tienes razón. Antes de Amy, a menudo me quedaba hasta tarde. Ahora, le dejo ese privilegio a Paul.

Respiro hondo.

—Sobre eso... Soy consciente de que mi pregunta es intrusiva, pero será mejor que pregunte para evitar meter la pata y causarle problemas a ese nivel. ¿Paul está saliendo

con Georgina?

Frunce el ceño.

—No, claro que no. Paul nunca saldría con una empleada.

Su mirada se ensombrece y pasa el peso al otro pie, así que dejo el tema. Nos despedimos y vuelvo a concentrarme en mi trabajo.

Cincuenta minutos después, recojo mis cosas. Paul ya no está en su despacho. ¿Estará cenando con Georgina? No es asunto mío, lo sé.

Esa noche duermo bien. Estoy ansiosa por encontrarme con Paul y fastidiarle la mañana. Porque si hay algo de lo que estoy segura es que no estará nada contento con la sorpresa que le tengo preparada.

—*¡Bien jugado!*

ETHAN

Tengo una reunión con el departamento de marketing a las 9 de la mañana, así que subo a la sala de conferencias de la tercera planta para prepararme. Paul va a hacer una presentación. Me siento frente a él.

Diez minutos después llega con Georgina y otros tres miembros del equipo de marketing. Ayer memoricé sus nombres y los saludo con la cabeza mientras los repito mentalmente de nuevo. No creo que Paul se moleste en presentarme. Apuesto a que espera que no esté allí el tiempo suficiente para que los nombres importen.

Nos saluda a todos con la mirada y nos agradece nuestra presencia. Luego, sin perder tiempo, nos resume los temas de esta campaña. Nos está explicando que nuestro margen de error es inexistente cuando suena mi teléfono. Todos se vuelven hacia mí y miro la pantalla con una falsa sonrisa de disculpa.

—Si Lexi me llama al trabajo, debe de ser importante. Lo prometo, solo será un segundo —digo y contesto al teléfono sin salir de la habitación.

Paul no habla, pero me clava los ojos.

—A tu servicio, como prometí —dice Lexi. Por supuesto, no contesto a su saludo.

—¡No! —exclamo. —No te creo. ¿Desde cuándo? No, no, no te preocupes, puedo hablar. ¿Se acostó con su mejor amiga? Increíble. Pensaba que este tipo de cosas solo pasaban en los programas de televisión. Tenemos que reunirnos esta noche para hablar. Sí, lo sé, ¡es increíble!

Me levanto y empiezo a dar vueltas.

—No, te juro que no me lo esperaba. Es perfecta, ¿verdad? Sí, lo daría todo por su pelo rubio y sus ojos grises. No, no pueden ser falsos. ¡Basta! —Suelto una carcajada tonta. Todas las miradas se posan en mí y yo vacilo entre divertirme y sentirme avergonzada—. Vale, ya hablaremos más tarde. Gracias por llamar. No me gustaría perderme semejante primicia.

Oigo reír a Lexi antes de colgar. Se ha dado cuenta de mi plan, a pesar de que ayer omití todos los detalles, y me ha repetido diez veces a lo largo de la conversación que estaba mal de la cabeza.

Los ojos de Paul se abren de par en par, y yo parpadeo con expresión de desconcierto, como si responder a una llamada personal en medio de una reunión no fuera nada fuera de lo normal para mí. A Ethan le brillan los ojos y le dirijo una mirada severa. Será mejor que no me traicione. Las caras de los demás en la sala reflejan sentimientos encontrados. La mayoría esboza una sonrisa que intenta disimular, mientras que Georgina muestra consternación y una pizca de alegría, probablemente al pensar que Paul está furioso conmigo.

Paul se dirige a mí con el ceño fruncido.

—Importante, ¿eh?

—Lo siento, pero sí. —Asiento y continúo en tono de conspiración—. Una amiga descubrió que su marido la engañaba con su mejor amiga. No me puedo imaginar el shock emocional cuando los encontró juntos, y nada menos que en su cama. Su *propia* cama. ¡Increíble!

Esta vez, no hay duda. Quiere echarme de esta reunión. Su mirada es atronadora y aprieta la mandíbula. Bueno, me ha tachado de superficial y frívola; le demostraré qué es ser superficial y frívola...

—Por si no estabas informada, los teléfonos deben estar apagados en la sala de reuniones y las conversaciones personales deben limitarse durante las horas de trabajo.

Su voz podría congelar el infierno.

Pongo cara de arrepentimiento.

—Lo siento muchísimo. No tenía ni idea. Algunas empresas son flexibles al respecto. Está demostrado que los empleados contentos trabajan con más eficacia. Y de todas formas, la importancia de la llamada debe primar sobre las normas, ¿no?

—¿La importancia? Está claro que no tenemos la misma idea de lo que es importante.

Una mezcla de emociones recorre su rostro: frustración, enfado, desconcierto. Me alegra verlo perder la compostura —tanto que casi me dan ganas de bailar—, pero actúo como si sus palabras me hicieran pensar.

—De nuevo, siento mucho si he infringido las normas. Prometo no olvidarlo la próxima vez. Es solo que a veces tengo dificultades con las instrucciones complejas —digo encogiéndome de hombros.

Si no gano un trofeo por esta actuación, nunca ganaré nada.

Se pone rígido y me clava los ojos.

—Pero no hace falta ser un genio. Nada de teléfonos en la sala de reuniones.

—Tomo nota. Pero discrepo sobre la importancia de esta llamada. ¿Sabes lo difícil que es encontrar un hombre hoy en día? Por eso, cuando una mujer se casa y descubre que, incluso con un anillo en el dedo, no está segura de conservar a su marido, es una información de importancia capital. Pero quizá sean solo las mujeres las que albergan tales preocupaciones. ¿Usted qué opina, Georgina?

Georgina palidece, al darse cuenta de que me he atrevido a tomarla como testigo. Viendo que se toma su tiempo para responder, me vuelvo hacia Paul con una sonrisa cándida.

—Imagino que con tu físico no tendrías problemas para encontrar una mujer. Si alguna vez la pillaras en la cama con tu mejor amigo, apuesto a que al día siguiente ya tendrías alguna otra con quien irte. Entiendo por qué te cuesta entender la importancia de lo que pasó.

Las carcajadas resuenan en la sala, y el porte tranquilo y sereno de Paul se hace añicos. Cada palabra denota un matiz de exasperación cuando dice:

—¿Es posible volver al tema que nos ocupa en lugar de seguir hablando de mujeres desesperadas que intentan atrapar a un hombre en sus redes?

—Típica reacción de hombre —murmuro—. ¿Verdad, Georgina?

La becaria de marketing que está a mi lado se ríe abiertamente ahora. Georgina

abre la boca para contestar, pero Paul levanta la mano y ella la cierra de golpe.

Entiende que seguir peleando conmigo solo empeorará las cosas. Todos nos miran, esperando el siguiente asalto. Ethan me hace un discreto gesto con el pulgar mientras Georgina me ignora durante el resto de la reunión. Bueno, cuando no me está fulminando con la mirada.

Una hora más tarde, la reunión termina. Mantengo la concentración y se me ocurren algunas ideas que despiertan cierto entusiasmo. Al menos fue una sesión productiva. Al final, todos me dedican unas palabras amables y me alegro de haber demostrado mi valía.

Cuando salgo de la sala con Ethan, me advierte:

—No creas que estás fuera de peligro todavía. Presiento un enfrentamiento en tres, dos, uno...

—Arianna, ¿puedo hablar contigo?

La voz acerada de Paul resuena a mis espaldas y mi estúpido corazón se agita, sordo a mis protestas.

Ethan me palmea el hombro antes de alejarse. Cobarde.

—Por supuesto. Nunca digo que no a un *tête-à-tête* con un hombre. Los estudios demuestran que es más fácil obtener lo que quieres durante un *tête-à-tête*.

Puede que no esté aquí solo para meterme con él, pero cada vez que puedo hacer ambas cosas es una victoria.

Sigo llenando el silencio de tonterías, soltando lo que se me ocurre hasta que llegamos a su despacho. Decorado en una sencilla paleta de color gris claro, tiene un aire contemporáneo pero cálido. Reconozco el trabajo de Amy.

Cierra la puerta tras nosotros antes de levantar una mano para detener mi parloteo.

—Tenemos que hablar.

—Lo siento —digo antes de que tenga tiempo de reprenderme—. Me doy cuenta de que contestar al teléfono durante la reunión no fue profesional por mi parte.

Estamos tan cerca que veo cómo se le tensan los músculos de las sienes. Apuesto a que cuenta hasta diez para no echarme la bronca.

—¿Eso es lo único que te parece poco profesional?

Lo miro, con la boca en forma de «O».

—¿Hay algo más? Si es así, por favor, no me lo ahorres. Necesito oír la verdad.

Se podría creer que estoy intentando con todas mis fuerzas redimirme. Esperemos que se trague mi actuación.

—No creo que fuera apropiado comunicarle el tema de tu conversación a todo el mundo. No querrás dar la impresión de que eres...

Hace una pausa y me pregunto si quiere decir superficial.

—Poco profesional —dice al final. ¡Buena jugada!

—Tienes toda la razón. No quisiera empezar con mal pie. Tendré más cuidado en el futuro. —Me apoyo la mano sobre el corazón—. Gracias por llamar mi atención sobre eso. No reflexioné sobre la imagen que proyectaría en quienes no me conocen.

«Ves, Paul, así es como te disculpas con alguien».

Frunce el ceño, incapaz de decidir qué contestar, así que le digo adiós con la mano y salgo del despacho antes de que tenga la oportunidad de salir de su estupor. Si planeaba gritarme, le he cortado las alas al tomarme tan bien su regañina.

No se me borra la sonrisa en todo el día. Paul tendrá que esperar a la próxima

sorpresa, pero al menos he ganado la primera batalla. Ahora bien, no soy ingenua. Después de esa reunión, me espera mucho trabajo en los dos frentes: antes de que se disculpe y con respecto a la campaña.

Empiezo por crear un archivo con contactos en los medios de comunicación y reunir algunas cifras importantes para convencer a Ethan y Paul de la pertinencia de mi enfoque de marketing. Tenemos que romper con sus canales publicitarios habituales y centrarnos en carteles y breves vídeos web. Afortunadamente, he trabajado en otras campañas basadas en estos dos medios y tengo a mi disposición no solo mis datos, sino también los recopilados por colegas que eligieron la misma estrategia para demostrar que mis métodos pueden funcionar.

Estoy a favor de abandonar la publicidad en las revistas femeninas. Es cara e ineficaz, y para dar un nuevo soplo de vida a la empresa, tenemos que posicionarnos de otra manera. No sé si lo que tengo en mente gustará a Ethan, y mucho menos a Paul, pero confío en su éxito, aunque por ahora sea un concepto vago.

A las seis de la tarde, sigo en el trabajo. Estoy a medio bostezar cuando Ethan llama a mi puerta. Le hago un gesto para que entre.

—¿Y bien? —pregunta, sentándose en el borde de mi escritorio—. ¿Qué tal la reunión con Paul?

Aliviada por apartar la vista de mi pantalla, sonrío.

—Creo que conseguí confundirlo.

Me choca los cinco.

—¡Bien jugado! —Hablamos un poco de la campaña y me pregunta—: ¿Qué planes tienes para esta noche?

—Prepararé algo de comer y honraré mi cita con un libro que llevo semanas leyendo. No me apetece nada más.

Se levanta.

—Estás agotada, querrás decir. Arianna, por favor, no te agotes por culpa de mi hermano. No tienes nada que demostrarle.

—No es por él. Trabajo duro porque me entusiasma esta campaña.

Se inclina para besarme la mejilla antes de marcharse.

La puerta de Paul ha permanecido cerrada toda la tarde. Juego con la idea de ir a verlo, pero al final desisto. No tengo energía para enfrentarme a él esta noche. Interpretar un papel puede ser divertido, pero tampoco es moco de pavo.

Vuelvo a casa y, después de comerme una ensalada, me acurruco en el sofá con mi libro cuando me llama Amy por vídeo.

—Quiero que se las hagas pagar a Paul —dice, con la voz acalorada—, pero cuando viene a mi casa, quejándose de que Ethan y tú habéis conspirado a sus espaldas, ¿qué se supone que debo hacer?

Deja una jarra de agua sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

—Lo siento —digo, y mi voz alcanza una octava anormalmente alta. ¿Quién iba a decir que podía hacer eso cuando la culpa me abrumba?

—Oh, por favor. No soy tan ingenua como Paul. Admite que disfrutas de la situación.

—¿Puedo recordarte que *My Day* fue idea tuya en primer lugar?

—Sí, pero si se siente atacado, significa que estás yendo demasiado lejos.

Me burlo.

—¿Acaso no eras tú la que se enfurecía cuando me llamaba frívola y demás?

—Tienes razón. Y lo estaba, y él se merece estar incómodo, pero ten cuidado y no vayas demasiado lejos. Paul es un buen tipo en el fondo.

—Yo también pensaba eso, sobre todo cuando vi cómo se portó contigo en Santorini. Quizá por eso me dolió tanto que no tardara ni un segundo en rechazarme. Pero no te preocupes por él. Georgina estará allí para consolarlo.

Amy deja de cortar pan para mirarme fijamente.

—Deberías tener cuidado con ella. Desea con todo su corazón ganarse a Paul, aunque Ethan se niegue a creerme.

Me pongo una almohada detrás de la cabeza y suelto una risita.

—Eso explica sus dudas cuando le pregunté por ella y Paul.

Amy asiente.

—Debió darse cuenta de que yo tenía razón sobre ella cuando le preguntaste por lo mismo. Sin embargo, mi lectura es que Paul no le presta atención. La he visto en acción y está lejos de ser el tipo de persona que él aprecia en una relación.

—No estés tan segura. Hoy mismo se ha detenido tres veces en su escritorio.

—Bueno, trabajan juntos. —El tono de Amy suena a reproche.

—Eso no significa que tenga que reírse con ella.

—Ya veo.

Me siento más erguida.

—¿Qué es lo que ves exactamente?

—Nada, excepto que sigues encaprichada con Paul.

Resoplo.

—Ya ni siquiera sé si eso es verdad.

Echo un vistazo a la bolsa que dejé junto a la puerta, llena de los archivos que traje a casa. Por mucho que quiera que Paul caiga en mi trampa, sigo esperando demostrarle con mi trabajo que se equivoca conmigo.

—¡Oh, sí, lo es! Reconozco los síntomas.

Vuelvo a centrar mi atención en Amy.

—Puede que tengas razón. ¿Cómo explicar si no cómo se me acelera el corazón cada vez que estoy cerca de él?

—Eso no es malo. Mi esperanza es que superéis este incidente y os enamoréis el uno del otro.

—Deberías bajar tus expectativas.

—Eso ya lo veremos. Por ahora, prométeme que sacarás tiempo para cenar conmigo y con Ethan la semana que viene, y que no molestarás demasiado a Paul.

—Lo prometo —le digo, enviándole un beso. Sin embargo, una vocecita me dice que no será fácil cumplir esa última promesa.

—*Oh, todavía estoy enamorada de ti, ¿verdad? Para que eso ocurra, tendría que haber estado enamorada de ti en primer lugar, ¿no crees?*

ARIANNA

El resto de la semana transcurre sin problemas, y tanto mejor. No tengo miedo de enfrentarme a Paul, pero tampoco me gusta estar en constante conflicto con él. Pretendo crearle problemas esporádicamente, para mantener vivo el suspenso. No quiero que sienta forzado a despedirme.

El viernes por la tarde, Georgina entra en mi despacho para nuestra reunión; su mirada se fija en los detalles personales del espacio. Debe de haber una razón por la que me pongo en alerta cada vez que veo a esta mujer, pero está aquí esperando que esboce mi estrategia de marketing, y me centro en eso. He trazado la primera fase de la campaña y estoy bastante segura de mi idea principal.

Hasta ahora, las campañas de la empresa presentaban imágenes de pies de mujer en distintas poses, y uno podía adivinar si esa mujer estaba besando a alguien, tomando café o paseando a su perro. Los carteles siempre me han parecido bonitos, pero ya es hora de ir más allá y dar una verdadera identidad a la mujer que compra la marca.

Para ello, necesito a alguien que pueda encarnar a la mujer moderna, alguien llena de vida, realizada; la candidata perfecta para esta nueva colección. Lo que les sorprenderá es que he decidido no utilizar modelos profesionales. Aunque, en un principio, las aportaciones de las modelos aumentarían la popularidad de la marca, sigo prefiriendo colaborar con mujeres jóvenes que hayan triunfado en un campo diferente.

—¿Porque las modelos no son ejemplos de éxito? —me pregunta Georgina después de explicarle mi idea, con una voz cargada de sarcasmo.

Intento responder con cortesía.

—No he dicho nada de eso, pero ponen por delante su aspecto y no su talento o sus logros. Esa es la base de su notoriedad, y no es lo que debe proyectar esta campaña.

—Creo que se equivoca —dice con una sonrisa de suficiencia—. Paul nunca estará de acuerdo. Ha sido claro desde el principio: esta línea debe anunciarse como más glamurosa que nuestras otras líneas. Debemos hacer soñar a la gente.

Juego con mi bolígrafo mientras suspiro para mis adentros.

—Yo tengo el mismo objetivo. Destacando a mujeres con las que nuestros consumidores puedan identificarse, podemos lograr ambas cosas. Podemos hacer que sueñen con el mismo éxito a la vez que hacemos que parezcan glamurosas aunque no sean modelos. El *glamour* puede conseguirse de muchas maneras, sin recurrir a modelos populares. Creo que mi idea es la mejor solución para la empresa. Es libre de

rebatirla, pero yo pienso defender mi visión.

Si antes no le caía bien, ahora debe de ansiar verme fracasar. Sus labios apretados no mienten. ¿Le desagradan todas las mujeres de la oficina o solo yo? Tal vez es específicamente antagónica conmigo porque refleja los sentimientos de Paul. Está de su lado.

Al final de la tarde, todavía tengo mucho que hacer para preparar mi presentación a Paul. Quiero que sea perfecta. Estoy entusiasmada con el proyecto. Tanto que pienso llevarme trabajo a casa para el fin de semana.

—Prometiste que iríamos a ver la nueva película de Nathan Woods —se queja Lexi por teléfono mientras hablo con ella y Christine—. Sabes que es mi actor favorito. No lo estoy apoyando para que haga de Alex en la adaptación de la novela de Katie por gusto.

—Lo sé, y apoyo tu campaña —sería un Alex perfecto—, pero ¿podemos ver la película otro día? Se me acaba el tiempo y me gustaría presentar mi propuesta completa el lunes.

Se burla mientras saluda con la mano a su ayudante y se dirige a la salida.

—¡Basta, Arianna! Lo haces todo en un tiempo récord, así que no uses esto como excusa. Es imposible que me pierda el estreno de la película. Nathan Woods no está en nuestra ciudad todos los días. Y es solo porque Kylie y Adam se lo pidieron. En realidad vamos a conocerlo. ¿Entiendes qué clase de oportunidad es esta?

Kylie y su marido Adam son amigos de Christine. Ella los conoció a través de Alex, su hermano, y Katie, su novia, que es autora. Kylie escribió el guion y Adam dirigió *Diferencias... románticas*, la penúltima película protagonizada por Nathan Woods, y esperan volver a trabajar con él pronto. Kylie está trabajando en el guion de uno de los libros de Katie y quieren a Nathan para el papel de Alex, el protagonista masculino.

—Arianna, no puedes decir que no. Tu disputa con Paul puede esperar —argumenta Christine, sentada en su cómodo sofá, con un vaso de limonada en la mano.

—Mi disputa con Paul no tiene nada... —empiezo a decir, pero me rindo. No voy a ganar.

Preferiría que no me culparan por arruinarles la velada. Me rindo, dejando atrás mis archivos mientras me dirijo a casa.

Me arrepiento de mi decisión en cuanto llegamos al cine unas horas más tarde. Nos cruzamos con Paul y Georgina, que están charlando con un par de invitados más. Debería haberlo visto venir. Paul conoce a Adam. Lo mencionó durante su estancia en Santorini, cuando mis amigas Zoe y Allison soñaban despiertas con Nathan después de ver *Diferencias... románticas*.

Le presento a Paul a Christine y él intercambia unas palabras con Lexi. Vestido con pantalones caqui y camisa verde oliva, está relajado y... guapísimo. Me mira, con una expresión por una vez indescifrable.

—Creía que estaba demasiado ocupada para salir. —Los labios de Georgina forman un mohín desdeñoso—. Dijo que pensaba trabajar todo el fin de semana.

—Le aseguro que el lunes mi trabajo estará a la altura de la empresa —replico. Ojalá pudiera borrar su expresión de suficiencia con un movimiento de mi varita imaginaria.

—He hablado con Paul sobre su idea. No le ha entusiasmado.

La frase es para que la oiga todo el mundo.

Paul no comenta nada, pero su expresión cerrada me dice que o Georgina dice la

verdad o no le gusta verme aquí. Imagino que codearse conmigo en el trabajo ya es suficiente para él. No necesita que invada también su tiempo libre.

—Muy amable por avisarme. Aunque si a Paul no le gustan mis sugerencias, siempre puede hablar conmigo.

Georgina pierde la compostura y se vuelve hacia Paul.

—¿No tienes nada que decir?

—Dejemos esta discusión para el lunes en el trabajo.

Sus ojos recorren mi cuerpo mientras habla. Arquea la ceja izquierda cuando llega al largo de mi dobladillo. Tiro de él, deseando no haber dejado que las chicas me convencieran para llevar un vestido tan corto. No me imaginaba que me encontraría con Paul y le daría una razón más para criticarme. Por otro lado, ¿qué me importa lo que piense de mi atuendo? Suspiro, frustrada conmigo misma.

Ahora que el daño ya está hecho, más me vale llegar hasta el final. Quería tener una noche libre de actuar como la persona frívola y superficial que Paul ve en mí, pero no tengo esa suerte. Es hora de volver a encender esta personalidad *una vez más*.

Adopto un tono de adolescente enamorada de su ídolo y exclamo:

—¡Estoy de acuerdo! Disfrutemos de la noche. Siempre he soñado con conocer a Nathan Woods. No me he puesto este vestido por casualidad. —Me abstengo de aplaudir, pero ejecuto un giro de niña, mostrando mi vestido—. Espero llamar su atención. ¿Qué te parece, Paul? Eres un hombre, puedes decirme si tengo alguna oportunidad con él.

Lexi y Christine apenas pueden contener la risa. Paul ni se inmuta ante mi pregunta, así que insisto:

—¿No crees que conocer a uno de tus ídolos es como un sueño hecho realidad?

—No sabría decirte. No tengo ídolos. —Habla entre dientes, pero algo brilla en sus ojos. ¿Le divierte todo el intercambio? Qué va. Ojalá.

—Porque él ya no tiene quince años —añade Georgina. Su sonrisa maliciosa podría rivalizar con la de la Reina Malvada del cuento de Blancanieves. Esto me divierte extrañamente y hace me sumerja aún más en mi papel.

Hago un mohín.

—En mi opinión, es una pena ser tan estirado. Podemos ser todo lo que queramos en la vida. Una mujer despreocupada por la mañana, una empresaria consumada al mediodía, una amante apasionada por la noche... ¿No estás de acuerdo, Paul? —Le dedico mi sonrisa más recatada.

No se deja engañar, por supuesto, y, una vez más, su mirada tormentosa, la misma que vi en Santorini el día que le hablé de mis sentimientos, me dice que se está conteniendo para no contestarme de forma desagradable.

—Me han acusado de ser muchas cosas. —Le dirijo a Paul una mirada significativa—. ¿Y qué? Lo que importa es ser uno mismo. Me encantaría seducir a Nathan Woods, y ¿quién sabe? Puede que tenga mi oportunidad. No me imagino qué puede ser más excitante que salir en la portada de una revista de famosos con Nathan Woods, el hombre con el que sueñan todas las mujeres.

Justo cuando me regocijo al notar que él está a punto de explotar, se acerca Erin, la prometida de Matt, el hermano de Lexi.

—Aquí estáis. Os he estado buscando por todas partes. —Nos da un abrazo a todos y nos conduce a la sala de proyección—. Venid conmigo. La película empieza pronto.

La película es una comedia de aventuras basada en la serie Hudson, que Nathan protagonizó durante varios años, y es el tipo de película que me encanta. Cuando decidió no renovar su contrato, se rodó una película a raíz de su cancelación, y disfruto cada minuto. Nathan es perfecto para el papel. Entiendo por qué las mujeres están enamoradas de él.

Paul está sentado junto a Georgina unos asientos a mi izquierda y me esfuerzo por no mirarlo. Misión imposible, sin embargo, y noto que la mano de Georgina roza su brazo varias veces. Ni siquiera Nathan es suficiente distracción. No estoy contenta con esto.

Cuando termina la proyección, Nathan responde a las preguntas del público y de los periodistas, y después nos invitan a tomar algo en una de las salas contiguas.

La sala está bañada por una luz tenue y cálida que emana de las arañas estratégicamente ubicadas y de apliques de pared regulados. Las lámparas proyectan una luz suave y favorecedora, y crean un ambiente íntimo que acentúa la refinada decoración de la sala. Las paredes están adornadas con grandes capturas de los momentos clave de la película, junto con carteles de películas de aventuras antiguas y nuevas.

La pieza central de la sala es un gran bar, de estilo elegante, donde se sirve una gran variedad de cócteles. Dos camareros mezclan y sirven las bebidas con destreza, acompañando sus movimientos con el sutil tintineo del hielo y de las copas. Un centenar de personas se mueven por la sala, charlando animadamente.

Kylie se une a nuestro grupo y nos pregunta qué nos ha parecido. Los comentarios son en conjunto positivos y oigo una voz un poco más alejada que dice:

—¿Hay alguna posibilidad de que él me salve si finjo una indisposición?

«Ese es mi tipo de mujer», pienso mientras miro a Elina, la hermana de Lexi. Intercambiamos una sonrisa cómplice y las dos estallamos en carcajadas. No me extraña que Lexi diga que es una alborotadora.

Kylie nos presenta al hombre del momento. Al ver de cerca los traviesos ojos color chocolate de Nathan y su preciosa sonrisa, no puedo evitar pensar que la palabra «carismático» es perfecta para describirlo. Charla con nosotros durante un buen rato, y Lexi no pierde la oportunidad de decirle que está haciendo campaña para que interprete el papel de Alex.

—¡Oh, así que es contigo con quien tengo que ligar! —Le guiña un ojo y ella se sonroja. Tengo que burlarme de ella por eso más tarde.

—No serviría de nada. Yo tendré la última palabra —dice Kylie.

Mandy, una preciosa pelirroja y mejor amiga de Kylie, interviene.

—¿Qué os parece si las que tenéis pareja dejáis que una chica sin ataduras flirtee con Nathan?

—Yo estoy soltera —protesta Lexi, desatando las risas de todos.

—Entonces tienes mi permiso para continuar —dice Mandy.

Nathan la besa cariñosamente en la mejilla, y Adam, que ha pasado un brazo por los hombros de Kylie, dice:

—Gracias, Mandy, por recordarle a mi mujer que cuando eligió estar conmigo, renunció a Nathan para siempre.

Kylie revolea los ojos y yo suelto una carcajada. Cuando me encuentro con la mirada de Paul, mi risa se desvanece, pero me repongo rápidamente. ¿Por qué siempre

siento que tengo que estar en guardia con él? ¿Fingir para que no me juzgue? Decidí darle la razón, ¿no? Es ridículo que tenga tanto poder sobre mí. Siento que me duele la cabeza y me excuso para salir a tomar el aire. No me da tiempo a tomarme un respiro cuando alguien me toca el brazo.

Sé que es Paul. Lleva el mismo perfume que cuando lo conocí, y espero que nunca lo cambie. Su aroma fresco me recuerda a los veranos en el bosque. Eso no significa que olvide lo mucho que me vuelve loca a veces. Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido, pero está tan cerca de mí que me tiembla la voz.

—¿Qué haces?

Estamos frente al póster de la película *Luna nueva*, en una esquina. Está iluminado por un único foco, que se alza sobre nosotros.

Me mira fijamente sin pestañear.

—¿A qué estás jugando?

El tono áspero de su voz no deja lugar a dudas sobre lo molesto que está conmigo.

—No entiendo qué quieres decir. Estoy aquí porque me han invitado. ¿Cuál es tu problema?

Respira hondo.

—No te hagas la tonta conmigo. Me refiero a tu comportamiento con Georgina.

—Espera un momento. ¿Me pides que me justifique porque no apruebas cómo reaccioné a sus comentarios? Incluso viniendo de ti, eso es patético.

—Explícame en qué sentido es patético.

Me froto las sienes con las yemas de los dedos.

—Es una adulta. No tienes que luchar sus batallas. No necesitas ponerte de su lado tan solo porque no me respetas. *Eso* es lo patético.

Un destello de fastidio le cruza la mirada y se le tensa la voz al hablar.

—No. Lo patético es que sigas enamorada de mí.

Sus palabras me contraen el estómago como si me hubieran dado un puñetazo. Pero no tengo tiempo para replicar, está en racha.

—Atacas a Georgina porque estás celosa de mi relación con ella.

¿Estoy soñando? ¡Qué descaro! Le espera una buena reprimenda.

—Oh, *todavía* estoy enamorada de ti, ¿verdad? Para que eso ocurra, tendría que haber estado enamorada de ti en primer lugar, ¿no crees?

Nunca le dije que estaba enamorada de él, solo que quería conocerlo mejor. Pero, por supuesto, como es un idiota arrogante, eso es lo que eligió creer.

Parece que he hablado en voz alta, porque su expresión se vuelve desafiante. Se acerca y su voz se suaviza.

—¿Así que ya no estás enamorada de mí?

Nuestros rostros están a escasos centímetros, nuestros labios casi rozándose.

—Nunca lo he estado —consigo pronunciar en un tono uniforme que espero sea convincente.

El tiempo parece detenerse cuando me roza suavemente la cara con los dedos. Me lanza una mirada acalorada y, antes de que tenga tiempo de reaccionar, tira de mí hacia él y nuestros labios se encuentran con una intensidad que jamás habría imaginado. Una energía eléctrica me recorre todo el cuerpo cuando nuestras bocas se funden. Hay una sensación de urgencia en nuestro contacto, una pasión palpable.

Llevo años soñando con este beso, pero la forma en que se produce, en medio de

una pelea, me dan ganas de darle una patada. Estoy a punto de hacerlo cuando su caricia se vuelve tierna, invitándome a rendirme. Aunque estoy enfadada conmigo misma, eso es lo que hago. Pierdo toda noción del tiempo y del espacio, y me dejo embriagar por su beso. Pero, poco a poco, cuando me acaricia el cuello con delicadeza, vuelvo a la realidad. Dejo que me bese alguien que me ha acusado de superficial, alguien que intenta demostrarme que estoy encaprichada con él.

Me echo hacia atrás.

—No estoy segura de lo que crees que has demostrado, pero en mi opinión, besar a un hombre no significa que esté enamorada de él. Puede que demuestre cierta atracción física, pero nada más.

Mi arrebató lo coge por sorpresa porque permanece en silencio unos segundos. Luego da un paso atrás y dice:

—Gracias por confirmar lo que sospechaba, de todos modos.

Su tono condescendiente me enfurece.

Si dijera que sus palabras no me han afectado, mentiría, pero he aprendido a ocultar mis verdaderos sentimientos. Lo miro fijamente con aire decidido.

—No esperarás que me disculpe por disfrutar de la vida, ¿verdad? No veo nada malo en besar a un hombre sin construir castillos en el aire. Perdona si no encajo en la imagen de la mujer perfecta de los años cincuenta. No puedo entender qué quieres de mí.

Se pasa la mano por el pelo, ya despeinado por mis dedos, y tengo que luchar para mantener la concentración y no soñar con este estúpido, inesperado... delicioso beso.

—Te pido que te tomes en serio tu trabajo y evites conflictos con Georgina.

Me llevo la mano a la frente en un saludo juguetón y exagerado.

—Sí, señor. Después de todo, soy una despistada, necesito que alguien me recuerde mis límites.

—Arianna, créeme, algún día asumirás las consecuencias de tu comportamiento. ¿Quieres conservar tu trabajo? Intenta comportarte como una profesional sin buscar venganza en mí porque no me gusta tu personalidad y no me atraes.

Resoplo.

—No puedo creer que vuelvas a acusarme de no comportarme. Qué arrogante eres al suponer que estoy molesta contigo porque no te intereso.

Lo dejo ahí plantado y vuelvo a entrar. Cuando las chicas me ven, entienden inmediatamente que algo va mal.

—Que todas os hayáis ido del lado de Nathan para reuniros a mi alrededor dice mucho de la clase de amigas que sois —digo, forzando una sonrisa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lexi, con voz preocupada. Puede ver a través de mí; mi mecanismo de utilizar el humor para evitar algo no funciona con ella.

—Prefiero no hablar de ello. Os lo contaré todo mañana —digo en tono decidido.

Lexi me aprieta el brazo, mientras Christine dice:

—Vamos a divertirnos. Nathan no es el único hombre guapo aquí. ¿Habéis visto a nuestro alcalde?

Su comentario me hace sonreír. Cojo una copa de champán y me la bebo de un trago. Y esta vez, no me importan los ojos de Paul sobre mí. Redoblo mis esfuerzos para hablar y reír con mis amigas como si todo estuviera bien. Mi corazón no está en ello, pero no dejaré que se dé cuenta.

—Déjame que te presente a Jonathan —le digo a Christine mientras lo saludo con la mano—. Trabajé en su última campaña y, a diferencia de otros, es digno de mi tiempo.

De vuelta a casa, sin embargo, lejos de la distracción de la noche, no puedo dejar de revivir nuestro beso. El recuerdo me perturba más allá de lo razonable. Hundo la cara bajo la almohada, frustrada. No puedo dejar de imaginar lo que podría haber pasado si hubiera ocurrido en otras circunstancias, en otro lugar y en otro momento.

Espero que él sienta lo mismo y no pueda olvidarlo pronto. Pero al recordar la velada, y la forma en que Georgina se colgó de su brazo, tengo mis dudas. Me pregunto qué tipo de hombre besa a una mujer mientras sale con otra.

Siento pena por ella.

—Ah. Me invitaste a hablar de trabajo. Pensé que...

—¿Que...?

ARIANNA y PAUL

El lunes por la mañana, cuando elijo lo que me voy a poner, me dejo llevar por mi lado rebelde. Me pongo unos pantalones cortos vaqueros y una camisa que anudo sobre la cintura, lo que deja parte de mi piel al descubierto y mi sujetador añil visible a través de la camisa. Completo el look con unas sandalias de tacón. Roza lo poco profesional, pero después de su desdén por mi vestido de fiesta, me da igual.

Sobre la ropa, me pongo una gabardina ligera que me quitaré durante la presentación. No voy a pasearme por los pasillos con este atuendo, pero es perfecto para nuestra reunión a solas programada para esta mañana. Si quiere guerra, la tendrá. Sin embargo, le pido opinión a Lexi antes de salir de mi apartamento. Quiero hacer una declaración, no que me despidan y pierda la oportunidad de llevar mi plan hasta el final. Me asegura que muchas mujeres jóvenes visten de manera informal en la oficina. Aun así, Matt no es Paul y su prometida, Erin, influye en las políticas de la empresa, así que no estoy segura de que eso deba tranquilizarme, pero estoy dispuesta a correr el riesgo.

En cuanto llego a la oficina, repaso mis notas por última vez antes de dirigirme a la sala de reuniones. Sabiendo que seremos nosotros dos, me quito la gabardina y me paro frente a la pizarra blanca.

Respirad hondo antes de seguir leyendo, porque el universo ha decidido divertirse por su cuenta.

Cuando se abre la puerta, el corazón me da un vuelco. Paul no está solo. Lo acompañan Georgina, Ethan y un hombre mayor al que reconozco como el Sr. Anderson, fundador de la empresa.

Ethan mantiene la compostura, mientras que Georgina exclama:

—¡Dios mío!

El Sr. Anderson parece perdido al principio. Mira a su alrededor, probablemente preguntándose si se ha equivocado de sala. Ethan se acerca.

—Buenos días, Arianna. No conoces a mi abuelo. Abuelo, esta es Arianna, nuestra arma secreta para que la próxima colección sea un éxito mundial.

«No me hace gracia, universo. No me merecía esto».

Pongo freno a mi corazón que se hunde y lo saludo con calidez.

—Encantada de conocerlo, Sr. Anderson. Siento un gran respeto por lo que ha conseguido y espero poder ayudarlo con la nueva campaña.

Me tiende la mano.

—Hola, señorita. Mi nieto habla maravillas de tu trabajo. Estoy ansioso por

escuchar tus propuestas.

No hace falta aclarar que el nieto en cuestión es Ethan. La expresión oscura de Paul me dice que está furioso, y eso es poco decir. Vale, puedo entender que no sea lo ideal descubrir que la persona con la que cuentas para tu próxima campaña publicitaria ha acudido a una reunión de negocios vestida como una vaquera, pero reaccionar como si hubiera presenciado el peor espectáculo de su vida es desproporcionado en comparación con el delito. Estoy vestida sexy, pero con buen gusto. Me aterroriza que diga algo para ponerme en un aprieto, pero se queda en silencio. Bien hecho. Esperaba que se pusiera a despotricar.

Aunque tengo ganas de ponerme la gabardina, continúo como si no me molestara la inesperada compañía. Empiezo mi presentación, explicando el razonamiento que me ha llevado a tomar la decisión de presentar a mujeres que trabajan en todo tipo de campos –doctoras, arquitectas, biólogas marinas– en lugar de modelos, poniendo ejemplos de otras campañas que se atrevieron a salirse del camino habitual y consiguieron su objetivo.

—Me pongo en la piel de una clienta y sé que me esfuerzo por ser esa mujer moderna, sexy y divertida que cumple sus sueños profesionales sin dejar de divertirse y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida. Esta colección es exactamente eso: el obsequio que todas las mujeres merecen, el obsequio que las hará brillar aún más.

Termino después de media hora y estoy lista para el inevitable interrogatorio. Durante la presentación, su abuelo hizo algunas preguntas punzantes, demostrando que está acostumbrado a trabajar en campañas y que no deja nada al azar. Estoy preparada y respondo a todas sus preguntas con facilidad.

—Me has convencido —dice Ethan al final—. Tu idea es perfecta. No queremos convertirnos en la marca de las estrellas sin sustancia. Como has mencionado, la tenacidad y el esfuerzo que emplean las personas comunes para lograr algo excepcional reflejan el espíritu de la empresa. Arianna, por mi parte, tienes vía libre para empezar con el *casting*.

—Paul y yo somos de otra opinión —interviene Georgina—. ¿Verdad que sí? —Se vuelve hacia él haciendo un gesto con los labios.

—Necesito tiempo para pensarlo —responde, y aunque debería alegrarme de que no haya rechazado mi idea de inmediato, me molesta.

—¿Por qué? —lo desafío.

—¿Cómo dices?

No voy a dejarme intimidar por su actitud glacial.

—¿Qué necesitas considerar? ¿Qué es lo que no te gusta? ¿Qué contratemos a mujeres inteligentes y de éxito para promocionar la línea? ¿Cuál es tu alternativa? ¿Modelos larguiruchas que darán la impresión de que estamos aislados del mundo real?

Mientras Ethan me sonríe, me doy cuenta de que he ido un poco lejos, no con Paul, que se merece mi reprimenda, sino con su abuelo. No quiero que piense que soy un lastre en lugar de una ventaja.

Paul frunce el ceño y se dispone a responder cuando el Sr. Anderson interviene.

—Arianna, déjame felicitarte. Has hecho un trabajo extraordinario. Después de cuarenta años en el negocio, puedo reconocer una buena idea. Pero la norma aquí es que, aunque todos tengamos una opinión, apoyemos a la persona responsable de la

operación en cuestión. No sé qué le impide a Paul dar su aprobación, pero confío en que encuentres los argumentos para convencerlo.

Distingo un brillo en sus ojos cuando pasa a mirar a Paul.

Le respondo inclinando la cabeza.

—Gracias, Sr. Anderson. Soy consciente de que esta empresa es el resultado de una vida de duro trabajo, y le aseguro que tengo en mente sus mejores intereses. Pero si Paul no está de acuerdo conmigo, quizá debería cambiar las reglas y desestimar su opinión. ¿Por qué va a tener él la última palabra si es incapaz de superar sus prejuicios personales hacia mí y aceptar que mi concepto es perfecto para esta colección?

Ethan no puede contenerse más y se ríe, lo que le vale una mirada sombría de Paul.

—Después de este intento fallido de socavarme, ¿podríamos quizás ponernos un poco más serios? Hay varias cosas que me gustaría repasar contigo antes de tomar una decisión, pero preferiría hacerlo con alguien que no parezca haber elegido su ropa en el departamento de *majorettes*.

—Gracias por el cumplido —digo sin perder la calma. Me moriría por reprenderlo, pero tendrá que esperar. Tengo que interpretar mi papel un poco más. Matarlo de dulzura—. Siempre he soñado con eso, y me siento como si estuviera en una nube al oír que tengo potencial. Es preocupante que mi atuendo te esté causando tantos problemas. ¿Es por eso que no puedes ver el potencial de mi idea?

Esta vez, su abuelo se ríe. A Georgina, sin embargo, no parece hacerle ninguna gracia e intenta intervenir, pero Paul se le adelanta.

—No te preocupes. Nadie duda de tu potencial como animadora. De lo que dudo es de tu capacidad para comprender las sutilezas de un sector del que no sabes nada.

—Por si no te has dado cuenta, soy experta en *marketing*, además de mujer, lo que me permite juzgar bastante bien qué tipo de campaña publicitaria para zapatos atrae a las mujeres. Pero si crees que sabes más, te escucho. ¿Qué te preocupa de mi propuesta? Es todo lo que pregunto.

—Como he dicho, prefiero discutir lo que está mal más tarde, después de haber tenido tiempo de hacer una lista detallada. Créeme, no es solamente una cosa lo que me molesta.

—Bien. —Espero que haya entendido que este «bien» equivale a «estás siendo un idiota testarudo». Busco mi portátil y recojo mis notas sin dejar de añadir—: Agradecería la oportunidad de abordar tus preocupaciones antes de tomar una decisión final.

—Me pondré en contacto contigo sobre las siete de la tarde.

—Entonces tendrás que esperar hasta mañana para decírmelo. No trabajo después de las cinco.

—¡Qué sorpresa! —refunfuña.

Ethan levanta las cejas. Sabe que me fui mucho más tarde casi todos los días de la semana pasada, pero no voy a dejar que Paul piense que estoy a su disposición cuando quiera.

—Estaré en mi escritorio mañana a las ocho en punto —añado, encendiendo el teléfono con gestos deliberadamente lentos.

En lugar de salir de la sala, me acerco a su abuelo, que intercambia unas palabras que no oigo con Paul antes de que este último salga furioso.

—Siento si lo he incomodado de alguna manera —le digo—. Por favor, no me eche

en cara el lío de hoy. Mi intención es dar lo mejor de mí en esta campaña.

Me da una palmadita en la mano.

—No dudo de que lo harás, Arianna. Ethan me contó todo lo que pasó con Paul. Lo has desestabilizado y lo necesita. Es un buen hombre, pero tiene miedo a equivocarse y, por eso, se arriesga poco en la vida. Ya era hora de que alguien lo sacudiera un poco.

Le sonrío. No podría estar más contenta de saber que no tengo que sentirme culpable por provocar a Paul. Aun así, cuando la sala está despejada, vuelvo a sentarme y hundo la cabeza entre las manos. Aunque no suelo rehuir los enfrentamientos, la reacción de Paul a mi presentación me ha afectado. Esperaba que le encantara mi idea.

—¿Cuál será tu próximo espectáculo?

La voz de Paul me sobresalta. Me doy la vuelta y lo encuentro apoyado contra la pared, con los brazos cruzados.

—No te entiendo. —¡Caramba! Creía que se había ido hacía un rato. Lo último que necesito es que me vea en un momento vulnerable.

—Es obvio que estás interpretando un papel, pero te aseguro que no funciona conmigo.

Por un segundo, temo que sepa lo que estoy planeando, pero su mirada de desaprobación me tranquiliza. Se refiere a mi aspecto y a mi comportamiento de hoy.

—No es culpa mía si no puedes reconocer lo que es beneficioso para la empresa —le respondo en tono despreocupado.

—A riesgo de decepcionarte, sí sé lo que es beneficioso para la empresa. —Da un paso adelante—. No dejaré que gente incompetente arruine el trabajo de mi familia. Si tienes eso en cuenta, quizá podamos colaborar. De lo contrario, no veo que las cosas vayan bien entre nosotros. No soy una atractiva estrella de cine a la que puedas manipular con la elección de tu atuendo. Vestirte sexy no hará que caiga bajo tu hechizo y te dé carta blanca.

Sus palabras me dejan helada. No esperaba tanta dureza, y él ya está lejos cuando reacciono. Sigue suponiendo que estoy aquí para seducirlo. Mi negativa ha sido en vano, y mi empeño en la proposición no lo ha hecho cambiar de opinión. ¡Qué zoquete!

Cuando vuelvo a casa, me siento aliviada al quitarme la ropa y ponerme algo más cómodo. Mi vieja camiseta de la universidad y mis pantalones de yoga nunca me han sentado mejor.

Dos horas más tarde, después de contarles mi día a Christine y Lexi por videollamada, Christine exclama:

—¡No te habrás atrevido!

—Sí, me atreví. Cree que sabe quién soy; es mi deber darle la razón. Debería estar contenta, ¿no? Entre nosotras, no entiendo por qué me siento atraída por él. No sé qué me pasa.

Lexi lanza un suspiro.

—¿No sería genial poder encontrar a la persona ideal sin tener que besar a tantos sapos primero?

Christine coge una rosa del ramo que tiene sobre el escritorio y se la acerca a la nariz.

—Tampoco exageremos. Paul puede tener defectos, pero muchas princesas estarían dispuestas a besar sapos como él.

El timbre nos interrumpe. Les pido a las chicas que esperen y me apresuro a abrir la puerta.

Encuentro a Paul en el umbral y me quedo mirándolo, sin palabras. Me paso la mano por la coleta. Estoy descalza y, por lo que he visto en el espejo, parece que tengo dieciséis años. Se le dibuja un gesto de sorpresa. ¿Pensaba que llevaba ropa sexy y maquillaje excesivo en casa, por si un hombre llamaba al timbre?

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando encuentro la voz—. ¿No has podido resistir las ganas de verme?

Veo un destello divertido en sus ojos, pero desaparece tan rápido que bien podría haberlo imaginado.

—Quería hacerte llegar mis comentarios sobre tu trabajo. Me pediste una oportunidad para hacerlo, pues esta es tu oportunidad. Quiero que me devuelvas la copia mañana por la mañana.

Miro la pila de hojas que me tiende.

—¿Has oído hablar alguna vez de un ordenador y de cómo algunos intentamos proteger nuestro planeta?

—Yo también intento proteger el planeta y, por lo general, evito imprimir documentos, pero para este trabajo prefiero que trabajes en papel. Me ayuda a concentrarme cuando lo analizo, y tengo poco tiempo. No sabía si tenías impresora, así que aquí estoy. Te he enviado un archivo por si prefieres trabajar en el ordenador. Era simplemente una sugerencia, no una orden.

Cojo el documento.

—Bien. Si eso es todo, buenas noches.

Estoy siendo grosera, pero me pareció ver una sombra de vulnerabilidad en su rostro cuando le pregunté por qué estaba aquí. Sentí, por un momento, la necesidad de abrazarlo. Tal vez sea porque me recuerda al Paul del que me enamoré, el que siempre me saludaba con una sonrisa y una palabra amable, el Paul que parecía disfrutar de mi compañía antes de que mi declaración sacara a la luz otro lado de él.

Me culpo por haber confiado en él. Antes de que mis sentimientos formaran parte de la ecuación, siempre nos llevamos bien. Solo cuando supo que yo estaba interesada en él, las cosas se echaron a perder. Por otra parte, ¿qué sentido tendría seguir viéndonos como amigos cuando yo lo veía como algo más? Siempre habría estado esperando que él me correspondiera y eso me habría causado un dolor innecesario.

—Buenas noches. —Levanta la mano en un gesto—. Nos vemos mañana.

Las chicas, que lo han oído todo, se apresuran a ofrecerme su apoyo cuando vuelvo al sofá.

—¿Estás bien? —me pregunta Christine.

Camino de un lado a otro durante unos segundos.

—Sí. No es que siga enamorada de él. Mi atracción es una reacción normal ante un hombre guapo.

—¿Ya no estás enamorada o no quieres estarlo?

Dejo las páginas que me ha dado Paul y me concentro en mis amigas.

—Que no quiera estarlo es un hecho. ¿Qué mujer querría estar enamorada de un hombre que la encuentra superficial? Sea como fuere, también espero no estarlo —respondo con sinceridad.

—Las cosas han sido más difíciles desde que empezaste a trabajar con él, ¿verdad?

—pregunta Lexi.

Me hundo en los cojines.

—Cierto. Pensé que las cosas serían más sencillas. Pero no os preocupéis. Le demostraré que se equivoca conmigo y se disculpará.

Christine levanta la mano hacia la cámara, levantando el pulgar.

—Lo conseguirás y te apoyaremos hasta el final.

Les mando un beso y me pongo a trabajar. Por supuesto, conseguiré mi objetivo. La única forma de fracasar es rendirse, y yo nunca me rindo.

Repaso sus observaciones, que en su mayoría son pertinentes. Son las tres cuando me duermo, y a la mañana siguiente tengo un aspecto espantoso. Hago lo que puedo para disimular las ojeras y recojo mis rizos rebeldes en una trenza francesa. Me pongo unos vaqueros cómodos y una camisa azul brillante para animarme, y llego a la oficina con diez minutos de retraso.

Ramona, la secretaria de Paul, me informa de que ha preguntado por mí, así que me apresuro a reunirme con él.

—Es un placer que nos honres con tu presencia —me dice sin apartar los ojos de la pantalla cuando entro.

Podría decirle que por su culpa he pasado casi toda la noche en vela, pero no tengo fuerzas para un enfrentamiento tan temprano. Opto por una respuesta más civilizada que impertinente.

—Lo siento. —Me siento en la silla de felpa frente a él.

Deja de teclear. ¿Quién iba a pensar que podía disculparme?

—¿Has trabajado en mis comentarios?

—Sí.

Le paso las páginas llenas de tinta roja y deambulo por la sala mientras él las hojea. Me encantan los cuadros que eligió Amy.

—Estoy de acuerdo.

Su voz me sobresalta y casi doy un respingo.

—¿Perdona?

—He dicho que estoy de acuerdo con los cambios y las soluciones que sugieres.

—Si simplemente has mirado el documento por encima.

Se reclina en su silla.

—Ten la seguridad de que he visto todas tus sugerencias.

—¿A qué velocidad trabajas? —Miro el reloj para asegurarme. Ha tardado menos de cinco minutos en leer.

—No te preocupes; no lo hago todo tan rápido.

Su mirada traviesa me incita a responderle del mismo modo, pero de nuevo me abstengo. No voy a ganar este juego. No me importa oír que la razón de que esté de tan buen humor es que ha pasado la tarde con Georgina, lo cual no me sorprendería lo más mínimo.

Me pongo de pie.

—Genial, entonces. Si ya no me necesitas...

En ese momento, como si la hubiera invocado, entra Georgina. Al verme, aprieta los labios y ni siquiera se molesta en saludar. Se dirige a Paul con voz suave.

—Paul, tengo varias ideas para mejorar el trabajo de Arianna. Quería mantener el espíritu de las campañas anteriores, así que me he puesto en contacto con varias

modelos, y Loretta Gibson está interesada en trabajar con nosotros.

Su entusiasmo es conmovedor en cierto modo, al menos lo sería si estuviera siendo sincera. Para mí es fácil detectar a una actriz con talento; yo interpreto un papel cada día que vengo aquí. Me clava sus ojos acerados como si fuera un enemigo a batir, así que sé que solo finge ser una buena persona para que Paul lo vea.

—Ya he tomado mi decisión, y Arianna ha trabajado en algunos cambios que nos permitirán avanzar rápidamente y en la dirección correcta. —Su tono es plácido.

Ella se le acerca y con los labios cerca de su oreja, susurra lo bastante alto para que yo pueda oírla:

—¿Vas a aprobar su idea? Pero si acordamos...

—Nunca he acordado nada y, tras considerarlo mejor, creo que la propuesta de Arianna refleja la identidad de la empresa.

Georgina saca pecho, enderezándose.

—Si estás seguro... Creo que nuestro proyecto inicial es mejor.

—Nuestro proyecto era bueno, pero el de Arianna es superior. Te explicaré los detalles más tarde.

Georgina parece entender que Paul no cambiará de opinión y se marcha.

—Que alguien me pellizque. Te he impresionado —digo, recuperando mi talante luchador mientras me llevo la mano al pecho en un gesto teatral.

Él tamborilea los dedos sobre el escritorio.

—No te equivoques. Hace falta mucho más que eso para impresionarme, pero nada es más importante para mí que ver prosperar el legado de mi abuelo. Como él, sé identificar un buen concepto, incluso cuando viene de alguien como... tú —termina con una sonrisa.

No estoy de humor para encontrar gracioso lo que ha dicho. Me está menospreciando de nuevo, arruinando un momento agradable.

—¿Alguien como yo? Es decir, ¿alguien superficial?

Sigue golpeteando el escritorio con los dedos.

—Interesante. Cuando dijiste que habías olvidado mis palabras, sospeché que no decías la verdad. Pero me dijiste que no, que todo estaba bien. ¿Debo concluir que mentiste y me engañaste deliberadamente?

Atrapada en mi propia trampa, me devano los sesos buscando una respuesta.

—Uno se preguntaría quién es el superficial. Porque juzgar a alguien por su aspecto me parece el colmo de la superficialidad. Te he dicho la verdad, pero cuando sacas a relucir tus prejuicios a cada momento, tengo que defenderme. —Doy una zancada hacia la puerta, negándome a seguir escuchándolo.

—Si lo que pretendes es rebatirme, deberías reconsiderar tu planteamiento porque no funciona.

Me doy la vuelta con la sonrisa más dulce.

—Bueno, y si *tú* estás intentando convencerme de que no eres un imbécil condescendiente, deberías hacer lo mismo.

Esta vez, doy un portazo al salir, y despotrico contra él un buen rato detrás de la pantalla de mi ordenador, mientras tecleo el plan de campaña definitivo.

—¿Qué ha hecho?

La puerta de mi despacho se abre de golpe y entra Ethan.

Le hago un gesto despreocupado con la mano.

—Nada importante. Simplemente me ha aconsejado que cambie mi forma de ser. Y le he devuelto el cumplido.

—Bien hecho.

Ethan suelta una carcajada y yo no puedo evitar acompañarlo. Justo llega Paul con un ceño fruncido que le deforma el rostro. La gente feliz debe de arruinarle el día.

—Os dejo solos —dice Ethan. Antes de salir, se vuelve hacia su hermano—. Amy está esperando tu llamada para que le digas qué día vienes a cenar.

Se le borra la tensión del rostro.

—La llamaré hoy. No me perderé una cena con Amy.

Estoy asombrada, como cada vez que Paul habla de Amy. Llegué a pensar, por un momento, que estaba interesado en ella —era tan protector con ella—, pero no, solo son grandes amigos.

—¿Querías hablar conmigo? —pregunto con voz fría.

—Sí. Era para decirte que dar un portazo en mi despacho no mejorará tus posibilidades de hacerme cambiar de opinión sobre ti.

En serio, ¿ha venido a echarme la bronca... otra vez?

—No fue maduro de mi parte. No volverá a ocurrir. —Se me seca la boca al forzar las palabras—. ¿Algo más?

—Sí. Estaré fuera el jueves y el viernes, visitando algunas de nuestras franquicias con Georgina, y si pudieras tener listos algunos bocetos de los carteles para entonces, te lo agradecería. Me gustaría mostrarles lo que estamos planeando.

—¿Para el jueves? —murmuro—. Eso será imposible. Necesito más tiempo para hacer bien mi trabajo.

—¿No se supone que eres una maga del *marketing*? ¿Tienes los contactos adecuados, y haces todo lo necesario para responder a las necesidades de los clientes?

¿Qué diantres? ¿Lo hace a propósito? ¿Está tratando de desestabilizarme solo por diversión?

—Claro, estoy dispuesta a todo para satisfacer al cliente.

Ni siquiera puedo alegrarme de haberlo dicho sin ruborizarme porque me sorprende que mi afirmación no lo haga parpadear, como si fuera algo que esperara de mí. No hace falta más para que se despierte mi naturaleza antagonista.

—¿Tienes algo concreto en mente? Estoy abierta a cualquier propuesta.

—Cena conmigo.

Me quedo sin palabras durante unos segundos. Hace un momento estaba cuestionando mi profesionalidad, ¿y ahora me pide que cene con él?

—Si piensas sermonearme, puedes hacerlo aquí. No necesitas endulzar la píldora con una cena.

—No planeo sermonearte. Quiero hablar de la campaña y no puedo hacerlo hasta esta noche, ya que estaré fuera todo el día. Sin embargo, tengo que comer y tú también, así que podemos vernos sobre las ocho en Chez Antoine.

Debería negarme, no hay razón para que cene con él. De este encuentro no podría salir nada bueno, pero no puedo resistirme a la idea de verlo en un *tête-à-tête*.

Me paso el día pensando en mi atuendo. Chez Antoine es uno de los mejores restaurantes de la ciudad y tengo varios conjuntos que podrían impresionar a Paul. Elijo un vestido rojo brillante, sexy, pero no demasiado atrevido.

Cuando llego, él ya está allí y sus ojos brillan de aprobación. Debe de haber pensado

que iba a venir vestida en bañador después de lo que presencié el otro día durante mi presentación. Se levanta cuando me acerco y puedo admirar su camisa entallada y sus pantalones de buena confección. Elegante sin esfuerzo es lo que me viene a la mente.

Me siento frente a él con una sonrisa.

—Gracias por la invitación.

—Gracias a ti por venir.

—Hacía tiempo que no comía aquí. Me encanta su comida —le digo.

—¿Lista para pedir?

Asiento y pido los tallarines con salmón, su especialidad. Luego espero a ver cómo entabla la conversación antes de provocarlo. No he olvidado lo que dijo antes y, aunque podría ignorarlo, no quiero hacerlo. Es mi oportunidad de jugar con mis reglas.

Cuando llega el camarero con nuestras bebidas, agua para él y una copa de vino blanco para mí, me dice:

—Esperaba que pudiéramos hablar de los avances del proyecto. ¿Tienes alguna idea de la gente con la que quieres trabajar? ¿El fotógrafo, por ejemplo? Es importante elegir bien.

La luz es tenue y pienso que podríamos pasar por una pareja en una cena romántica. Se me oprime el corazón. Volvamos a la realidad y olvidemos mis inanes fantasías. De todas formas, este Paul no me interesa y el otro solo existe en mi imaginación.

—Ah —digo con una fingida sonrisa de disculpa—. Me invitaste a hablar de trabajo. Pensé que...

—¿Que...?

Frunce la frente.

—Ya sabes... estábamos hablando de que estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para que alguien cediera a mis exigencias, y pensé que era una invitación, ya ves...

—Este es un papel que puedo interpretar con deleite. Verlo retorcerse será el punto culminante de mi velada. Bailo para mis adentros y continúo—. Resulta que me equivoqué. Qué tonta. Me vestí así para...

—¿Has venido esta noche para seducirme? —Su pregunta suena sincera, pero yo sé que no es así.

—Bueno, decirlo así suena un poco vulgar, pero es verdad. Estoy tan acostumbrada a conseguir todo lo que deseo que se me pasó por la cabeza la idea de que podría hacer lo mismo contigo. Juzgué mal la situación.

No parece conmovido por mis intentos de justificarme.

—Así que, para que quede claro, te vestiste así para seducirme y conseguir el poder de hacer lo que quieras con la campaña. ¿Y es una táctica probada? —Su voz está entreverada de ligera diversión y no dejo de preguntarme si me cree o si sabe que estoy jugando con él.

Me encojo de hombros.

—Hasta ahora, sí. Pero supongo que tengo que cambiar de método. Contigo no funciona.

Estoy encantada de descolocarlo, hasta que contesta.

—Bueno, yo no diría que no funciona.

Demasiado para mis planes cuidadosamente trazados.

—Dijiste que me habías invitado para hablar de trabajo. —Hago una pausa, curiosa por saber adónde va esta conversación.

—Solo los tontos no cambian de opinión.

—Y tú no eres tonto. Entiendo. Dicho esto, es obvio que no eres susceptible a mis encantos. No tienes una muy buena opinión de mí, y no lo ocultas.

Extiende la mano con los dedos abiertos.

—No nos comprometeremos. Dijiste que estás acostumbrada a jugar con hombres, así que juguemos.

No se imagina cuánto lo detesto en este momento, o quizá sí, porque su expresión se vuelve petulante. Si cree que voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que se apodere del juego, se va a llevar una sorpresa.

Me revuelvo el pelo por encima del hombro desnudo y el movimiento llama su atención.

—Me alegro de que estemos en la misma onda. Después de que rechazaras mi proposición el verano pasado, pensé que eras inmune a mis encantos. Supuse que nunca pasaría nada entre nosotros. Me alegra ver que me equivocaba —digo en voz baja y seductora.

—No estoy ciego. Puedo ver lo atractiva que eres. Los dos somos adultos. —Se acerca; su perfume me cosquillea la nariz y me atrae—. Quizá podamos plantearnos una relación.

Tomo un sorbo de vino para retrasar mi respuesta.

—Permíteme recordarte que dijiste que nunca contemplarías la idea de una relación con una mujer como yo.

No debería ceder tan fácilmente. Si no, sospechará algo.

—Lo dije. Pero esta vez no se trata de una relación romántica, sino de disfrutar de un tiempo juntos.

¿Me está poniendo a prueba? ¿O realmente cree que aceptaré su propuesta? Ninguna de las dos cosas me alegra, pero no quiero que vea que me ha disgustado. No lo dejo ganar.

Le hago ojitos.

—Me alivia oírte decir eso. Me preocupaba estar perdiendo mi toque después de Santorini.

Sus labios esbozan una leve sonrisa.

—Entonces, ¿podemos irnos a casa después de cenar?

Pongo cara larga.

—Si hubiera imaginado que nuestra velada acabaría así... Estaba casi segura de que volvería a fracasar, por eso no cancelé mi cita con Steve. ¿Podemos hacerlo a tu regreso?

Llega nuestra comida y me da un momento muy necesario para recuperar la cordura mientras espero su respuesta. Cuando el camarero se marcha, se inclina hacia mí.

—A ver, ayúdame a entender. ¿Estás interesada en una relación conmigo mientras estás liada con otro hombre?

Espolvoreo un poco de pimienta en mi salmón mientras él le da un bocado a su besugo a la parrilla.

—No exactamente. En realidad, estoy saliendo con varias personas. —Tengo que

mirar hacia otro lado porque su expresión boquiabierta me haría partirme de risa—. Estoy viendo a Steve, un médico; a Philip, un amigo de la universidad al que veo esporádicamente desde hace años; y a Kostas, cada vez que visito Santorini. Lo conociste, ¿recuerdas?

Deja el tenedor.

—Entonces, ¿por qué querías conocerme mejor? No es la atención masculina lo que echas de menos.

Hago un giro de muñeca.

—¿Por qué no? No veo nada malo en ello. ¿Cómo puedo decidir qué hombre me conviene si no los conozco antes de comenzar una relación? Si te abrí mi corazón, es porque pensé que los dos teníamos la misma mentalidad, que podíamos divertirnos. ¿No quedó claro? ¿Realmente pensaste que estaba enamorada de ti?

—Lo pensé. Malinterpreté tus intenciones. Pero has dicho que te has vestido así para seducirme esta noche.

Me inclino hacia delante y bajo la voz.

—Conocer mejor a alguien implica seducirlo. Pero coquetear con un hombre o acostarte con él no significa que tengas una relación, ¿verdad? No olvides que me besaste hace unas noches. ¿He cambiado mi comportamiento hacia ti? ¿He construido castillos en el aire pensando que estabas loco por mí? —Chasqueo la lengua—. No. Interpreté las cosas como debía. Fue un momento intenso, pero provocado por nuestra discusión y no el preludio a un amor eterno.

Mi aire cándido debe de haberlo convencido, porque de repente parece quedarse sin palabras. Parece derrotado.

—Supongo que tienes razón. Tener una relación significa mucho más que acostarse con alguien. En cuanto a nuestro beso, tengo una opinión diferente. No tengo por costumbre responder a una discusión con un beso. Cuando beso a alguien, es porque lo encuentro irresistible, y eso es lo que pasó contigo. Te encontré irresistible... por un breve momento.

Le brillan los ojos de alegría. Me está tomando el pelo, así que le sigo el juego.

—Yo también te encontré irresistible en ese momento. Y ahora entiendo por qué me rechazaste. Pensaste que sentía algo por ti y te asustaste.

Se pone tenso al oír la palabra «asustado», pero no le doy tiempo para hacer comentarios. Voy al grano.

—Sin embargo, me gustaría que me explicaras algo. Si soy tan superficial y frívola como dices, ¿por qué iba a buscar una relación seria con alguien? ¿Acaso estar enamorada de ti no iría en contra de mis principios?

Se toma su tiempo saboreando el pescado antes de contestar.

—No lo creo. Ser superficial significa simplemente que puedes enamorarte cada mes.

Entrecierro los ojos.

—¿Así que lo que dices es que no querías ser solo un número más en mi lista?

—No me equivoqué.

«Y yo que pensaba que me tratarías con guantes de seda».

—Cierto, pero si me hubiera dado cuenta del motivo de tu reacción, te habría tranquilizado enseguida. Y quizá ese beso habría ocurrido hace meses. Tienes que admitir que fue un beso excepcional. —Levanto mi copa de vino y la inclino hacia él—.

No sé a ti, pero a mí ese beso me hechizó. No he dejado de revivirlo desde entonces.

Mi aire soñador tiene que confundirlo esta vez, lo que sirve a mi propósito. Mi objetivo es que se sienta desconcertado por lo que quiero.

—Bueno, si somos sinceros, a mí también me *hechizó* nuestro beso. Así que, ¿qué te parece si dejamos atrás el pasado?

Sus ojos permanecen clavados en mis labios y mi cuerpo se despierta al revivir el momento en que me besó. Esperemos que no pueda leer mis pensamientos, porque, si puede, leerá lo confundida que estoy, lo mucho que ansío volver a besarlo y cómo este juego corre el riesgo de costarme el corazón. Se supone que debo provocarlo, no enamorarme de él.

—Estoy de acuerdo —digo con una sonrisa falsa—. Me enfadé un poco cuando me rechazaste, probablemente porque heriste mi orgullo. Mis amigas me dicen a menudo que soy un camaleón, que cambio de color según las circunstancias. Puedo ser una empresaria consumada y al mismo tiempo bailar sobre una mesa; nadar desnuda a medianoche o enamorarme de alguien a primera vista y despedirme de él unos días después. La gente no me conoce. Sin embargo, no te dejaste engañar, lo cual es una proeza teniendo en cuenta que solamente habías visto mi lado serio hasta entonces. Admirable.

Hace un gesto de «qué quieres que te diga».

—Si tus amigos no saben leerte, es porque no prestan atención. Créeme, no es una tarea muy complicada.

«¿En serio? Si sabes leerme tan bien, ¿por qué no sabes las ganas que tengo de tirarte la copa a la cara para borrarle esa expresión condescendiente?»

Acerco la mano a mi copa cuando él extiende la suya y la atrapa. Me recorre una corriente eléctrica. No retira la mano y el brillo de sus ojos me dice que sabe exactamente lo que estaba pensando.

—Ahora que nuestra relación personal ha vuelto a su cauce, ¿podemos hablar de por qué me has invitado aquí? —pregunto para romper el silencio entre nosotros. Su contacto me inquieta y hablar de trabajo siempre es un terreno seguro.

Quita la mano y se abstiene de hacer algún comentario cortante. Pasamos las dos horas siguientes discutiendo mis ideas sobre la campaña. Puedo bajar la guardia y no tengo que fingir. Me recuerda a algunas conversaciones que tuvimos antes de la reunión de Santorini. Al final de la velada, ambos estamos satisfechos y de acuerdo.

—Haremos un informe final el viernes si estás de acuerdo —dice mientras nos dirigimos a mi coche—. También será un buen momento para explorar nuestra nueva relación personal, a menos que hayas cambiado de opinión.

Rebusco en el bolso las llaves. Las saco, fingiendo aplomo.

—En absoluto. No puedo esperar.

Se me acelera el pulso. Juego con las llaves; el aire entre nosotros es denso. Me las quita de las manos y, al rozar las yemas de los dedos, una descarga de energía eléctrica pasa entre nosotros. Abre la puerta, pero está tan cerca de mí que su aliento me acaricia la piel. No se mueve. Me acaricia la mejilla con el pulgar y yo retrocedo, abrumada por el deseo de tocarlo. Se da cuenta de mi reacción y, malinterpretándola, retrocede mientras murmura un rápido buenas noches.

De vuelta en mi apartamento, no puedo dejar de revivir en mi cabeza lo que ha pasado. ¿Qué voy a hacer? Cuando vuelva el viernes, esperará que nos acostemos, y no

puedo ir tan lejos. No solo no me acuesto con alguien a menos que esté segura de que podamos tener una relación duradera, sino que no me ayudará a conseguir mi objetivo. Me explicó que no buscaba una relación de verdad, al menos no con alguien como *yo*. En cualquier caso, es un ser despreciable.

No quiere a una mujer superficial como novia, pero ¿por qué no por una noche o dos? Es culpa mía, lo sé, pero eso no me impide estar enfadada con él. ¡Hablando de hipócritas!

—No resolveréis vuestros problemas personales con insultos. Probad otros métodos. Os prometo que funcionan mucho mejor.

AMY

El resto de la semana, me centro en los primeros carteles y apunto algunas ideas para los vídeos, aunque serán los verdaderos profesionales quienes tengan que darles vida. También reviso un centenar de posibles candidatos que sean las nuevas caras de la marca, una tarea agotadora. Tengo que asegurarme de que no haya nada en sus declaraciones públicas ni en sus vidas que pueda perjudicar la imagen de la empresa. Algunos valores no son negociables, y no voy a dejarle este trabajo a otra persona. Esta campaña es mía de la A a la Z, y aspiro a que sea un éxito.

El viernes por la tarde, estoy asegurando todos los archivos y enganchando videos cuando me salta una alerta en el teléfono. Llevo tres horas trabajando sin parar, así que abro la notificación para ver de qué se trata.

Están entrevistando a mi nadadora favorita y el enlace se ha compartido en las redes sociales. Hago clic y estoy disfrutando de la entrevista hasta que su respuesta a una pregunta sobre la actuación de su rival me hace dar un respingo.

—La victoria de hoy se la debe a la pura suerte.

Pulso el botón lateral del teléfono y la pantalla se oscurece. ¿En qué piensa la gente cuando publica mensajes comprometedores o da respuestas tontas a las preguntas capciosas de un periodista? Tienen razón los que dicen que uno nunca debe acercarse a sus ídolos.

Terminado el descanso, vuelvo al papeleo hasta que es hora de irme a casa de Amy, donde me han invitado a cenar.

Amy me abraza al llegar.

—¿Cuántas veces tenemos que invitarte para conseguir de ti algo más que una vaga promesa? —se queja.

—Buenas noches, Amy. —Le devuelvo el abrazo—. Estás preciosa. Y ya sabes que es una época agitada en el trabajo.

Acepto su invitación porque la idea de una comida real rodeada de caras amigas era demasiado tentadora como para rechazarla. La soledad de estos últimos días me está agobiando. No he visto a las chicas en toda la semana dado que he llegado tarde a casa todas las noches y he estado almorzando en la oficina.

El acogedor y cálido espacio que me rodea no hace mucho por apartar de mi mente el regreso de Paul. Me atormenta y no tengo ni idea de cómo salir de esta situación.

Amy me sirve una copa de vino y se sienta frente a mí en la isla de la cocina, que es de un suave tono azul que me recuerda a Santorini. Respiro profundamente los

deliciosos aromas que salen del horno.

—Eso es lo que Ethan ha estado diciendo, pero no te ganarás el corazón de Paul matándote con el trabajo.

Me estremezco ante su sugerencia.

—Amy, no estoy intentando ganarme su corazón. El tiempo que paso en el trabajo no tiene nada que ver con él.

Me mira por encima de la copa.

—¿Estás segura? Porque me parece que estás jugando a hacer malabares. Por un lado, quieres darle la razón en lo que supone de ti como persona frívola y por otro, que no eres la diletante que él cree que eres. Así que trabajas duro porque no puedes defraudar a Ethan y no es propio de ti estropear un trabajo. Es difícil equilibrar estas dos cosas.

—Difícil, pero no imposible. Quiero que entienda que, por el hecho de abrazar la vida, no soy alguien sin ética de trabajo que solo se preocupa por pasarlo bien. Y, ni que decirlo, no quiero que Ethan se arrepienta de haberme contratado.

—Eso nunca ocurrirá. —Ethan se acerca y me da un beso en la mejilla antes de robarle un beso a Amy, que le aparta la mano de un manotazo mientras va a por el postre, unas impresionantes *cupcakes* de chocolate—. Amy tiene razón. No puedes dejar que Paul tome el control.

Me pregunto qué dirían si supieran el lío en el que me he metido... Cojo los platos que me da Amy mientras Ethan lleva la comida a la mesa. Disfruto cenando con ellos porque todo es sencillo y me siento como en casa.

—Ese no será el caso. Esta noche, por ejemplo, había quedado con él para hablar de la campaña. No me ha llamado para confirmar o anular nuestro encuentro, y yo tampoco me he molestado en llamar. ¿Qué mejor prueba necesitas de mi capacidad para olvidarme del trabajo de vez en cuando?

—Excepto que la razón por la que no te ha llamado es que, por una vez, yo he ganado —responde Amy—. Lo insté a venir aquí desde el aeropuerto. No tardará mucho.

¿Qué? El corazón me da un vuelco y casi se me resbala la copa de las manos. Esbozo una sonrisa y agarro el tallo con más fuerza.

—¿Así que será culpa tuya si me paso la noche hablando de estrategias de *marketing*? —digo, tragándome el vino de un sorbo.

—No lo harás porque le prohibí mencionar algo relacionado con el trabajo.

No puedo verlo sin estar preparada. Estupendo. La velada no podía empezar mejor.

Amy hace una pausa con el ceño fruncido mientras examina la mesa, pero no tiene tiempo de interrogarme porque suena el timbre. «Que empiece el espectáculo».

No estoy preparada para verlo. Quizá no tenga la osadía de mencionar nuestro trato en presencia de Amy y Ethan. Eso me dará tiempo para encontrar una solución. Por otra parte, ¿quién sabe? Tal vez salte a la oportunidad de humillarme. ¡No! Nadie puede ser tan maleducado. Aunque...

Mi mente se acelera hasta que oigo la voz de Amy.

—¿Arianna?

Levanto la vista y me encuentro con las miradas de Paul y Amy.

—Ah, buenas noches, Paul —digo con un pequeño gesto de la mano—. Lo siento, estaba perdida en mis pensamientos.

—¿Estabas pensando en alguien en particular? —pregunta Paul, y entonces bajan mis expectativas con respecto a su comportamiento—. Estás pálida. Pensé que te habías olvidado de una cita importante.

—¿Qué cita? —Amy le tiende un vaso de vino—. Que yo sepa, está casada con su trabajo.

Paul se sienta en el sillón y bebe un sorbo antes de contestar.

—Según dicen que puede hacer cualquier cosa que se proponga. Es una triunfadora y está orgullosa de ello.

—¿Cotilleos de oficina? —se burla Amy.

—Digamos que es de una fuente mucho más fiable.

Increíble. Está decidido a ponerme en una situación difícil a cualquier precio.

Ethan, que no ha dicho nada hasta ahora, se da cuenta de mi incomodidad y le lanza a su hermano una mirada admonitoria.

—Si yo fuera tú, sin importar la fuente, sospecharía. Créeme, *no* quieres saber lo que se dice de ti.

—Al contrario, sí que quiero saberlo —dice él, con voz más divertida que preocupada—. Dímelo.

—Creo que se refiere a Georgina. —Los ojos de Amy se iluminan con un brillo travieso.

—Espero que no pienses que he sido yo quien ha dicho algo —digo antes de que Paul pronuncie palabra.

—Gracias por esa información no solicitada. Ni siquiera se me había ocurrido, pero ya que te sientes culpable hasta el punto de querer justificarte...

No debería haber perdido los nervios y haberle dado ventaja. Eso no significa que vaya a dejar que me acuse de difundir rumores sin contraatacar.

—No era mi intención justificarme. Me has mirado como si yo fuera la culpable. Teniendo en cuenta que siempre intentas pillarme con las manos en la masa, estarás de acuerdo conmigo en que mi reacción no es sorprendente. Me prohibiste decir algo que pudiera molestarla. Me acusaste de haberme portado mal con ella. Es normal que piense que me haces responsable de los rumores.

Amy jadea.

—¡Paul! ¿En serio?

Sus rasgos permanecen inmutables.

—No me gustan los conflictos en el trabajo.

—¡No puedes pensar que Arianna le guarda rencor a Georgina!

Amy se hace la inocente muy bien, pero eso no impide que Paul siga buscándome las cosquillas.

—No sé. ¿Por qué no dejar que Arianna se explique?

Vuelve la atención hacia mí, y ahora tengo dos opciones: mentir y fingir que no tengo ningún problema con Georgina, o admitir que no la tengo en gran estima. Si admito tal cosa, le daría una razón para suponer que soy la fuente de los rumores.

Mantengo la cabeza en alto, negándome a mostrarle hasta qué punto me disgusta la posición en la que me encuentro.

—En realidad, creo que sois una pareja perfecta. A los dos os gusta proyectar una imagen de responsabilidad; los dos sois estirados, así que, a menos que sepas lo contrario, no veo por qué iba a tener ningún problema. No puedo competir con ella.

No soy lo suficientemente profesional ni tensa. Teniendo eso en cuenta, también puedes suponer que no me gustaría ser como ella. Así que dime, ¿cuál sería mi problema?

Mi pregunta contundente lo reta a confesar que es un hipócrita que planea acostarse conmigo mientras es consciente de que estoy saliendo con otro hombre... hombres.

Amy y Ethan comparten una mirada de sorpresa mientras el aire se llena de tensión. Saben que nuestra relación es espinosa, pero no esperaban ese nivel de hostilidad.

Paul y yo nos enzarzamos en un concurso donde medimos nuestras fuerzas.

—Tienes razón en una cosa —dice—. Es una colaboradora perfecta. No me sorprende que para ti ser profesional equivalga a ser estirado. ¿Es una palabra muy querida en tu vocabulario? Me he dado cuenta de que la has utilizado bastante últimamente.

Mis labios se curvan en una amplia sonrisa. Igualo su tono, disfrutando de las idas y venidas. No puede ganarme cuando se trata de réplicas ingeniosas.

—Me conmueve que prestes tanta atención a mis palabras. Según tú, soy superficial y manipulo a la gente aprovechando sus debilidades para obtener lo que quiero, así que ¿no es normal que considere estirada a la gente que desprecia mi comportamiento? Funciona en ambos sentidos, ya ves.

Amy silba y ambos nos volvemos hacia ella.

—Callaos los dos. ¿Qué os pasa? No vais a comportaros como adolescentes que arreglan sus cuentas con palabras mordaces. Paul, entiendo que te moleste que Ethan contratara a Arianna sin tu aprobación, pero es una de las mejores en su campo y un activo para la empresa. Si quieres meterte con alguien por esto, desquítate con Ethan.

—Gracias, cariño —dice Ethan, dándole un beso en la cabeza.

Amy se centra en mí, con expresión ardiente.

—Y en cuanto a ti, esfuérzate por ser menos combativa. Tómate las cosas menos a pecho. Estoy segura de que Paul no quería insinuar que eres responsable de los rumores sobre él y Georgina.

Eso es precisamente lo que quería insinuar, pero no lo digo en voz alta porque soy una invitada y estaría mal montar una escena. Mi enfrentamiento con Paul puede esperar.

—Una última cosa —prosigue, clavándonos a ambos una mirada feroz, mientras deja que el silencio se prolongue un instante más antes de hablar—. No resolveréis vuestros problemas personales con insultos. Probad otros métodos. Os prometo que funcionan mucho mejor.

Esta vez, Paul y yo intercambiamos una mirada cómplice. Le viene bien sermonearnos cuando hace unos meses éramos nosotros los que teníamos que contenerla para que no atacara a Ethan en cada oportunidad.

Ella se da cuenta y frunce los labios.

—Sé por qué sonreís como tontos. Recordad que pensé que Ethan me había engañado. Se me rompió el corazón. ¿Tenéis ese mismo problema?

Ninguno de nosotros emite sonido.

—Eso es lo que yo pensaba. Así que dejaos de niñerías e intentad pasar una buena velada.

Ethan le susurra algo al oído y ella se sonroja. Mi corazón anhela a alguien que comparta mis alegrías y mis penas, y que haga latir mi corazón de la misma manera.

—Lo siento, Amy. Tienes razón en todo. Prometo ser un invitado perfecto —dice Paul. Parece sincero, y apuesto a que lo siente. Por molestar a Amy, claro.

—Yo también lo siento —digo—. Tengo que aprender a controlar mi temperamento.

Aunque ninguno de los dos se engañe pensando que hemos resuelto nada, hacemos un esfuerzo por no estropearle la cena a Amy. Como si nuestro conflicto nunca hubiera existido, incluso conseguimos mantener una conversación agradable. Compartimos recuerdos de las vacaciones, hablamos de las últimas películas y de los planes de Amy de trabajar con su mejor amiga, Allison, en el *catering* de bodas. Evitamos cualquier comentario personal.

—Paul, ¿puedes llevar a Arianna a casa? No hay razón para que coja un taxi —dice Amy unas horas después, cuando estamos a punto de irnos.

—No hace falta —me apresuro a decir.

Haré lo que sea para evitar estar a solas con él. No estoy dispuesta a cumplir nuestro pequeño acuerdo.

Paul no me ayuda, por supuesto. Ahora es su momento de brillar.

—Con mucho gusto —lo oigo responder.

Como no hay ninguna posibilidad de que me libre de nuestra cita en presencia de Amy, me abstengo de seguir protestando. Le doy las gracias por la velada y sigo a Paul, que mantiene abierta la puerta del ascensor.

—No hace falta que me lleves —le digo en cuanto el ascensor se pone en movimiento.

Se cruza de brazos y se le dibuja una sonrisa en sus labios *besables*.

—Creía que teníamos una cita. No me digas que pretendías decepcionarme.

—No me llamaste, así que pensé que se había cancelado. —¿Dónde hay un terremoto cuando lo necesitas? Abro la puerta del ascensor con más fuerza de la necesaria.

—Bueno, te equivocaste. No llamé porque sabía que iba a verte en casa de Amy y Ethan. Hasta estaba emocionado por nuestra cita. No tengo la impresión de que sientas lo mismo, lo que me entristece un poco.

Está jugando conmigo. No se ha tragado mi actuación y me reta para asegurarse de que no me irá.

—Me alegro de que no hayas cambiado de opinión. Yo tampoco. Si nuestra cita se mantiene, guíame. Soy toda tuya.

Habrà tiempo para salir de esto más tarde. Solo necesito tiempo para hacer un plan. Quizá me esté poniendo a prueba, y no seré la primera en rendirme.

Me abre la puerta del coche y observo el interior de cuero. Huele a él. Maldición.

—Me alegra oír eso. Me gusta poder elegir.

No dice nada más mientras conduce el coche por las calles abarrotadas. ¿Qué elegirá hacer al final? ¿Me llevará a casa? El corazón me late con fuerza, pero no le doy la satisfacción de que me lo pregunte.

Pronto aparca delante de un elegante edificio y ya tengo mi respuesta. No se echa atrás. Vamos a jugar. Lo sigo y descubro, para mi sorpresa, que su apartamento es acogedor. No es el apartamento de un hombre que pasa de largo como una ráfaga de viento, sino de alguien que disfruta pasando el tiempo allí.

Me lo enseña y me ofrece una copa, que acepto con impaciencia. Necesito algo para que mi mente deje de girar en espiral. ¿Por qué me pongo en situaciones imposibles? No hay duda de que cometí un error al aceptar su reto. No gano nada continuando con esto. Estoy cayendo en su trampa y haciendo lo que él quiere.

—Hablemos de la campaña —me dice, sentándose a mi lado. No me toca, pero su presencia hace que mi cuerpo cobre vida—. Háblame de tus progresos.

«Céntrate, Arianna. Sigue siendo un idiota arrogante». Aunque uno que domina el arte de besar. Aun así, pensar en ese beso ahora mismo no es la mejor manera de mantener mi ingenio.

—Es difícil encontrar buenos embajadores, pero lo estoy consiguiendo. Tenemos tantos criterios que a veces parece misión imposible.

Le da vueltas a su bebida.

—¿Quieres algunas sugerencias?

—¿Estás de broma? Adelante. —Puede que desprecie su forma de comportarse conmigo, pero es una de las personas más inteligentes que conozco y ha lanzado varias campañas de éxito a lo largo de los años. Sería una tonta si rechazara su ayuda.

Me da algunas sugerencias, y me río con él cuando me cuenta su encuentro con su ídolo de juventud, un tenista de alto nivel.

—Le dio su número a mi novia —dice, con la risa en la voz—. Créeme, en aquel momento no le vi la gracia.

Nuestros temas de conversación se vuelven más tontos a cada minuto que pasa y bajo la guardia.

—¿Quién está en tu lista de celebridades con los que te gustaría acostarte? —le pregunto.

Se hace el ofendido.

—No tengo una lista así.

Le dirijo una mirada penetrante y se rinde.

—Bien, siempre he tenido debilidad por Sandra Bullock.

—Sandra Bullock es una elección respetable.

—Me alegra saber que la apruebas. ¿Y tú?

—Espera porque tengo varias. —Empiezo a contar con los dedos—. Cuando era más joven, eran Scott Foley y Henry Cavill. Durante mis años de estudiante, Pierce Brosnan y Colin Firth, y en estos días, Colin Firth sigue rondando mis sueños.

—Entonces no tengo nada que temer. Creo que puedo competir con hombres de más de cincuenta. ¿Es por el acento? —bromea.

—Puede ser.

Estoy tan a gusto que casi olvido por qué estamos aquí hasta que dice:

—Ya que *podemos* mantener una conversación civilizada, me gustaría disculparme. Tu facilidad para revolotear de un hombre a otro me intrigaba, pero tenías razón. Es tu vida y no tengo derecho a acusarte de superficialidad.

¿Estoy soñando o he logrado mi objetivo? Se ha disculpado por su comportamiento. Ha admitido que se equivocó. Entonces, ¿por qué me invade un sentimiento de vacío en lugar de alegría?

«Porque sabes lo que está diciendo en realidad, se burla mi voz de la razón. No ha dicho que haya cambiado de opinión sobre ti, solo que no debería haberte juzgado. Resulta que no es lo que querías. Querías que viera bajo la superficie, que te

respetara».

Dejo la copa sobre la mesa y junto las manos.

—Pero tú no respetas a las mujeres superficiales, así que ¿por qué me pides disculpas? ¿Por haber dicho lo que sentías? No necesito que me des luz verde para ser quien soy. Estoy bastante orgullosa de mí misma. No ansío tu aprobación.

Extiende las manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Qué te pasa?

—Me has insultado y lo sabes.

—¿Por qué iba a ser un insulto si estás orgullosa de lo que eres?

—Porque es un insulto viniendo de ti. Si soy frívola o no, no es relevante. Cuando me lo echas en cara, no te limitas a constatar un hecho; me desapruebas. Puede que no sea el tipo de mujer que te gusta, pero eso no te da derecho a actuar con altanería.

Se levanta y apoya las palmas de las manos sobre la silla, enunciando sus palabras con brío.

—Tienes razón. No respeto a las mujeres que malgastan su vida yendo de compras o revoloteando de hombre en hombre. Sin embargo, no me corresponde criticar y mi disculpa era sincera.

—¿Sincera? —Me levanto de un salto y cojo mi bolso—. Sin embargo, no tienes ningún respeto por las mujeres como yo. Apuesto a que te disculpaste solo para tener la oportunidad de acostarte conmigo. ¿Adivina qué? Nunca me acuesto con hombres condescendientes que creen que pueden manipular a los demás. Nuestro pequeño acuerdo ya no está en juego.

Su mirada es abrasadora mientras dice:

—No te hagas ilusiones. No lo hice para acostarme contigo. Ese nunca fue mi objetivo. Siempre es un error mezclar trabajo y placer. Me disculpé para empezar de nuevo sobre una buena base. Reconozco tu talento y me gustaría colaborar contigo en paz. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero sigues enfadada conmigo, y este ambiente negativo entre nosotros no ayuda a que trabajemos bien juntos.

Resoplo.

—Bueno, has fracasado. Por desgracia para ti, tienes que seguir trabajando conmigo. Tienes que trabajar con una mujer capaz de bailar sobre la mesa de la sala de reuniones, venir al trabajo vestida en bañador y pasarse la noche de fiesta en un bar, coqueteando con todos los hombres presentes. No tengo intención de cambiar por ti, y si tienes algún problema con eso, tendrás que hablarlo con tu hermano, porque por lo que a mí respecta, me quedaré hasta el final de mi contrato. Ah, y creo que sí te habrías acostado conmigo si te hubiera dejado. No distorsiones la historia para demostrar que eres mejor que yo.

Doy un traspie hacia la puerta y mis zapatos rozan el suelo de madera. Él se queda quieto, clavado en su sitio. No hace ningún movimiento para retenerme, lo cual no me sorprende. Lo que sí me sorprende es que me moleste la idea de que juegue conmigo a poner a prueba mis límites. En lugar de acusarlo de hipocresía, quizá debería admirar su comportamiento.

Fiel a sí mismo, cuando no respeta a una persona, no quiere tener nada que ver con ella.

La semana siguiente, me concentro en mi trabajo. No le hablo a menos que no me

quede remedio. No sabía que me dolería tanto su opinión sobre mí. Pensaba que ya había superado esta etapa. No manejé bien la situación y le dejé ver mi vulnerabilidad.

—Por favor, deja de torturarte —me reprocha Lexi una noche mientras pasamos el rato en mi casa—. Vale, has sobrestimado tu capacidad para resistirte a él, pero no es el fin del mundo. Siempre puedes alcanzar tu objetivo, hacerle ver lo equivocado que está y pedirle disculpas. Necesitas recuperar tu energía y buen humor. Has preparado toda una lista con escenarios que podrían molestarle, así que ponlos en órbita.

—Si quieres más ideas sobre cómo molestarle, puedo ayudarte —dice Christine con una risa malvada.

—El problema es que me di cuenta de que su disculpa no es lo que más quería: quería que cambiara de opinión sobre mí. Es patético. —Hundo la cara entre las manos.

Lexi me aparta las manos.

—¿Por qué es patético? No eres un robot. Todos queremos que la gente nos aprecie. Siento la boca seca y mi voz apenas es un susurro cuando hablo.

—No, Lexi, lo que quiero decir es que si estoy tan dolida es, con toda probabilidad, porque nunca he dejado de estar enamorada. Solo me convencí de que ya no era así. Sin embargo, mi reacción demuestra que estaba equivocada. No puedo ocultar la verdad y fingir que solo quería una disculpa suya.

Ninguna de las dos me contradice. Era obvio desde el primer día, cuando mi corazón se aceleró ante su cercanía.

—Te quedan unas semanas y luego puedes elegir no verlo más —dice Christine—. O puedes elegir luchar y demostrarle que vales mucho más que Georgina y que cualquier otra Georgina de este mundo. Después de eso, apuesto a que te sentirás tan bien que te enamorarás de un hombre perfecto que te apreciará. Cuando Paul se enamore de ti —demasiado tarde—, harás desfilas a tu hombre perfecto ante él y tendrás tu venganza.

Me río entre dientes y chocamos puños.

—Me gusta este escenario. Pensará que escondo a otro hombre en el armario, pero no importa. Más poder para mí.

Las chicas me animan, pero de vuelta a la oficina al día siguiente, me doy cuenta de que ya no tengo una estrategia real. Haga lo que haga, nunca cambiará de opinión.

Cuando me dispongo a salir por la tarde, Paul entra en mi despacho.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta, cerrando la puerta a sus espaldas.

Me alejo de la luz azul de mi monitor para mirarlo.

—No necesitas mi permiso. Trabajamos juntos.

Camina de un lado a otro.

—No está estrictamente relacionado con el trabajo.

Vuelvo a mi pantalla.

—En ese caso, preferiría evitar esta conversación.

Se detiene, con las manos posadas en el borde de mi escritorio mientras espera a que establezca contacto visual.

—Entiendo que estés furiosa conmigo. No podría ser más claro. Pero permíteme que te diga que ambos somos responsables de nuestro malentendido. Si no me equivoco, me mentiste cuando dijiste que ya no estabas enfadada por lo de Santorini. Cuando me di cuenta, intenté enmendarlo, pero te enfadaste porque pensaste que no era sincero. Tienes que decidir lo que quieres.

Está enumerando las cosas que he estado rumiando todo el día, pero por eso lo culpo aún más. No me gusta que pueda leerme.

—Necesito tu ayuda —continúa, imperturbable ante mi silencio—. Tengo que reunirme con uno de nuestros franquiciados y creo que tu presencia podría ser una ventaja.

—Una ventaja, ¿eh? Supongo que necesitas a alguien que sepa divertirse para compensar tu lado *tenso*.

—Necesito a alguien que entienda a las mujeres. Nunca te pediría que me acompañaras a ver a un hombre, pero Helena es dueña de tres de nuestras tiendas más lucrativas y es un poco, digamos, excéntrica. —Se pasa la mano por el pelo—. Cenaremos y luego tomaremos una copa mientras hablamos de la nueva campaña. Que el contrato de franquicia les dé derecho a negarse a aceptar una campaña y a participar en el presupuesto hace que mi trabajo sea bastante arduo a veces.

Sonríó tan dulcemente que podría provocarme caries.

—¿Por qué no te acompaña Georgina? Creía que nadie podía hacerle sombra.

Frunce el ceño de una forma que lo hace parecer adorable. Me recuerda a un adolescente frustrado.

—No creo que le guste a Helena.

Su inesperada confesión me pilla desprevenida, pero decido no indagar más.

—Le debo a Ethan ayudarte, así que dime cuándo y dónde.

La tensión de su rostro se disipa.

—Es mañana por la noche. Te recojo sobre las siete de la tarde.

—Perfecto. Buenas noches. —Mis dedos se mueven frenéticamente por el teclado.

—Arianna...

Giro la cabeza hacia él.

—Gracias.

—No hace falta. Nunca digo que no a una cena gratis.

No estoy segura de que haya tomado la decisión correcta al invitarme. Puede que no sea el activo que él espera.

Helena tiene unos quince años más que yo pero, vestida con un vestido entallado que resalta sus curvas y maquillada para que su rostro luzca impecable, parece mucho más joven. No puede ocultar su carácter extrovertido a nuestra llegada al restaurante.

—Veo que ha traído protección. —Me tiende la mano—. Hola, soy Helena. Si aún no lo sabes, coqueteo con él todo el tiempo. Probablemente te pidió que vinieras a salvarlo de mis garras.

Me echo a reír. Me cae bien. Sin embargo, cuando veo a Paul sonrojarse, se despierta en mí la necesidad de protegerlo, lo cual es ridículo.

Tomo asiento frente a ella.

—Como le he dicho, nunca digo que no a una cena gratis. Si, además, conozco a alguien que pueda molestar a Paul, estoy encantada.

Ella capta el mensaje y sigue el juego.

—Entonces, querida, has venido al lugar correcto.

El camarero toma nuestro pedido mientras Paul pregunta cómo le van las cosas a Helena.

—Todo va bien. Deja de preocuparte porque todo se venga abajo de un día para

otro. Si mis clientes quieren calidad, no tienen más remedio que venir a mi casa. Estoy ansiosa por saber lo que la nueva campaña hará por mi cuenta bancaria.

Me río mientras hace como si estuviera contando dinero con los dedos.

—Por fin me has presentado a alguien que entiende mi humor. Ya era hora de que encontraras una mujer que trajera un poco de sol a tu vida.

Su postura se endurece.

—Arianna trabaja para la empresa. No hay nada personal entre nosotros.

Ella ignora su evidente descontento para hablar del tema.

—¿Por qué? No estás saliendo con Justina o como se llame, ¿verdad?

—Helena, ya sabes cómo se llama, y también sabes que nunca he salido con ella.

Ella se vuelve hacia mí poniendo los ojos en blanco.

—No es por falta de intentos por su parte, créeme.

Paul se revuelve en su asiento, con la mirada fija en algún lugar más allá de la pared del otro lado del salón mientras exhala lentamente. Mi alegría por su malestar inspira mi respuesta.

—Estoy abierta a cualquier ayuda. Nada de lo que hago funciona. Afirma que el trabajo y el placer no van bien juntos.

—Querida, eres guapa e inteligente. Usa eso.

Paul juguetea con su servilleta, y por un momento me siento mal por él, pero no puedo desperdiciar esta oportunidad de oro para sacudirlo.

Me encojo de hombros.

—Este es mi *modus operandi* habitual, pero hasta ahora está siendo un fracaso total con Paul.

Helena sorbe su cóctel con deleite.

—Dime qué has probado y te diré qué estás haciendo mal. Tengo experiencia en la materia.

—Hablando de experiencia en el campo, Arianna es una de las especialistas en *marketing* más brillantes que hay.

Helena no se distrae con el intento de Paul de cambiar de tema.

—Paul, por una vez, ¿me permites pasar una velada agradable en la que no me hagas perder el tiempo hablando de trabajo y haciéndome preguntas aburridas?

Me pregunto si se vendrá abajo. Me aplicaré para conseguirlo, seguro. Cuando Helena me pregunta si salgo con alguien, aprovecho para molestar a Paul.

—Tres hombres. Y pronto cuatro, si le digo que sí a alguien del trabajo que me ha pedido salir.

—Bien hecho. Hay que disfrutar de la vida. Y si nuestro guapo chico no es susceptible a tus encantos, demuéstrole lo que se pierde.

Le echo un vistazo a Paul para ver si se quiebra, y ante mí se produce un milagro. Esboza su primera sonrisa de la noche.

—Lo entiendo— dice—. No hay manera de que pueda dirigir esta conversación hacia donde yo quiero.

Helena le palmea el hombro.

—Aprendes rápido. Pero basta de darle vueltas al asunto. Dime qué pasa entre vosotros. ¿Por qué estáis enemistados?

—No lo estamos —dice él, pero no se libra.

—Estoy enfadada con él. Me llamó superficial y luego dijo que no era un insulto.

—¡Paul! —Helena abre bien los ojos—. No te atreviste a decir eso. ¿Cómo has podido hablar así de una mujer? Arianna parece una joven inteligente y exquisita. ¿Qué te da derecho a juzgarla? Espero que no esperes que contribuya a esta campaña. Ya sabes lo que pienso de los hombres que tratan a las mujeres de forma condescendiente.

Sus palabras provocan un escalofrío en la mesa y Paul se pone pálido. Su voz es gélida cuando habla.

—Helena, lo siento, pero mi relación personal con Arianna es irrelevante para nuestra negociación.

Helena resopla.

—Ahí es donde te equivocas, cariño. Insultar a una mujer nunca es aceptable. Y como mi contrato me permite decidir lo que acepto en cuanto al *marketing*, puedo decirte ahora mismo que no aportaré ni un céntimo a esta nueva campaña.

Levanto mi copa.

—Gracias, Helena. Se siente bien tener apoyo.

Tiene que estar bromeando. Solamente está fingiendo retirar sus finanzas para molestar a Paul. Teniendo en cuenta lo perdido que parece, sin embargo, empiezo a dudar de mi juicio. Vale, quería pagarle con su misma moneda, pero verlo en apuros me inquieta.

Me tiemblan las manos al dejar la copa.

—Quizá he exagerado un poco —digo—. Nuestra relación no es tan difícil como te he hecho creer. Trabajamos bien juntos. Me respeta profesionalmente, y esta campaña será una ventaja para todos los franquiciados. Puedes confiar en mí.

Espero que entienda que he terminado de jugar, pero para mi consternación, continúa.

—No tolero la falta de amabilidad hacia las mujeres. Ya estoy harta de hombres irrespetuosos. Mi decisión está tomada y no me echaré atrás.

Mi corazón se hunde. Cuando Helena se levanta para contestar al teléfono, me dirijo a Paul.

—Lo siento mucho. No esperaba que se tomara a pecho una conversación ligera.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —replica—. Después de todo, eres muy convincente. Te felicito. Has conseguido hacerme daño. Pero claro, soy yo quien debe disculparse por tratarte mal. Después de todo, trabajas duro y nunca causas problemas. ¿No es lo que dijiste el primer día en la oficina?

Se me cae la cara de vergüenza. Nunca le he causado problemas a nadie, pero no tiene sentido defenderme. Esta vez tiene razón al culparme. Es culpa mía por no haber leído bien a Helena, y ahora estamos en un callejón sin salida.

Me muerdo el labio inferior.

—Déjame hablar con ella. Seguro que puedo hacerla cambiar de opinión.

—Eso me gustaría, pero me temo que solo vas a empeorar las cosas. Prefiero que te abstengas de decir algo.

Cierro los ojos, descorazonada. Tengo que dejar de ser tan impulsiva. Cuando Helena vuelve, lo intento de todos modos.

—Helena, siento haberte dado la impresión de que Paul y yo somos enemigos. Me estaba burlando de él por un comentario fuera de lugar que hizo. ¿Es un poco rígido? Claro. ¿Demasiado estirado? Sin duda. Pero no es irrespetuoso. Tenemos algunas

diferencias, pero nada importante. Te aseguro que, independientemente de nuestra relación personal, ambos haremos todo lo posible para garantizar el éxito de esta campaña.

La mirada escéptica de Helena revolotea entre nosotros, pero al final cede y acepta darnos una oportunidad.

—No prometo nada más que reconsiderar mi postura.

Estoy a punto de darle las gracias cuando veo que le hace un sutil guiño a Paul. Estaban juntos en esto. Me ha pillado.

Los miro fijamente, negando con la cabeza.

—Así que no solo no puedo contar con la solidaridad entre mujeres, sino que tengo que seguir sabiendo que Paul tiene sentido del humor.

Helena se ríe a carcajadas.

—Ah, puedes contar conmigo, tesoro. Es que me ha dado pena. Nunca me negaré a hacer mi parte en nuestra colaboración, y confío en él y ahora en ti. Pareces una joven decidida a triunfar, y me recuerdas a mí misma hace años. En cuanto a ese, puedo confirmar que tiene mucho humor, pero a veces se olvida de relajarse y vivir un poco. Menos mal que estás tú en su vida.

A Paul se le enciende la cara, pero no lo provoco. Ha jugado bien.

El resto de la velada transcurre entre risas y conversaciones amistosas. Helena tiene tantas historias que contar que no me doy cuenta de que pasa el tiempo. Paul participa de la conversación sin intentar pillarme en falta; ya es una victoria.

Cuando aparca delante de mi edificio, se vuelve hacia mí.

—Después de ver otra faceta mía esta noche, ¿has reconsiderado tu opinión sobre mí?

Arrugo la nariz.

—¿Qué otra faceta?

—Reconoce que he jugado bien, que tenías miedo. Confieso que tardé en darme cuenta de que te burlabas de mí con Helena, dado lo que sé de ti. Pero creo que ahora estamos empatados. ¿Qué dices?

Increíble. Es como si fuera incapaz de no insultarme.

—¿Qué sabes de mí? No sabes nada de mí, y tú te lo pierdes.

Salgo y me apresuro a entrar. No quiero pelearme con él ni que vea lo mucho que me han dolido sus palabras.

—Quizá deberías ser un poco más discreta.

PAUL

Los días siguientes trabajo en varias ideas, algunas aún no estoy lista para desvelarlas, y Paul casi nunca está en la oficina.

El viernes por la tarde, al volver de mi cita con Marcus, un fotógrafo, me sorprende que la puerta de su despacho esté abierta. Unos minutos más tarde, entra en mi despacho.

—He oído que has ido a ver a un fotógrafo. ¿Cómo te ha ido?

Enchufé el cable de mi portátil y lo dejo encima de mi escritorio, mantenido agachada la cabeza. No he olvidado cómo acabaron las cosas la otra noche.

—Bien. Creo que será perfecto para nuestra campaña. —Respondo con voz vacía de emoción.

Ignorando mi escueta respuesta, pregunta:

—¿Cuáles son sus créditos?

La pregunta asesina. Me aclaro la garganta.

—Preferiría hablar de los detalles cuando haya limado algunas asperezas que tengo. Se le arruga la frente.

—Lástima para ti, porque me gustaría conocer los detalles antes de irme. Sospecho que si insistes en no hablarme de él es porque no está cualificado.

Ignoro su comentario. Seguro que no le gustará mi respuesta.

—¿Adónde vas? —le pregunto.

Vacila como si no estuviera seguro de querer responderme.

—Voy a Australia a reunirme con uno de nuestros mayores franquiciados. Georgina me acompañará porque conoce bien el mercado.

—Naturalmente.

Se le tuerce la mandíbula.

—¿Estás insinuando que me llevo a Georgina por otros motivos?

Levanto las manos en señal de «alto».

—Ni se me ocurriría. No dudo de tu integridad. A diferencia de ti, no me apresuro a pensar lo peor de la gente.

Mis palabras dicen una cosa y mi tono implica otra, pero no me preocupo por eso. No tiene por qué pararse en su mesa tres veces al día cada vez que está en las instalaciones y pedirme que la trate con deferencia, como si ella fuera la princesa inocente y yo la bruja malvada.

—Si tienes alguna duda sobre mis razones para llevarme a Georgina conmigo, acompáñanos. Podrás comprobar por ti misma que se trata de un viaje de negocios.

Mis manos se congelan sobre el teclado.

—¿Perdón?

—Eres la responsable de esta campaña y está claro que nadie puede explicarlo mejor que tú.

—No creo que eso sea inteligente.

—¿Por qué? Estás aquí por razones puramente profesionales, ¿no? ¿Qué te impide hacer tu trabajo? —Se apoya contra la pared, reconfortado al saber que esta vez me ha atrapado—. Deduzco que no es nuestra relación personal.

Espera mi respuesta, y sus labios se curvan ligeramente mientras me muevo detrás de mi escritorio. La rabia me invade por ser tan vulnerable en su presencia, y siento la necesidad de decir algo. Por supuesto, las palabras que pronuncio no son las que pretendía.

—De acuerdo.

—Perfecto. Nos vamos el próximo lunes a las siete de la mañana. —Se escabulle sin decir nada más. Esperaba que se regodeara. Lo haría. Probablemente.

Ethan me hace una visita más tarde y, al darse cuenta de mi expresión cabizbaja, me pone una mano en el brazo.

—Sídney es precioso, sobre todo en esta época del año.

—No lo dudo —digo en voz baja.

—Arianna, estarás bien. Conozco a mi hermano. Si empieza a perder los nervios, es porque estás empezando a irritarle. Eso es lo que quieres, ¿verdad?

Se me oprime el pecho.

—No si me molesta más a mí que a él. Por cierto, tengo una idea sobre un plan de respaldo para la campaña que me gustaría comentarte. Pero es mejor no mencionárselo a Paul. No necesito su negatividad.

—¿Un plan de respaldo? ¿Para qué? ¿No estás siendo demasiado cauta?

—Al contrario. Creo que no estoy siendo lo suficientemente cauta. No está contento con el fotógrafo que elegí, y en caso de que decida ponerme piedras a cada paso, es mejor estar preparada.

Le muestro los elementos clave de mi idea y se le ilumina el rostro.

—¿Cómo podría negarme? Es una idea maravillosa, original y te sacaré dos campañas por el precio de una. Quizá podamos usar esta para la próxima colección.

—¿Por qué no? Aunque dudo de que Paul me permita crear la campaña de la próxima colección. Esta vez no podemos tenderle una emboscada.

Me aprieta el hombro.

—No le tendimos una emboscada. Eres la mejor y te necesitamos. Ve a Sídney y demuéstrole que se equivoca contigo.

Me escuecen los ojos.

—Basta, Ethan. No le importa quién soy realmente, ahora lo entiendo. Disfruta echándome en cara su desprecio hacia mí cada vez que tiene la ocasión. ¿Es ese el comportamiento de alguien que quiere darme una oportunidad?

Rodea el escritorio y me estrecha en sus brazos.

—Sigues enamorada, ¿verdad? —me pregunta.

Se me quiebra la voz.

—Me temo que sí. A veces lleva un tiempo olvidar a alguien de quien has estado enamorada, aunque sea un idiota.

La risa de Ethan llena la habitación y me besa en la cabeza. Y, como era de esperar,

es entonces cuando entra Paul. Me pregunto si me habrá hechizado. ¿Tiene que aparecer siempre que Ethan y yo estamos juntos?

—Quizá deberías ser un poco más discreta. —Coloca una carpeta sobre mi escritorio.

—Madura —replica Ethan.

Ignora las palabras de Ethan y se centra en mí.

—Aquí está nuestro itinerario para Australia. ¿Tienes los nombres que te pedí el otro día?

Cojo la carpeta y hojeo el itinerario.

—Todavía no.

—Hasta dónde *yo* sé sigo siendo el director de *marketing* y, si necesito algo, se supone que debo tenerlo a tiempo.

Enderezo los hombros.

—Hasta donde yo sé, trabajo como consultora independiente y organizo mi tiempo como me parece. Lo único que te debo son resultados.

La verdad es que la lista que me pide está preparada, pero no tengo ningún deseo de decírselo. Si quiere comportarse como un cavernícola, no voy a impedírselo. Tal vez sea lo mejor. Quizá mi corazón deje de latir tan deprisa si sigue por este camino.

Da media vuelta y se marcha. Ethan me sonríe amablemente.

Durante el fin de semana, me reúno con las chicas y leo un poco. Cuando, a finales de semana, le doy a Paul mi lista definitiva de colaboradores, me da las gracias con un gesto seco de la cabeza. Sí, este viaje será un placer. Esperemos que no se le ocurra abandonarme en la sabana australiana.

Unos minutos después de entregarle la lista, entra en mi despacho con aire molesto.

Apoya las manos con firmeza a ambos lados de mi escritorio mientras me mira.

—Quieres contratar a un fotógrafo sin experiencia. Sabía que ocultabas algo.

—Todo el mundo tiene que empezar por algún sitio.

—¿Y crees que es una idea inteligente empezar con una campaña que costará cientos de miles de euros y puede meternos en problemas si los resultados no están a la altura de las expectativas? —Se inclina sobre mi escritorio y la diferencia de altura entre nosotros me molesta—. Hay que preguntarse por qué no te contratamos antes.

Sus palabras no me afectan. Sé por qué tomé esta decisión.

—¿Así que prefieres a alguien que no innove, que ruede una campaña sin imaginación, calcada de tus antiguas campañas, y que atraiga a tus clientes actuales? No deberías subestimar a alguien que tiene algo que demostrar.

Resopla, no muy impresionado por mi diatriba.

—Hicimos un estudio de mercado. A nuestra clientela le gusta poder reconocer su marca en nuestras campañas publicitarias.

—No lo dudo ni un segundo, con la diferencia de que ahora pretendes captar *nueva* clientela. —Me pongo de pie para que ya no me mire desde arriba—. Así que o has hecho las preguntas equivocadas o has entrevistado a una clientela que no nos interesa. Si yo fuera tú, no descartaría a Marcus antes de hablar con él. Puede que no haya trabajado antes con clientes prestigiosos —solo ha trabajado en algunos proyectos confidenciales—, pero hablamos de la campaña y entendió el espíritu. Sabe dar su toque a su trabajo respetando la visión del cliente.

Paul aprieta los labios en una fina línea; y dice con palabras claramente definidas:

—Ahora te has convertido en una experta en estudios de mercado. ¿Sabes realizarlos mejor que los profesionales?

—He trabajado con varios institutos de investigación de mercado y, efectivamente, puedo hacer que un estudio diga lo que yo quiera. Lo único que tengo que hacer es cambiar la forma de formular la pregunta.

Se burla.

—¿Así que puedes manipular las preguntas para obtener los resultados que quieras? ¿Es esa la lección?

La habitación se carga de electricidad cuando mis palabras punzantes cortan el aire.

—No me refería a eso, pero si necesitas oírlo, sí que puedo.

En ese momento llega Georgina y añade su granito de arena.

—Aquí están los resultados de mercado que pediste. Nuestros clientes valoran muy positivamente nuestras campañas. Dudo que estén dispuestos a seguirnos si nos alejamos demasiado del concepto inicial.

—Gracias.

Observo cómo lo mira y me entran ganas de tirarle el té en la cabeza. Pero soy profesional, así que dejo a un lado mis pensamientos infantiles y me vuelvo hacia él con aire decidido.

—Si no aceptas contratar a Marcus, te anularé y conseguiré que Ethan y tu abuelo estén de acuerdo. Tú aprobaste mi idea inicial; no veo razón para discutir la ejecución. Sé lo que estoy haciendo. Pero como volamos a Sídney el lunes, puede esperar.

Georgina se queda con la boca abierta y me mira sin pestañear. Está claro que ella no estaba al tanto de mi presencia en el viaje.

—Como puedes adivinar, hay dos cosas que pienso hacer allí: nadar en el océano y coquetear con algunos australianos guapos.

Georgina gruñe como si hubiera dicho que pensaba cometer un asesinato. Me vuelvo hacia ella con aire inocente.

—Espero que no piense pasarse todo el tiempo trabajando. Si quiere mi consejo, debería ir de compras, ligar y relajarse un poco.

Sale hecha una furia del despacho y Paul sacude la cabeza. Excepto que esta vez, una sonrisa lucha por aparecer en su rostro severo.

—Disfrutas metiéndote en mi vida, ¿verdad?
—¿Por qué iba a disfrutar con algo así?

PAUL y ARIANNA

El lunes por la mañana, Paul viene a recogerme a las 7 y busco a Georgina con la mirada mientras subo al asiento del copiloto.

—Se encontrará con nosotros el miércoles —me dice.

Me vuelvo hacia él.

—¡Qué pena!

Su risa me sorprende.

—Eres tan...

Contengo la respiración, esperando a que continúe, pero no termina la frase. No quiero pensar en lo que me puede deparar este viaje, pero la idea de encontrarme a solas con él durante dos días, sin Georgina, me hace albergar la esperanza de que supere sus prejuicios y me vea con otros ojos. Pero anda con la mente en otras cosas.

Mientras embarcamos y tomamos asiento, me recuerda, por quinta vez, que nuestro viaje es profesional y que mi comportamiento también debería serlo. ¿De qué tiene miedo? ¿De que haga el ridículo y arruine sus esfuerzos por aliar a sus franquiciados? Quiero decir, podría... y por un fugaz segundo, disfruto de su ansiedad.

—Sí, lo comprendo. No debería soltar lo que se me pasa por la cabeza. No debería hablar a menos que tenga algo útil que añadir a la conversación. Has insistido en que me vista adecuadamente, signifique lo que signifique, así que he traído mi traje de baño más modesto. No sé qué más puedo hacer, pero si tienes alguna sugerencia, estoy abierta a ella —digo mientras dejo el bolso bajo el asiento—. Prometo no decorarme las uñas con calaveras. ¿Qué más? Ah, sí, no debería coquetear; no es profesional. Confieso que esta última recomendación me ha cortado las alas. Como te dije antes, estaba en el programa, así que ya veremos cómo puedo sortearlo. Confío en que se me ocurrirá algo.

Preveo un comentario mordaz, pero cuando lo miro, un brillo de diversión le baila en los ojos. Se acomoda en el asiento antes de decir pronunciando lentamente y alargando las palabras:

—Si querías que me abstuviera de darte ese tipo de recomendaciones, no deberías haber venido a trabajar con trajes ridículos.

Disimulo la sonrisa ante su tono abatido.

—No te imaginas a cuántos hombres he seducido con mis atuendos.

—Eso sí me lo creo.

¿Por qué tiene el poder de hacerme sentir fuera de mí? ¿Es su voz profunda la que remueve algo dentro de mí cada vez que habla? Mientras él cierra los ojos y sus

facciones se relajan, mis pensamientos son un embrollo. Lo único que quiero es dejarme llevar al país de los sueños para llegar fresca a nuestro destino.

Tras un tiempo que parece interminable, el cansancio me vence. Cuando me despierto, tengo la cabeza apoyada en su hombro. Intento moverme sin molestarlo cuando me susurra:

—Puedes quedarte.

Espera un momento. ¿Acaba de ser amable conmigo? ¿Permitió que le apoyara la cabeza en el hombro? No puedo contener la risa mientras me alejo. Su cara de sueño es adorable y elijo arreglarme el pelo para evitar tocarlo a él.

—¿Qué te ha hecho reír? Seguro que ni siquiera era gracioso —dice en tono perezoso.

—Lo era, créeme —digo, estirando los brazos por encima de la cabeza.

El movimiento atrae sus ojos hacia mi pecho y me arden las mejillas. Espero que no piense que lo he hecho a propósito. Para evitarle más vergüenza, le explico por qué me he reído, lo que al final no es mejor idea. Su atención sigue centrada en mí.

—Es que si sigues diciéndome cosas bonitas, uno podría suponer que te gusto.

Suspira.

—Disfrutas metiéndote en mi vida, ¿verdad?

—¿Por qué iba a disfrutar con algo así?

—Porque —toma mi barbilla con su mano— como ya te he dicho, no creo que me hayas perdonado por lo que te dije el año pasado. Espero que no alimentes ninguna idea loca como la de seducirme para acabar mejor conmigo.

—¿Qué? Yo nunca... Ves demasiadas películas.

Se inclina y me da un ligero beso en los labios, que es lo último que esperaba. A veces, no le entiendo nada. Ahora tengo mariposas en el estómago. No puedo creer que me comporte como una adolescente cada vez que me toca.

—Te sugiero que abandones tu juego antes de volar tan cerca del sol.

—No te preocupes. No soy Ícaro. No tengo grandes ambiciones. Soy una mariposa. Sin sustancia, solo superficial, ¿recuerdas? Esa es la razón por la que no te gusto.

¿Puede detectar la pizca de amargura en mi voz? No me importa que me considere una mariposa, lo que me irrita es que piense que es algo malo.

—Nunca he dicho que no me gusten las mariposas, pero su vida es efímera. No lo olvides.

Sus palabras borran todos mis pensamientos positivos de antes.

—¿Sabes? deberías bajarte del pedestal. Puede que por un momento pensara que me interesabas, pero ya no es así. —Me doy la vuelta para mirar por la ventana—. No me interesas lo más mínimo y no estoy aquí para seducirte. Dejaré esa tarea a las que se mueren por atraparte. —Le devuelvo la mirada—. Un pequeño consejo: dales una oportunidad antes de que descubran tu verdadero yo.

No reacciona. Claro que no. Mis palabras no lo afectan. Me pregunto cómo puede tener una opinión tan negativa de mí y no darse cuenta de que Georgina coquetea con él día sí y día también. Desde la forma en que se ríe cuando él dice algo hasta la forma en que lo toca cada vez que tiene ocasión; es evidente que ella lo desea, y sin embargo eso no le molesta. Confieso que verlo tratarla con respeto mientras su actitud hacia mí es tan grosera me angustia, pero no le daré la satisfacción de admitirlo.

No hablamos mucho hasta que aterrizamos en Sídney unas horas después, a media

tarde. Me gustaría creer que es porque se arrepiente de sus palabras, pero sospecho que no le importan lo suficiente mis sentimientos. En cuanto bajamos del avión, el sol deslumbrante me hace olvidar todos mis pensamientos sombríos. El lado lleno del vaso: por fin voy a cumplir mi sueño de visitar Australia. Me pongo las gafas de sol; me cubren la mitad de la cara y Paul no podrá leer mi expresión.

El hotel está situado cerca del centro de Sídney, en una zona llamada The Rocks. Estoy gratamente sorprendida cuando entro en el vestíbulo. Moderno y con vistas panorámicas al océano, es una invitación abierta al relax. Paul se encarga de nuestras reservas y nos dirigimos a la séptima planta.

Antes de entrar en su habitación, se vuelve hacia mí.

—Es probable que la diferencia horaria nos afecte. He planeado nuestra primera cita a las siete de la tarde para que puedas descansar.

Después de darle las gracias sin mucho entusiasmo, me tiro en la cama y me agarro a la mullida almohada. Aunque intento asegurarme a mí misma que puedo manejar la situación, me siento vulnerable. Tras haber descansado unos minutos, deshago la maleta y les envío un mensaje a las chicas para decirles que he llegado bien.

Estaba esperando noticias tuyas. Me muero por saber cómo van las cosas con Paul, me contesta Christine.

¿Qué esperabas? Sigue siendo un capullo arrogante.

Espera. En el fondo, está locamente enamorado de ti.

Para ella es fácil decirlo. Nunca ha dejado de creer en el amor verdadero. Yo ya no estoy tan segura. Tal vez algunas personas no están destinadas al amor.

Media hora más tarde, me preparo para salir. Puede que esté cansada, pero me muero de ganas de pasear por la ciudad. Tengo cuatro horas hasta mi cita con Paul, así que cojo mi cámara —me encanta hacer fotos— y salgo.

Camino un rato por el barrio y capto su efervescencia con algunas fotos que dan fe del carácter único de esta ciudad. Siempre he soñado con venir aquí. Sídney siempre ha estado en mi lista de ciudades por visitar, junto con Vancouver, Buenos Aires y algunas otras. Mis problemas con Paul se desvanecen mientras descubro un mundo nuevo y apasionante.

Hago fotos de las casas restauradas y me pierdo por las callejuelas. Es casi como si retrocediera en el tiempo. Imagino lo que sintieron los exploradores cuando vieron por primera vez esta impresionante bahía. Las estrechas e idénticas casas típicamente inglesas parecen fuera de lugar en un entorno tan diferente de Inglaterra.

Me siento a disfrutar de un helado en uno de los muchos cafés con encanto. Una joven pelirroja con una sonrisa acogedora me toma el pedido. Se presenta como Rose y me pregunta de dónde soy. Nos ponemos a hablar mientras que limpia las mesas y toma los pedidos, y cuando la acribillo a preguntas, no se molesta. Incluso se sienta conmigo cuando tiene un descanso.

—Es difícil imaginar que, hace un tiempo, este distrito fuera uno de los más peligrosos de Australia —dice—. Cuando era niña, me inventaba los escenarios más disparatados cada vez que venía aquí. Ahora es un barrio de moda que todo el mundo visita. Mi padre incluso luchó en los setenta por conservarlo.

—¿Descendiente de los primeros colonos?

Ella asiente.

—El primero de nuestros antepasados desembarcó aquí en 1794. Era de Brighton. El ayuntamiento quería demoler las casas antiguas y construir otras nuevas, pero la gente se movilizó y las salvó.

—Sería un crimen que hubieran perdido semejante tesoro.

—Deberías visitar el museo. En la exposición hay objetos de distintas épocas de la vida del distrito.

—Gracias, lo haré.

Tras otro largo paseo, e innumerables fotos, llego de nuevo al hotel. Me detengo en el vestíbulo para contemplar las vistas desde el ventanal cuando una voz a mi lado me sobresalta.

—No eres australiana, ¿verdad?

Al girarme, me encuentro cara a cara con un hombre con un pelo rubio del color del trigo. Me sonrío amistosamente y yo le devuelvo la sonrisa.

—¿No estoy lo suficientemente bronceada?

—Estás mirando la bahía con asombro. Estamos enamorados de nuestra ciudad, pero dudo que un nativo de Sídney la contemple con un aire tan soñador.

—¿Así que no es mi cámara la que grita que soy una turista, sino mi aire soñador?

Suelta una carcajada, un sonido franco y agradable.

—Vale, también es una pista. —Me tiende la mano—. Oliver.

—Arianna. —Le doy la mano—. Entonces, ¿eres un auténtico australiano? ¿Tienes un rancho de miles de hectáreas al que solo puedes llegar por aire?

—Veo que tienes una idea clara de nuestro país.

Me encojo de hombros.

—Lo siento. De joven veía muchas series y leí innumerables novelas sobre vaqueros australianos. Te hacen soñar con vivir en el Outback.

—Es la primera vez que me arrepiento de vivir en la ciudad. Siento decepcionarte, pero no tengo un rancho. Dicho esto, no te imagino mudándote a un lugar aislado solo por un hombre guapo.

—Ah, podrías sorprenderte.

Es tan fácil hablar con él que pierdo la noción del tiempo. Nos acomodamos en un sofá cercano y me da consejos sobre los mejores lugares que visitar en Sídney. Se ofrece a ser mi guía, cosa que habría aceptado si mi agenda no estuviera tan apretada en los próximos días.

—Me encantaría, pero será difícil encontrar un minuto libre. Incluso aunque pueda robar algunos, sería difícil programarlos con antelación.

Se le descuelga la cara.

—Entiendo, pero aquí está mi tarjeta por si algo cambia.

Le doy las gracias y prometo llamarlo si tengo ocasión. Me estoy levantando para irme cuando llega Paul. Su mirada confusa se posa en mí y en Oliver, y yo abro los ojos de par en par cuando Oliver se le acerca y le da un abrazo.

—Paul. Me alegro de volver a verte.

Vale, no estoy segura de haberlo entendido todo, pero una cosa es obvia: no son desconocidos. Paul se vuelve hacia mí, pero Oliver habla primero.

—Mientras te esperaba, he tenido el placer de conocer a Arianna. Está de visita en Sídney. Arianna, déjame presentarte a Paul...

—Lo sé, Oliver. —El tono de Paul es cortés, pero sin ninguna calidez. ¿Cómo adopta

un tono tan carente de emoción cuando estoy cerca? Debe de ser uno de sus talentos ocultos—. Arianna está aquí conmigo. Es la responsable de nuestra nueva campaña.

A Oliver se le ilumina la cara.

—Entonces nuestro problema está resuelto.

—¿Problema?

—Le pedí a Arianna que cenara conmigo y me dejara enseñarle Sídney, pero se negó debido a su agenda tan apretada. Así que, si estoy de acuerdo con todo lo que propones, su agenda será más ligera, ¿verdad? —El tono travieso de Oliver me hace sonreír.

—Me gusta esta idea —digo—. Si estás de acuerdo con todo lo que queremos, no me perderé la oportunidad de descubrir Sídney a través de los ojos de un lugareño.

Paul no dice nada, pero por su mandíbula apretada entiendo que se está conteniendo para no hacer un comentario mordaz. Oliver sugiere que nos sentemos en el salón exterior y hablemos, pero tengo que ir a por mis apuntes.

No me molesto en cambiarme; Oliver va vestido con vaqueros y camiseta. Pero pensándolo bien, si me cambio, Paul lo verá como un intento de impresionar a Oliver, así que ¿por qué no?

Oliver se levanta cuando me reúno con ellos diez minutos después.

—¡Y yo que pensaba que no podías ser más guapa! —exclama.

Paul conserva un rostro impasible. Esta vez, cedo a la tentación de burlarme de él.

—¡Paul, por favor! Deja de llenarme de cumplidos. Lo entiendo, mi conjunto te ha hechizado —le digo.

Oliver se ríe con mi comentario y se vuelve hacia Paul.

—Tiene razón, tío. Haz un esfuerzo. Tenemos a la mujer más guapa sentada con nosotros; se merece un cumplido.

Paul lo fulmina con la mirada y Oliver deja de burlarse de él. Para aplacar la tensión, reoriento la conversación hacia el trabajo.

—Estoy lista cuando queráis. Siento haberos retrasado.

Oliver asume la culpa.

—La culpa es mía. Si no hubiera hablado contigo, estarías a tiempo.

—Ahora que *estás* aquí, tal vez podamos empezar —dice Paul.

—Empecemos entonces. —Mantengo una voz agradable para demostrarle que puedo ser mejor que todo esto.

—Oliver tiene *boutiques* en todas las grandes ciudades australianas: Sídney, Melbourne, Canberra, Perth y Adelaida. Tiene previsto abrir una en Brisbane el año que viene. Sirve de enlace con otros representantes de marcas en Australia y su apoyo es vital para la empresa —explica Paul.

Saco mi tableta y presento la idea principal de la campaña. Acordamos elegir los doce modelos de calzado más emblemáticos de la colección y poner cada par a la venta un día concreto del verano para crear expectativas. Le explico a Oliver que pensamos rodar un video para cada uno de los doce pares de zapatos, y que serán diferentes para cada continente.

—Pensamos rodar videos para Australia, Europa y Norteamérica, que son nuestros principales mercados. La idea es crear una narrativa mostrando a una mujer en su vida cotidiana. Con su familia, su novio, en una reunión profesional. —Deslizo las distintas

imágenes y bocetos que he preparado—. Los videos serán de menos de un minuto y medio cada uno, y esperamos despertar el interés organizando además concursos y eventos. Queremos que sea una experiencia completa.

—¿Habéis hecho un estudio de mercado? —pregunta Oliver—. ¿Qué porcentaje de aumento esperáis en las ventas?

Le enseño las proyecciones que ha hecho el departamento de *marketing* y silba.

—¿No es un poco optimista?

—No, son cifras calculadas al mínimo. No queremos prometer lo imposible, pero creemos que estas cifras reflejan el resultado a largo plazo. —Saco una copia impresa de los informes—. La marca tiene una excelente reputación, pero no tiene una verdadera identidad entre las mujeres jóvenes. Con esta colección, la empresa ingresará a una nueva era. Queremos que nuestros zapatos les den alegría a las mujeres que los compren sin arruinarles el presupuesto. Calidad ante todo, pero también jugar con los colores, los diseños... Soy mujer. Sé lo difícil que es encontrar zapatos de calidad a precios razonables que no se parezcan a todo lo que hay por ahí. Esta línea es la respuesta a todo eso.

Oliver me quita los papeles de las manos.

—El concepto es interesante, y estoy dispuesto a venderlo por vosotros, pero dame tiempo para revisar los archivos esta noche y hablaremos mañana. Paul, también me gustaría hablar de abrir nuevas tiendas en Melbourne, y de algunas ideas que tengo para mejorar nuestras ventas. Pero eso puede esperar. Debéis de estar agotados después de un viaje tan largo.

Tiene razón, pero no podré dormir, estoy demasiado excitada.

—¿Cómo acabaste como franquiciado de la marca Anderson? —le pregunto a Oliver. Paul no me ha dado ninguna información y tengo curiosidad por saber más sobre él.

—Mi sueño era convertirme en empresario. Me encanta la moda, y los zapatos siempre han sido el placer con culpa de mi madre. Siempre decía que una mujer común y corriente puede brillar con un gran par de zapatos. —Hace un gesto amplio hacia Paul—. Conocí a Paul durante su año sabático viajando por el mundo.

Alzo las cejas ante esta información y Oliver se ríe entre dientes.

—No me digas que nunca te ha contado la historia. Nos conocimos en Barcelona. Me confió las ganas que tenía de empezar a trabajar con su abuelo e Ethan, de aportar su toque al negocio. Me entusiasmó su visión de las cosas, así que lo bombardeé a preguntas.

—Puedo confirmarlo —interviene Paul con una sonrisa divertida que le da un aire juvenil. Echo tanto de menos esta faceta suya. Hoy en día, es como si fuera producto de mi imaginación.

Oliver continúa.

—Aun así, respondió a mis preguntas, incluso a las más ridículas. La empresa no tenía planes de abrir tiendas en Australia por aquel entonces, pero hice el viaje a Springville y pude convencerlos de que yo era su entrada. Han pasado nueve años y no me he arrepentido ni una sola vez.

Me pregunto qué más esconde Paul. Si le pido que comparta conmigo sus viajes, se negará, así que escucho con impaciencia a Oliver relatar algunas de sus experiencias.

Cuando decidimos irnos a la cama, después de cenar algo ligero en el restaurante del hotel, ya es tarde. Antes de separarnos, Oliver dice:

—Si estás dispuesta a vivir en un país soleado y hermoso, estoy dispuesto a contratarte.

—Lo tendré en cuenta —le digo.

Justo cuando Paul y yo salimos del ascensor de vuelta a nuestras habitaciones, se vuelve hacia mí.

—Espero que no estés pensando en aceptar su propuesta.

—No está entre mis planes dejar a mi familia y amigos para venirme a vivir a miles de kilómetros de casa.

—Me refería a su propuesta de enseñarte la ciudad.

—Espera, ¿no quieres que salga con Oliver? —Saco mi llave digital y la deslizo en la puerta—. Por si no te has dado cuenta, mi vida personal no te concierne en absoluto.

—Por supuesto que no. Eres una mujer dinámica e independiente que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. —Se acerca un poco más—. No dejas que nadie se meta en tu vida porque no necesitas a nadie.

—No —lo interrumpo, molesta por su tono—, no quiero que *tú* te metas en mi vida. Me consideras una atolondrada que no sabe comportarse, ¿recuerdas? —Abro la puerta con toda la intención de cerrársela en las narices—. Escuchar los consejos de alguien que me desprecia sería una idiotez sin límites. Si quiero un consejo, se lo pediré a quienes se preocupan por mí y, gran sorpresa, tú no estás entre ellos.

Paul se apoya en el marco de mi puerta.

—Soy amigo de Oliver desde hace años, y en todo este tiempo nunca ha tenido una relación seria. Intento evitarte alguna desilusión.

—Ah, entonces eso lo cambia todo. Está claro que necesito un hermano mayor que me salve de mi propio comportamiento destructivo. Pero a menos que me falle la memoria, soy una mariposa, una mujer sin sustancia; por lo tanto, Oliver y yo deberíamos estar hechos el uno para el otro, ¿no?

Levanta las palmas en el aire.

—Haz lo que quieras. Tienes razón. No soy tu ángel de la guarda. Pero si dejas que tus relaciones personales interfieran con el trabajo, te garantizo que Ethan no podrá salvar tu contrato.

—Gracias por recordármelo. Buenas noches.

Dicho esto, da un paso atrás y puedo cerrarle la puerta.

Me duermo y me despierto diez horas más tarde. Paul tenía razón. La diferencia horaria me ha pasado factura. Miro el móvil en busca de mensajes suyos, pero no hay ninguno. Me sorprende que no esté dispuesto a despedirme por dormir hasta tan tarde.

He pedido en recepción que me despierten, pero parece que se les ha olvidado. Me culpo por no haber puesto el despertador, pero tenía miedo de no oírlo. No hay mucho que pueda hacer ahora aparte de vestirme y enfrentarme a Paul y sus insidiosos comentarios sobre mi falta de profesionalidad. Odio darles la razón a mis críticos. Bueno, a él.

Cuando llamo a su puerta, nadie contesta, así que pruebo con su móvil.

—Estoy en la sala de desayunos —me dice en lugar de saludarme.

Bajo y allí está, absorto en la lectura del periódico. Cuando me acerco, levanta la mirada.

—Tienes tiempo para desayunar. Oliver te espera dentro de una hora.

—Siento llegar tarde. No acostumbro a descuidar mis obligaciones profesionales.

No tengo excusa, así que me abstengo de mencionar el servicio del hotel. Pido una ensalada de frutas y un té helado.

—Pedí en recepción que no te despertaran —dice, con tono frío y profesional—. Necesitábamos recuperarnos. No tiene sentido levantarse al amanecer y estar agotado todo el día.

Podría protestar porque canceló mi despertador sin decirme nada, pero esta pequeña amabilidad me permite vislumbrar al Paul del que Amy habla con tanto cariño. El Paul que se preocupa por los demás y los protege.

Abro la boca para darle las gracias, pero su siguiente frase me hace reconsiderarlo.

—Voy al aeropuerto a recoger a Georgina. Nos vemos luego en la oficina de Oliver.

«Sí, claro que necesita un chófer», me digo, loca por su relación con ella.

—Perfecto. Nos vemos pronto.

Se va dos minutos más tarde, y les mando un mensaje a las chicas sobre lo sucedido. Al rato, me dirijo a las oficinas de Oliver en el distrito de negocios de Sídney, a veinte minutos a pie del hotel.

Me detengo ante una de sus *boutiques*, situada cerca de sus oficinas, las otras dos están en Paddington y Potts Point. Luminosa, con un escaparate moderno y despejado, capta la atención con sus coloridos expositores. Comparto mi entusiasmo con Oliver cuando lo veo.

Observo el espacio abierto y bien iluminado, y el ambiente acogedor que se adapta a la actitud desenfadada de Oliver. Sonríe, relajado como el día anterior.

—Me encantaría llevarme el mérito de los escaparates, pero el honor es para Cindy Newton, mi mano derecha desde hace muchos años. Cada temporada se le ocurren más ideas que podemos poner en práctica.

Asiento con la cabeza.

—Fue inteligente en no imponerles un estilo concreto a los franquiciados. Demuestra que la empresa confía en que quienes invierten en la marca estarán a la altura.

—Estoy de acuerdo. El contrato favorece a los franquiciados en muchos puntos. Es importante darnos autonomía. La calidad de los zapatos nos ayuda con las ventas, pero el toque personal es importante.

Su despacho es elegante y moderno, y goza de una vista impresionante desde todos los ángulos. Me ofrece un café, pero lo rechazo. Ya he tomado mi dosis de la mañana.

—Tenemos clientes fieles y, cuando vienen a nuestras tiendas, saben qué tipo de bienvenida van a encontrar. Pero hablemos de ti. ¿Cómo llegaste a ser directora de esta campaña? Trabajé con otra persona en el pasado. Georgina.

—Sí, ella sigue formando parte del equipo, pero Ethan pensó que sería mejor probar algo nuevo para esta colección. Nos conocemos desde hace años.

Se aclara la garganta.

—Pido disculpas por ser indiscreto, pero he detectado cierta hostilidad entre Paul y tú. ¿Me equivoco?

Sus palabras me cogen por sorpresa, pero decido ser sincera con él.

—Hay algunos roces entre nosotros, pero nada insalvable. Te aseguro que podemos hacer un buen trabajo.

—No lo pregunto porque dude de vuestra capacidad para trabajar juntos. Lo pregunto porque es divertido ver un lado diferente de él, menos impávido de lo habitual. Es raro que no esté totalmente en control de sí mismo, pero puedo decir que contigo se desorienta.

—¿Por eso intentaste provocarlo ayer?

Sonríe.

—Culpable. Estaba claro que no le gustó encontrarnos juntos.

Está a punto de añadir algo, pero sigo su mirada hacia Paul y Georgina que caminan hacia nosotros. Ella va colgada de su brazo y, para ser alguien que me acusa de comportamiento poco profesional, no parece molestarle su cercanía. Quizá todo el mundo esté equivocado y esté saliendo con ella.

Oliver les ofrece un café y le pregunta a Georgina por el viaje.

—Muy agotador —dice ella, y dejo de escuchar en cuanto empieza a quejarse de un bebé que lloró durante todo el vuelo.

—¿Os parece bien si quedamos con Cindy después de comer? —pregunta Oliver cuando ella termina de lamentarse—. Le he hablado un poco de tu idea y está ansiosa por conocerte. Mientras tanto, podemos pasar a la sala de conferencias para repasar la campaña con más detalle, aunque Arianna ha respondido a la mayoría de mis preguntas.

Georgina hace una mueca que no se le escapa a nadie. Durante la reunión, no pierde ocasión de denigrar mi idea sin pasarse.

—Sí, podría funcionar, aunque... —es su frase favorita. Inteligente, pero Oliver no se deja engañar. Con amabilidad, pero con firmeza, reitera su entusiasmo por mi proyecto.

Al cabo de dos horas, Oliver tiene que irse a almorzar, y acordamos reunirnos con él y Cindy más tarde. Paul y Georgina también hacen planes para comer, y aunque Paul me invita a unirme a ellos, no soy masoquista. Georgina me envenenará la comida si acepto.

Esta vez sigo un itinerario diferente para explorar más la ciudad y, de camino, almuerzo en un restaurante tailandés. De vuelta al hotel, me pongo a trabajar, aunque la vista es tan hermosa que es un milagro que pueda concentrarme. Esta ciudad es una maravilla. Se mire por donde se mire, hay belleza.

Estoy preparando una presentación para Cindy, para mostrarle cómo la campaña puede ayudar a hacer brillar sus espectaculares y originales exposiciones. Sé lo valiosa que es su colaboración: las campañas de *marketing* no pueden tener éxito si quienes las ponen en marcha no creen en ellas, más aún cuando parte de los costes que conllevan recaen sobre sus hombros.

Pienso en los pequeños distribuidores no exclusivos de la marca y se me ocurre una idea. Oliver, que es el enlace de la empresa en Australia, debe convencerlos de la utilidad de la campaña, pero ¿y si se ahorraran la inversión? La empresa y los franquiciados podrían absorber los honorarios y, a cambio, podríamos pedirles que promocionaran más la marca. No tengo muchas esperanzas de que acepten mi propuesta, pero merece la pena intentarlo.

Hacia las cuatro de la tarde, cojo el autobús a la oficina de Oliver. Cindy ya está allí, pero no hay ni rastro de Paul y Georgina.

Cindy se me acerca con los brazos abiertos y me envuelve en un cálido abrazo. Me

cae bien desde el primer momento. Tiene una cara amable y redonda, y una sonrisa contagiosa. Durante nuestra conversación, elogia Sidney y sugiere que salgamos esta noche.

Paul y Georgina llegan y, durante una hora, Cindy nos da su opinión sobre el mercado australiano y nos pone al día de las nuevas tendencias. Es obvio que conoce el tema.

Escuchar el entusiasmo de Cindy hace que me empiecen a rondar miles ideas por la cabeza.

—Podríamos ir aún más lejos —digo—. Añadir un toque más local a los anuncios. Utilizar ciudades concretas y lugares conocidos como telón de fondo. Melbourne, Perth, Adelaida...

Georgina resopla.

—¿Así que no solo quiere hacer una campaña diferente para cada continente, sino también para cada país, cada ciudad?

Su tono condescendiente no deja lugar a interpretaciones sobre lo que piensa de mi idea, y la sonrisa de Cindy se desvanece ante tanta hostilidad. Estoy acostumbrada, así que no pierdo los nervios.

—Eso no es lo que he dicho. Pero creo que hacer un guiño a cada ciudad sería interesante.

Oliver asiente, y estoy segura de que ni él ni Cindy se oponen a la idea. Aun así, no es el mejor momento para plantear mi idea de ahorrarles a los pequeños representantes el coste de la campaña.

—Me muero de ganas —dice Georgina con voz sarcástica. Paul no hace ningún comentario, pero apuesto a que pronto sabré lo que piensa.

Una vez finalizada la reunión, Oliver nos invita a una fiesta en su casa la noche siguiente.

Cuando nos separamos, me dirijo a la estación de tren para ir a Bondi Beach. Paso el resto de la tarde rodeada de jóvenes y familias que se divierten nadando, haciendo surf o jugando al vóley-playa. Es un placer ver su alegría de vivir. He metido el bañador en el bolso antes de salir del hotel, así que busco un sitio para cambiarme, nadar un rato y despejarme.

No sé qué estarán haciendo Paul y Georgina, pero cuanto menos piense en ellos, mejor.

—¿Tienes idea de lo que se me ha pasado por la cabeza?
—¿Que conocí a un apuesto desconocido y me escapé con él?

PAUL y ARIANNA

Cuando salgo a trompicones de la cama varias horas más tarde, aparece un mensaje de Paul en la pantalla de mi teléfono, informándome de que estará ausente durante el día. Él y Georgina van a visitar a algunos de sus distribuidores y hablaremos más tarde. No me da una hora concreta, pero está bien. Aparte de la velada en casa de Oliver, no tenemos nada planeado, así que decido visitar las *boutiques* de Paddington y Potts Point. Quiero ver su clientela, y quizá me inspire para la campaña publicitaria.

Cojo mis zapatillas de salir a andar y busco la ubicación exacta de las tiendas en mi teléfono antes de enchufarlo a cargar.

Me encanta caminar, pero tardaría una hora en llegar a Paddington, y además el autobús pasa cerca. Lo tomo y estoy allí en unos veinte minutos. Paseo admirando las típicas casas victorianas antes de visitar la primera boutique, que está en una calle perpendicular a Oxford Street, famosa por sus tiendas de moda.

Es más pequeña que la del centro, pero encantadora, y está adaptada al barrio. Cindy explica que Paddington precede a las tendencias. Aunque el escaparate es menos refinado, también es más colorido e invita a entrar.

—Me encantan estos zapatos, pero no me los puedo comprar —dice una chica que está a mi lado con un mechón de pelo rosa. No parece tener más de diecisiete años—. El año pasado le pedí un par a mi abuela por mi cumpleaños. Este año haré lo mismo.

—Mi madre se compra al menos cuatro pares al año. A veces se los robo —dice su amiga.

—Ojalá mi madre tuviera la misma talla que yo —dice la chica de pelo rosa con un suspiro.

Me alegra pensar que la marca es atractiva para todas las edades.

Entro en la tienda y un joven me pregunta enseguida si puede ayudarme. Le doy las gracias, pero declino la oferta. Me tomo mi tiempo y me pongo en la piel de un cliente. Cuántas opciones. Recorro con los dedos un suave par de sandalias, admirando las intrincadas costuras de las tiras.

—Las tengo en morado —dice una voz a mi lado.

Es una joven rubia que ronda la treintena y da unos pasos hacia mí sobre unos altísimos tacones que domina a la perfección.

—No sé...

—Llévatelos. No te vas a arrepentir de comprártelos.

—Son bonitos, pero ¿son cómodos? —le pregunto, aprovechando la oportunidad de escuchar más del lado del cliente.

—Ah, sí, claro que sí. Me encantan los colores únicos de esta marca, son colores que no se encuentran en todas partes, pero nunca me los compraría si no fueran cómodos. Esa es mi prioridad cuando se trata de zapatos.

—Eres una buena embajadora de la marca —le digo.

—Sí, ¿verdad? Soy Eliza, por cierto.

—Arianna. Encantada de conocerte. Es maravilloso ver que una marca despierte tanto entusiasmo hoy en día.

—Lo valen. El año pasado me compré un par de sandalias color sol. Ni naranjas, ni amarillas: el nombre era perfecto. Era como si el color cambiara según el brillo del sol.

Entiendo lo que quiere decir. Los colores desempeñan un papel importante en las colecciones de la marca, y eso la diferencia de sus competidores.

—¿Puedo preguntarte a qué te dedicas? —Tiene un bello rostro bronceado y parece relajada, pero ¿quién no lo está en Australia?

—Soy surfista profesional.

La miro con la boca abierta.

—Lo siento, no me lo esperaba.

—Me lo dicen mucho. Aunque aquí el surf es popular, nunca es lo primero que se le ocurre a alguien como profesión.

Charlamos un rato mientras nos probamos zapatos. Mi experiencia con la gente de aquí es más que positiva hasta ahora. Abiertos y sonrientes, no dudan en entablar conversación. Cuando Eliza se marcha tras comprar tres pares de zapatos, no resisto el impulso y compro un par yo también. Luego continúo mi recorrido por el barrio.

Cada callecita esconde todo tipo de tesoros. Galerías de arte, joyerías, estudios de diseño... Me encanta el espíritu que reina en esta zona. Tomo decenas de fotos de casas con fachadas únicas y de colores vivos, y tras comerme un bocadillo en la terraza de un café, emprendo el camino de vuelta.

En lugar de coger el autobús, cruzo Victoria Street y camino hasta el barrio de Potts Point. Aunque está a un kilómetro y medio, me detengo tantas veces para hacer fotos que tardo dos horas. Es un barrio pequeño pero encantador para pasear, y la tienda de Oliver está en la calle principal.

Varias jóvenes entran mientras yo miro el escaparate. Admiro que Oliver y Cindy hayan evitado darles a las *boutiques* ese aire pretencioso de ciertas marcas que te desaniman a entrar. O esas donde, al pasar, te topas con un vendedor que te mira por encima del hombro y te da la impresión de que te está escaneando los pies para decidir si eres digno de llevar sus zapatos.

Entro y cojo un par de sandalias rojo cereza cuando una joven con sandalias de tacón bajo que resaltan la curva de su pie dice:

—Si no se enamora de mí con estos zapatos, no merece mi tiempo.

—Estás estupenda —le digo para iniciar una conversación, y porque es la verdad.

Ella me sonríe.

—Gracias. Primera cita. Espero que hagan milagros.

Su refrescante sinceridad me hace reír.

—Si es así, llámame. Yo también necesito un par milagroso.

La vendedora, que ha terminado de hablar con otro cliente, se acerca para preguntarme si puede hacer algo por mí.

—¿Es la primera vez que viene a la tienda?

—Sí. Me atrajo el escaparate y ahora estoy mirando los zapatos.

—Entonces la dejo que siga mirando tranquila.

Les dirige una mirada indulgente a las tres amigas y aprecio que las deje divertirse. Después de probarme unos cuantos pares, me dirijo al barrio vecino de Woolloomooloo, uno de los más antiguos de Sídney.

Como haría todo turista que se precie, visito el Finger Wharf. Es un muelle de madera de 400 metros donde se puede cenar en restaurantes de renombre, y no puedo resistirme al «pastel de carne» del famoso Harry's Cafe de Wheels. Si las celebridades paran aquí, no debería perdermelo.

Regreso al hotel contenta con mi día. Se me borra la sonrisa cuando veo que Paul me está esperando en el vestíbulo con expresión tensa al encontrarse con mi mirada.

—¿Dónde estabas?

—He ido a dar un paseo. ¿Qué pasa? —Mis pensamientos se dirigen a las personas que quiero. ¿Les habrá pasado algo?

—Llevo tres horas buscándote. Necesitaba hablar contigo y no estabas por ninguna parte.

Estoy a punto de arremeter contra él por asustarme sin motivo, pero no tengo la oportunidad. Me toma del brazo y se dirige al ascensor. Me encojo de hombros para zafarme de su agarre, pero ninguno de los dos dice una palabra hasta que estamos dentro de su habitación.

Se revuelve el pelo y empieza a dar vueltas de un lado a otro.

—Llevas horas desaparecida y no contestas al teléfono. ¿Tienes idea de lo que se me ha pasado por la cabeza?

—¿Que conocí a un apuesto desconocido y me escapé con él?

Esto era lo último que debería haber dicho. Su expresión se vuelve tormentosa y... bueno, puedo entender por qué estaría preocupado y... enfadado. Yo me sentiría igual en su lugar.

—Sé que lo que más te importa es divertirme, pero te agradecería que respondieras al teléfono, no importa si estás con un guapo desconocido o de compras.

—Porque, claro, no puede ser otra cosa.

El tono de mi voz le llama la atención y deja de dar vueltas.

—Entonces, por favor, explícame por qué no has contestado a mis llamadas.

—Porque dejé el móvil en mi habitación para que se cargara. No sabía que tenía que estar a tus órdenes las veinticuatro horas del día.

Se revuelve el pelo, *otra vez*.

—No es eso.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es?

—¿Dónde estabas? —Su tono es uniforme, pero no estoy de humor para contestarle después del susto que me ha dado.

—No es asunto tuyo.

—Sí es asunto mío cuando me impides hacer mi trabajo porque estoy perdiendo el tiempo buscándote.

—¿Que yo te impido hacer tu trabajo? Dijiste que estarías ocupado todo el día y que nos veríamos esta noche. ¿Esperas que esté a tu disposición a cualquier hora del día o de la noche? —Estoy más que enfadada ahora mismo, así que no me detengo ahí—. Si me has echado de menos, dílo. A menos que intentes ser discreto para no herir a una

persona en concreto.

Entrecierra los ojos.

—Te agradecería que no la tomaras con Georgina constantemente. Se siente menospreciada desde que monopolizas la atención adondequiera que vas.

—¿Yo monopolizo la atención? ¿Y cómo?

Suspira como si le doliera.

—No necesitas hacer nada en concreto; con tu sola presencia basta.

Sacudo la cabeza.

—Estás de broma.

—Ojalá fuera así. —Ya estamos demasiado cerca y algo en su tono me hace pulsar «pausa». Bajo la voz y relajo la postura.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Mantenerme al margen y esperar a que me des permiso para hablar?

—Solo te pido que te abstengas de complicarme la vida más de lo necesario.

—¿Te complico la vida porque no le caigo bien a Georgina? Interesante.

Mi tono socarrón lo hace suspirar.

—Me complicas la vida porque... —Se interrumpe, tocándose la sien—. Por favor, intenta comportarte. Te lo ruego.

—A tus órdenes. —Finjo una reverencia. Quiero aligerar el ambiente porque la verdad es que yo estaría igual de preocupada que él si no pudiera encontrarlo en horas —. Te prometo que a partir de ahora estaré disponible siempre que me necesites.

—Deja de provocarme.

—¿O qué? —Oigo la provocación en mi voz, pero no puedo evitarlo.

Me acaricia la mejilla con el dorso de la palma de la mano. Mis muros se derrumban con este gesto, porque aunque no sea sincero y solo intente demostrarme algo, su suave tacto me afecta. Estoy harta de sus acusaciones. Lo único que deseo es un momento de paz entre nosotros.

Pero no puedo apartar los ojos de él, y cuando su mano me acaricia el cuello y sus labios están a un suspiro de los míos, casi pierdo el equilibrio. Me sostiene mientras me balanceo y me dice en tono suave:

—Está claro que intentas molestarme, pero no funciona.

—¿Estás seguro?

Estoy jugando con fuego, pero odio verlo tan seguro de sí mismo, como si nada pudiera conmoverlo, y cuanto menos yo.

Cierra los ojos, probablemente deseando que yo desaparezca. Pero me equivoco, porque cuando vuelve a abrirlos, fija su mirada en mí y... va a besarme. Mi corazón lo sabe y se acelera.

Pero entonces... se aleja.

Salgo de mi aturdimiento y veo que le abre la puerta a Georgina mientras me repongo.

—Paul, quería... —Cuando me ve, Georgina hace una mueca—. Arianna.

Me dirijo hacia la puerta.

—Os dejo a solas. Mi conversación con Paul puede esperar.

—No puedo creer que haya desaparecido todo el día —dice, pero no me entretengo en escuchar la respuesta de Paul, sino que me dirijo a mi habitación.

Todavía conmocionada por nuestra cercanía y el deseo que leo en sus ojos, tardo

varios minutos en calmarme. Para no pensar en ello, hago una videollamada a Ethan.

—Hola, Arianna. Me alegra saber de ti. ¿Qué tal Sidney?

—Es perfecto. Es lo que necesitaba, un poco de sol y amabilidad.

—Me alegro de que estés disfrutando de tu estancia. ¿Cómo van las cosas con Paul?

—Por el momento, no tengo nada de qué quejarme. Está convencido de que he puesto mis ojos en Oliver y que intento sabotear a Georgina porque estoy celosa.

—¡Ni más ni menos!

—Sí, como dije, nada que no pueda manejar.

—Arianna, hablo en serio. ¿Cómo estás?

—Ethan, no te preocupes, estoy bien. Te llamo porque tengo una idea para la campaña y me encantaría saber tu opinión.

—Adelante.

Le explico mi idea y se convence.

—Es perfecta, pero tendrás que afinar los detalles para Paul.

—Eso puedo hacerlo. Sin embargo, hay algo más que me gustaría discutir contigo. ¿Qué te parece absorber los gastos de campaña de los pequeños distribuidores?

Se frota la barbilla, tomándose unos segundos para considerar mi sugerencia.

—Me temo que nuestros socios que venden la marca en exclusiva no estarían de acuerdo. Se sentirían engañados.

—¿Hay franquiciados que estén teniendo dificultades?

—No tengo las cifras delante, pero de memoria diría que no. Sin embargo, el mercado se ha vuelto más difícil. Lo pensaré, a ver si podemos hacer algo. Volveremos a hablar pronto. —Suspira—. Además, por favor, no te tomes a pecho todo lo que dice Paul. Le he llamado la atención y no pretendo excusarlo, pero está estresado. Nos jugamos mucho con esta colección.

—Lo sé, Ethan. No te preocupes, no te defraudaré.

Colgamos y empiezo a vestirme para la fiesta. Oliver dijo que la velada sería informal, así que mucho mejor. Opto por un vestido envolvente con un tejido fluido que me llega a las rodillas. A ver si Paul encuentra algo de lo que quejarse.

El vestido, de un pálido color rosa violáceo, hace juego con el par de zapatos que me he comprado hoy. Perfecto.

Estoy lista cuando Paul llama a mi puerta y me reúno con él en el pasillo. Vestido con unos pantalones color oliva y una camisa blanca -que parece hecha a medida, está más que atractivo.

Georgina, que llega por el otro lado del pasillo, lleva un vestido corto rojo y unos tacones de vértigo. Se ha peinado en un moño que resalta su rostro perfecto.

Yo no he hecho nada con mi pelo. Me lo he dejado suelto sobre los hombros, pero ahora me arrepiento.

Llegamos a casa de Oliver diez minutos después, y su apartamento en la zona de Surry Hills me impresiona nada más entrar. Tengo debilidad por los lofts, y este es nada menos que precioso. Está muy cerca de las animadas cafeterías, restaurantes y tiendas del barrio, y forma parte de un edificio histórico con barandillas de hierro forjado. Con techos altos, paredes de ladrillo visto y suelos de madera pulida, tiene un aire industrial chic.

Oliver me saluda con un abrazo.

—A veces pienso en mudarme, pero compré y reformé este loft antes de que el

barrio se pusiera de moda, y terminó siendo mi lugar. Conozco a todo el mundo y tengo mis costumbres. Me encanta su lado artístico. Me encantan sus tiendas y sus casas de diseño, y que al mismo tiempo mantenga un aire de antaño.

—Me lo imagino. Tenemos unos cuantos barrios en casa que dan la misma sensación y a mis amigos les encantan. Es como si vivieras en un pueblo dentro de la ciudad —digo, cogiendo la copa de vino que me ofrece.

—Vino producido por un amigo en el valle Hunter. Dime qué te parece.

Pruebo un sorbo.

—No soy ni mucho menos una experta, pero me gusta.

Han llegado varias personas y veo a Paul y Georgina que se mezclan entre los invitados. Oliver me cuenta que muchos de ellos trabajan para él y otros tienen tiendas que venden la marca. También ha invitado a algunos amigos: no es una velada puramente profesional, sino una ocasión para darnos la bienvenida. Por lo que sé, organiza este tipo de veladas cada vez que Paul lo visita.

Cindy se acerca y Oliver nos deja para saludar a una pareja que acaba de llegar.

—Arianna, me alegro de que estés aquí. ¿Tienes un minuto? —dice—. He estudiado la idea que compartiste esta tarde sobre los carteles y he pensado en algunas animaciones para acompañarlos.

—Claro. Soy toda oídos.

Mis ojos se posan en Oliver, que está hablando con Paul y Georgina. Ella está pegada de Paul.

—Por lo que tengo entendido, Georgina no está de acuerdo con este nuevo concepto —dice Cindy, siguiendo mi mirada.

—No es la única.

—Es complicado cuando te sumas a un equipo ya muy unido. Yo tuve los mismos problemas cuando empecé a trabajar para la empresa de Oliver. Tenía que demostrarles lo que valía.

Cindy tiene razón, pero el problema con Georgina está en otra parte. En ese momento, una mujer se acerca y me mira con aire perplejo.

—Hola. Soy Dalia Rollins. ¿No estabas hoy en la tienda de Potts Point?

Asiento con la cabeza.

—Sí, así es. Eres la encargada, ¿verdad?

—Sí. Oliver me ha dicho quién eres. Si lo hubiera sabido, te habría ofrecido un café y te habría enseñado la tienda.

Le resto importancia a su preocupación.

—No es ningún problema. Quería vivir la experiencia de comprar como una clienta más. Enhorabuena, por cierto. Me ha encantado cómo se recibe a los clientes, y los escaparates son preciosos.

—Los escaparates son todos de Cindy.

Oliver se une a nosotros y Dalia le cuenta mi visita.

—Deberías haberme dicho que querías visitar las *boutiques* hoy. Te habría acompañado —dice.

—Precisamente esa es la razón por la que no te lo dije. Quería hacerlo sola.

—Ya veo. Me gustaría saber qué te ha parecido. —Se vuelve hacia Paul, que se ha unido a nosotros—. Fue una buena idea, ¿no?

«Fue una idea fantástica».

Vale, respira, el milagro no ha ocurrido. Por un minuto, me he permitido imaginar tal escenario, pero mis esperanzas se han venido abajo cuando ha dicho:

—Arianna sabe cómo salirse con la suya.

Vuelvo a la realidad. Le clavo la mirada, pero él no aparta los ojos. ¿Me está desafiando o simplemente se aburre? Tendrá su merecido. Ignorándolo, hablo con varios empleados de la tienda y me hago una mejor idea de sus clientes y de lo que buscan.

Cuando salgo al balcón y Paul se acerca, me alejo un paso de él, pero estira la mano para tocarme el brazo.

—¿Por qué no me dijiste que habías visitado las tiendas Oliver esta tarde?

—Pensé que estaría bien dejarte disfrutar de tu momento de gloria. Te encanta señalar lo irresponsable y superficial que soy. —Le dedico mi sonrisa más dulce—. No puedes enfadarte conmigo por eso, ¿verdad?

—Me recriminas que estoy siendo grosero e injusto contigo, pero tú haces lo mismo.

—¿Disculpa?

Levanta los brazos con exasperación.

—No, no quiero excusarte. Puedes subirme a tu caballo y acusarme de ser crítico e injusto, pero la verdad es que disfrutas dándome razones para pensar lo peor de ti. ¿Y eso por qué? ¿Buscas una excusa para pelearte conmigo? —El aire entre nosotros se espesa cuando se acerca más—. Si no, ¿por qué no me cuentas tu día? Dos palabras habrían bastado para evitar un malentendido.

No desvío la mirada.

—¿Así que debería ser yo la que intentara hacerte cambiar de opinión sobre mí? Deberías examinar tus motivos antes de condenarme tan rápidamente.

Georgina, que nunca está lejos, pone fin a nuestro altercado cuando viene y se planta al lado de Paul. Estábamos manteniendo el volumen bajo, pero no es difícil darse cuenta de que hay tensión entre nosotros.

Se le forma una arruga interrogante entre las cejas, pero ni Paul ni yo le damos explicaciones. Decido dar por finalizada la noche. La velada ha sido interesante, pero estoy agotada y mañana nos espera un día ajetreado. Volaremos a Melbourne: Oliver quiere enseñarle a Paul dos posibles ubicaciones para las nuevas tiendas. Me acerco a Oliver y Cindy para decirles que me voy pero que estoy deseando que llegue el viaje de mañana.

—Será una oportunidad para visitar al eterno rival de Sídney —dice Oliver—. Admito que tengo el corazón dividido entre ambos.

—Por eso está enamorado de Perth —bromea Cindy.

—No se equivoca. Es una pena que no tenga tiempo para visitar Perth.

—Me temo que me convertiría en una visitante frecuente —digo—. No te sorprendas si vuelvo dentro de unas semanas.

—Entonces estaré encantado de visitar Perth contigo. —Oliver me coge la mano y, bajo la fría mirada de Paul, deposita un beso en el dorso.

—Yo también me voy —dice Paul cuando Oliver se ofrece a llamar a un taxi—. ¿Georgina? —pregunta, y al ver la estruendosa mirada de Georgina hacia mí, intervengo.

—No hace falta que os vayáis por mí. ¿Por qué no os quedáis y disfrutáis de la velada?

—Por muy tentador que sea, mañana tenemos un día ajetreado —dice en tono firme.

La decepción en el rostro de Georgina me hace sentir lástima por ella.

Durante el trayecto, no pronuncio ni una palabra. Georgina no para de hablar de la fiesta, intentando implicar a Paul, que, por una vez, no mantiene la conversación.

En cuanto llegamos al hotel, salgo del taxi y me dirijo al bar. Necesito un rato a solas.

—¿Va al bar? —pregunta Georgina con mohín de disgusto.

—Sí, me apetece una copa. Y a lo mejor tengo la suerte de no dormir sola esta noche.

Se queda boquiabierta y yo me alegro por dentro. En cuanto a Paul, imagino que ni a vosotros ni a mí nos costaría mucho imaginarnos su expresión.

Pido una manzanilla y me dirijo al rincón más apartado de la sala. Cierro los ojos, cansada. Es culpa mía haberme metido en este lío, pero su desprecio me apena. Ojalá supiera por qué está tan empeñado en despreciarme. Aunque fuera la persona que describió en Santorini, ¿qué habría de malo en ello? El mundo necesita más gente que disfrute de la vida, que no se tome todo demasiado en serio.

Una voz ronca me hace abrir los ojos.

—¿Me permites?

El hombre que me mira tiene unos treinta años, un corte de pelo elegante y rasgos bien definidos. Me dispongo a decirle que no soy buena compañía, pero no me da la oportunidad.

—Acabo de terminar mi jornada y parece que necesitas un oído comprensivo.

—Eres el camarero —le digo al reconocerlo.

—Neil. Sí, y se supone que no debo molestar a los clientes, pero pareces triste y algo me obliga a tratar de hacerte sonreír.

—¿Te ha funcionado esa frase alguna vez? —pregunto, haciéndole un gesto para que se siente.

—Aquí tienes la prueba —dice haciéndome reír.

Mi risa se apaga cuando aparece Paul. ¡Impresionante! Ahora tendrá más cosas que reprocharme. Tras una leve pausa, se da la vuelta y sale.

¿Me habrá visto? No nos miramos a los ojos, pero deduzco que sí.

—¿Pelea de enamorados? —pregunta Neil.

Niego con la cabeza.

—No, es mi jefe. Bueno, más o menos. Estamos colaborando en un proyecto.

—¿Pero sientes algo por él?

—¿Es tan obvio?

—Soy camarero, ¿recuerdas? Pero ánimate. Él también siente algo por ti.

—¿Perdona? —Me sale una voz aguda.

—Por su expresión tormentosa cuando nos ha visto juntos, está interesado en ti.

—Ah no, no es por eso. Cree que eres mi próxima víctima. Que voy a atraerte a mi guarida y seducirte.

—No me negaría, pero dudo que estés de humor.

—Tienes razón. Sin embargo, la noche es joven. —Levanto mi manzanilla hacia él.

Se ríe.

—Déjame invitarte a una copa. Así puedes contarme por qué debería tener cuidado

contigo.

Su expresión pícaro me hace reír. Rechazo la bebida, pero hablamos un poco de lo que oye a diario y de mí y mis problemas.

Cuando Paul regresa, se acerca a nuestra mesa.

—¿Necesitas algo? —le pregunto, sin invitarlo a unirse a nosotros.

—Quería asegurarme de que sabes que mañana salimos temprano —dice tras un prolongado silencio.

Le dirijo una sonrisa angelical.

—No te preocupes, llegaré a tiempo. Neil se encargará de ello.

—Puedes contar conmigo —dice Neil, siguiéndome el juego.

Paul se va sin más que un seco «buenas noches».

—¿Por qué quieres darle la razón? —pregunta Neil—. Podrías haberle dicho que solo estábamos hablando.

—Ni idea. Debería rendirme; esto no me lleva a nada. Pero cuanto más se empeña en verme como una persona superficial, más quiero darle la razón, y es agotador. Solo quiero que me acepte como soy.

—Todos pasamos por momentos así. Buscamos que la gente que queremos confíe en nosotros sin que tengamos que darles pruebas.

—Has resumido lo que está pasando mejor de lo que yo podría. Empezó como un juego: demostrarle que tenía razón y ser testigo de su reacción se suponía que iba a ser divertido, pero en algún momento dejó de serlo y empecé a tomarme las cosas en serio. Me duele darme cuenta de que no puede ver más allá de la superficie y aceptarme.

—¿Pero estás segura de que no ve tu verdadero yo o de que no te acepta?

—Claro, y es un problema estar enamorada de un hombre que no siente lo mismo... y lo que es peor, me desprecia. Sentir algo por él me hace cuestionar mi capacidad para tomar las decisiones correctas en la vida. Me siento devaluada.

—Excepto que has pasado por alto algo importante —señala Neil—. Que en el fondo es una buena persona. Tú misma lo has dicho; solo se comporta así contigo.

—Estoy enamorada de la persona que creía que era; el hombre que fue contra su madre para defender a Amy, que siempre tenía algo agradable que decir cuando nos conocimos antes de la debacle de Santorini. El hombre que lucha por mantener vivo el legado de su familia, que tiene una gran relación con su hermano.

—Entonces, no estás enamorada de alguien sin valores, sino de alguien que, por una razón desconocida, lucha contra ti, complicando vuestra relación. ¿Y si todo esto es una fachada? Aunque no me explico por qué se esforzaría tanto en convencerse de que eres una persona a la que no aprecia.

Sus palabras me tranquilizan de alguna manera. Mi corazón no quiere creer que sea indiferente, y cada vez que lo miro a los ojos, tengo la sensación de que hay algo más que desprecio. Pero quizá solo veo lo que quiero ver.

Poco después, me despido de Neil, que ha sido el compañero perfecto durante dos horas y me ha ayudado a evaluar la situación desde otro ángulo. Pero una vez en mi habitación, no puedo dejar de pensar en el casi beso de esta tarde, preguntándome si significó algo.

Por supuesto, este tipo de pensamientos me lleva a soñar con Paul besándome. Esta vez, Georgina no nos interrumpe y el beso es perfecto.

En mis sueños, siempre es perfecto.

—Quédate, por favor.

PAUL

Por la mañana, estoy cansada y se nota. No he dormido bien, he dado vueltas en la cama. Tengo unas ojeras enormes que ni siquiera intento disimular: unas gafas bastarán.

—Luce horrible. —Georgina me saluda en la sala del desayuno con su amabilidad habitual—. ¿Ha tenido una noche agitada?

Paul se vuelve hacia mí y yo me debato sobre cómo debo reaccionar. No me sorprendería que pensara que me acosté con Neil.

—Algo así —respondo sin más explicaciones.

El camarero trae un plato de fruta fresca cuando veo a Neil en la barra. Me saluda y yo le devuelvo el saludo. Me alegro de ver una cara amiga.

—Tiene un admirador. —Georgina le da un mordisco al pan integral que ha untado con... nada.

—Sí, se llama ser amable con la gente —respondo en tono almibarado—. Debería probarlo. Es milagroso. Puedo enseñarle si quiere.

Aprieta los labios y en la cara de Paul aparece un atisbo de diversión, que oculta tras la carta del restaurante. Una risita detrás de mí me hace girar la cabeza. Una joven me guiña un ojo. Este país está hecho para mí. Me encanta su gente.

Cuando subimos al avión, dos horas más tarde, Paul y yo estamos sentados juntos. Debería cambiar de sitio con Georgina. Dejaría de mirarme mal y mejoraría mi karma. El vuelo solo durará ochenta minutos, pero hoy no puedo enfrentarme a la hostilidad de Paul. Prefiero llegar a Melbourne con la cabeza despejada y el corazón ligero. Descubrir una nueva ciudad es emocionante, y no quiero que Paul me estropee el día con sus comentarios.

—Voy a sentarme con Oliver —le digo—. Me echarás de menos, pero espero que no te duela demasiado. —Le doy una palmada en el hombro—. Estaré a dos filas de distancia. Si no soportas estar sin mí, ya sabes dónde encontrarme. Ah, y prometo no besar a nadie durante el vuelo. Sin embargo, no haré ninguna promesa para después de que aterricemos.

Me levanto, pero él me coge de la mano.

—Quédate, por favor.

¿Cómo es posible que con solo tocarte la mano y pronunciar tres palabras alguien pueda hacer que tu cuerpo se derrita? No tengo palabras. Me ahogo en sus ojos, que me miran con calidez. Leo muchas emociones en ellos y es abrumador. Vuelvo a recostarme en el asiento y miro por la ventanilla, esperando que mi sonrisa no sea demasiado bobalicona.

¿Qué ha pasado desde anoche? Pensé que después de encontrarme con Neil, estaría más cáustico esta mañana. ¿También él ha pasado la noche en vela pensando en nuestro casi beso? Nunca se sabe. Los milagros ocurren todos los días.

No hablamos en absoluto durante el viaje. Se queda con los ojos cerrados, pero sostiene mi mano en la suya y me roza la palma. No le hago ninguna pregunta. No quiero que pare y no quiero discutir. Me refugio en esta burbuja donde todo es para bien en el mejor de los mundos posibles.

Georgina rompe mi burbuja de felicidad un poco antes de que aterricemos cuando se acerca a hablar con Paul sobre el programa del día. Él no me suelta la mano, pero cuando los ojos de Georgina brillan de ira, se la quito y busco a tientas en el bolso.

—Dicen que en Melbourne puedes disfrutar de las cuatro estaciones en un solo día. Creo que hoy va a ser así —dice Oliver cuando tocamos tierra.

Y tiene razón. Cuando subimos al taxi, el sol se esconde y empieza a soplar un fuerte viento. Unas horas más tarde, llueve. Pero no me arruina el día. Es interesante acompañar a Oliver mientras nos enseña sus tiendas del centro y los dos locales donde piensa abrir nuevas *boutiques*.

—Esta ciudad se siente como en casa —confieso durante la comida.

—Es porque oyes griego en todas partes —dice Paul con una sonrisa que no se le ha borrado de la cara desde esta mañana y que me alegra el corazón.

Es cierto. Melbourne tiene la mayor comunidad griega del mundo fuera de Grecia, pero es más que eso. En cierto modo, me parece más acogedora que Sídney.

—Por eso, mi corazón está entre las dos —dice Oliver—. Nada supera las playas de Sídney, pero en cuanto a comida y arte se refiere, prefiero Melbourne de lejos. Tengo que llevarte a dar una vuelta esta noche para que lo entiendas.

Espero que Paul encuentre una excusa para negarse, pero me equivoco. Dice que le hace ilusión. Tras un día interesante pero maratónico, acabamos en un club de jazz a última hora de la tarde.

Me encanta el jazz y me alegro de estar aquí. Además, Paul participa en todas las conversaciones, lo que aumenta mi vértigo. Está de buen humor y me recuerda al hombre del que me enamoré. Aunque no hace ningún esfuerzo especial por hablarme, tampoco me provoca. Cuando nuestras miradas se cruzan, es como si estuviéramos solos en el mundo, como si ambos esperáramos el momento de estar solos.

¿De dónde ha surgido este sentimiento? Lo único que ha hecho ha sido cogerme de la mano en el avión. Sin embargo, desde esta mañana, todo es diferente, y Oliver se ha dado cuenta.

—¿Has conseguido lo imposible? Tengo la impresión de que el cielo se ha despejado —me susurra al oído.

—¿Quién lo diría? Quizá sea la calma que precede a la tormenta.

—Es una posibilidad, pero te aconsejo que aproveches la calma.

Paul nos observa, pero no hay rastro del desprecio habitual en su mirada. Ni siquiera cuando me río y le toco la mano a Oliver. Me muero por preguntarle qué ha cambiado, pero me da miedo oírlo decir que me estoy engañando.

Tras una agradable velada que ni siquiera Georgina —que intentó captar la atención de Paul toda la noche haciéndole preguntas constantes, o tocándole el brazo, u ofreciéndose a compartir su comida— estropeó, caminamos hasta nuestro hotel en el barrio de Fitzroy. Por el camino, charlamos con Oliver, que nos habla de sus padres,

que se conocieron en Melbourne. Uno era de Canberra y el otro de Brisbane.

—Se instalaron en Sídney después de lanzar una moneda al aire para elegir entre Sídney y Melbourne porque ninguno estaba dispuesto a vivir en la ciudad natal del otro.

—Entiendo de dónde viene tu lado original —me burlo.

—No me creerías si te contara algunas historias sobre mi familia. Para decidir mi nombre, me hicieron elegir entre tres papelitos. Tuve suerte. Podría haber sido Hugh, ya que mi madre es fan de Hugh Grant, o Alastair, por un tío abuelo de mi padre que hizo fortuna en Sudamérica. Se rumorea que fundó una compañía de trenes.

Todos se ríen. Oliver es una persona divertida de tener cerca y alguien que permanecerá en mi vida como amigo.

En el hotel, Georgina frunce el ceño cuando Paul le recuerda que tiene que hacer unas llamadas. La diferencia horaria hace que a veces tengamos que llamar a la gente de madrugada. Le doy las gracias a Oliver por la velada y me dirijo al ascensor cuando me detiene.

—Arianna, ¿puedo hablar un momento contigo y con Paul?

—Por supuesto.

Vuelvo hacia donde está esperando con Paul.

—Me gustaría invitaros mañana a los dos a la finca de un amigo en el valle del Yarra. Estoy pensando en utilizar su casa para lanzar la nueva línea, y agradecería vuestra opinión antes de poner las cosas en marcha. Estoy imaginando un fin de semana para los franquiciados, distribuidores y periodistas. ¿Qué os parece?

—Me parece una idea excelente —digo.

—Estoy de acuerdo. Gracias por la invitación —dice Paul.

Dejo que ultimen los detalles y me voy a mi habitación. Diez minutos después, me estoy preparando para irme a la cama cuando alguien llama a la puerta.

Sé que es Paul antes de abrir la puerta, porque esa dulce sensación de maravillosa anticipación no me ha abandonado en todo el día. Nos miramos en silencio durante unos segundos antes de que él dé un paso hacia mí. Me suelta el pelo y me atrae hacia él.

Su mano me acaricia la mejilla y sus dedos me rozan la piel con suavidad, como si sostuviera algo precioso. Nuestros labios se rozan; su aliento se mezcla con el mío, cálido y tentador. Un estremecimiento eléctrico me recorre el cuerpo.

No he dejado de preguntarme cómo habría sido nuestro beso de no habernos interrumpido ayer. Ahora tengo la respuesta. Es perfecto: una combinación de pasión y ternura que me derrite el corazón. Nuestro primer beso durante el estreno de la película de Nathan surgió de la nada; no tuve tiempo de saborearlo. Pero este es un beso que va más allá de lo que jamás había soñado.

¿Tengo preguntas? Por supuesto. ¿Quiero respuestas? No. Al menos no en este momento. El pasado, nuestros problemas, desaparecen cuando sus labios tocan los míos. Me desabrocha la parte de arriba del pijama y me quedo con sujetador morado. Antes de perder los papeles, me levanta y camina con pasos largos hacia la cama. Cualquier pensamiento coherente se esfuma. Solo sé una cosa: mi cuerpo lo necesita. Yo lo necesito.

Cuando empieza a darme besitos en la piel desnuda, mi corazón y mi mente tienen claro que no voy a frenarlo. No *quiero* frenarlo. Su mirada chisporroteante me hace

temblar de deseo y empiezo a luchar con los botones de su camisa cuando me coge las manos entre las suyas y me detiene.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

Me quedo muda, incapaz de moverme. Echando la vista atrás, debería haber hecho esas preguntas. Me habría ayudado a evitar ser humillada y encontrarme casi desnuda en brazos de alguien que no quiere quererme.

«Bien hecho, Arianna». Se me humedecen los ojos, pero me niego a llorar delante de él. Mejor aún, no lloro en absoluto.

Me levanto de un salto, cojo la parte de arriba del pijama y salgo corriendo hacia el baño. Espero que haya desaparecido cuando vuelva. Pero antes de que me vaya, alcanza mi mano y me hace girarme hacia él.

Me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No quiero que hagamos el amor cuando todavía hay tanta animosidad entre nosotros, tantas cosas por decir. Por favor, mañana pasa el día conmigo.

Su voz me acaricia los oídos mientras su mano me acaricia la nuca, y anhelo acurrucarme contra él y decirle que sí. Momentos antes, estaba enfadada conmigo misma por ceder a sus caricias, ¿y ahora me planteo pasar el día con él?

«¿Qué me pasa?»

La voz de Lexi resuena en mi cabeza. «Simplemente estás enamorada». No puedo refutarlo, pero ¿desde cuándo estar enamorada significa perder las facultades mentales? Hago la única pregunta de la que soy capaz en mi estado de confusión total.

—¿Por qué?

—Porque quiero pasar tiempo contigo, explicarme. Quiero que tengas la oportunidad de decir que no. Dame un día. Te prometo que no te arrepentirás.

Mi voz de la razón sigue diciéndome que es una idea terrible, pero ni siquiera pretendo reflexionar. ¿Qué sentido tendría? Me muero por saber qué tiene que decir, y por tener la posibilidad de reprenderlo y cantarle las cuarenta por cómo se comportó en Santorini y desde entonces.

Si está dispuesto a explicarse, estoy dispuesta a escucharlo. Sus palabras suenan sinceras, y estoy a favor de las segundas oportunidades. La decisión de qué hacer después de escucharle sigue siendo mía, y ese es mi poder.

—De acuerdo.

Inclina ligeramente la cabeza y nuestros labios se encuentran en un dulce beso lleno de cariño y vulnerabilidad.

—Te veré mañana.

Oigo cerrarse la puerta, pero necesito un poco de tiempo para volver a la realidad. Quizá no debería ser tan negativa. Después de todo, me ha invitado a pasar el día con él. Llamo por vídeo a las chicas y les cuento todo,

—¡No puedo creerlo! —exclama Lexi, enderezándose en su silla de oficina—. Por favor, cuéntame todo lo que ha pasado en detalle.

—Lexi, no sé lo que ha pasado.

—Claro que lo sabes. Él ve la gran persona que eres y ha admitido estar enamorado de ti.

—Esa conclusión es un poco descabellada, ¿no crees?

—Tiene razón —añade Christine—. No lo ha dicho con palabras, pero Dios mío, Arianna, no ha podido ser más explícito. Se ha negado a hacer el amor contigo para

darle tiempo a aclarar las cosas. Dijo: «Quiero que tengas la oportunidad de decir que no». ¿Qué puede haber más romántico?

Las chicas me animan y me hacen creer en los milagros durante un momento.

—¿Por qué no me sorprende que tengas tanta imaginación?

PAUL

Me despierto temprano con un remolino de sentimientos encontrados en el corazón. Hay cierta alegría al pensar en el día que me espera, pero también miedo de que todo esto sea un malentendido. Sin embargo, no tengo motivos para preocuparme, porque cuando Paul viene a buscarme media hora más tarde, su sonrisa radiante demuestra que está tan impaciente por este día como yo.

—Se me ha ocurrido que podríamos planear nuestro día mientras desayunamos. Ayer vi una cafetería encantadora a unas manzanas de aquí. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

La cafetería es pintoresca y acogedora, y todo lo que pedimos está delicioso. Paul pide café y un cruasán.

—La primera vez que probé un cruasán fue en una pequeña panadería de París y me enamoré de sus cruasanes. Desde entonces, no puedo dejar de pedirlos en cualquier parte del mundo, pero nunca saben igual.

—Así que eres humano, después de todo.

Su voz es burlona cuando dice:

—¿Es eso un preludio de lo que vendrá después? ¿No me vas a dejar pasar ni una, verdad? No es que no me lo merezca.

—No, si lo hiciera, sería demasiado brutal para ti. —Marco el trazo del asa de mi taza—. No podrías soportarlo.

Estalla en una carcajada y alarga la mano para quitarme una chispa de chocolate de la comisura de los labios; sus dedos se demoran unos segundos en mi piel.

—¿Ni aunque te dijera que me da igual? Quiero que este día sea un nuevo comienzo para nosotros.

Ante sus palabras, siento mariposas en el estómago y mi corazón canta.

—Ya veremos. Es una bonita promesa, pero dudo que seas capaz de cumplirla.

Una sombra cruza su rostro durante un fugaz instante.

—Tienes razón en desconfiar. Un día no bastará para compensar estos últimos meses, pero espero que sea un buen comienzo.

—Bueno, entonces veremos cuánto tiempo te abstienes de hacer acusaciones. Llámame loca, pero no me imagino qué ha cambiado desde ayer.

Mantengo un tono ligero porque no quiero arruinar el ambiente. Tengo preguntas y quiero respuestas, pero también quiero que cumpla su promesa. Por supuesto, sería mentira si dijera que no quiero provocarlo, poner a prueba sus límites, lo que hace que sus palabras suenen verdaderas cuando me acusó de hacer todo lo posible por reforzar su opinión negativa sobre mí.

—Puedo decirte lo que ha cambiado. Estoy dispuesto a hacerlo.

Pero ¿estoy preparada para oírlo? Su tono es sincero y le creo, pero persiste el temor de que no me guste lo que tiene que decir.

—Empecemos por que me digas qué has planeado para nuestro día —insinúa—. Luego tienes todo el día para explicarme las cosas.

Asiente en señal de entendimiento. Quizá sea una cobarde, pero quiero pasar tiempo con él antes de decidir si le perdono. Porque al final todo se reduce a esto. ¿Puedo perdonarlo?

—He pensado que sería interesante visitar otros barrios de Melbourne, pero tú decides adónde quieres ir.

—Es una idea maravillosa, pero ¿tenemos tiempo? ¿No vamos a ir con Oliver a Yarra Valley?

—He hablado con Oliver. Podemos reunirnos con él esta noche o mañana, pero el día es nuestro. En cuanto a Georgina, se fue a casa.

La cuchara se me cae de la mano.

—¿Ha vuelto a Springville?

—Tanto Oliver como Cindy prefieren trabajar contigo, así que no tuve muchas opciones.

Sé que me está tomando el pelo. Son demasiado profesionales para haber dicho algo así, pero estoy tan aliviada de que ya no esté aquí que no lo desafío.

—Entonces, todo perfecto. He leído que Melbourne tiene unas galerías excepcionales. Me encantaría visitar algunas.

—No hay razón para esperar si ya has terminado de desayunar. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Saco el teléfono.

—Déjame ver un mapa.

Después de revisar unos cuantos artículos, me decido por el Distrito Central de Negocios.

—Tienes suerte. Conozco bien el barrio. Solo por sus parques y edificios ya merece la pena verlo.

—Si te va a resultar aburrido, podemos ir a otro sitio.

Le hace señas al camarero para pagar.

—No, quiero que te diviertas.

—No tienes que preocuparte por eso. Cada vez que viajo, me lo paso bien. Siempre encuentro algo que me interesa.

—Eso es lo que empiezo a ver.

El ambiente se torna incómodo. Me siento expuesta y vulnerable bajo su mirada, y no me gusta esa sensación.

Se levanta y me tiende la mano. Dudo un instante antes de cogerla, pero no es el momento de cuestionarlo ni a él ni a mí misma.

—Vamos al norte del río Yarra. Desde aquí, es mejor coger un autobús —sugiere.

Lo sigo y, tras un corto trayecto, llegamos. Salimos a la acera y es como si caminara por una ciudad europea. Ayer vimos algunos sitios, pero estuvimos dentro casi todo el tiempo. Hoy tenemos tiempo para sentir el ritmo de la ciudad.

—Me gusta la mezcla de edificios contemporáneos y de estilo victoriano —digo, admirando una casa victoriana junto a una cafetería con una fachada encantadora.

—Es una de las ciudades más agradables del mundo para pasear. —Se vuelve hacia mí—. ¿Sabías que está considerada la ciudad jardín de Australia?

Hago un gesto con la mano hacia el jardín que tenemos delante.

—Es fácil ver por qué. ¿Podemos visitar los jardines Flagstaff?

Se detiene y toma mi cara entre sus manos.

—Como he dicho, es tu día y haremos lo que desees.

Puede sonar estúpido, pero le creo. Asiento sin decir palabra porque no quiero que note mi ansiedad.

Entiende el mensaje, ya que no insiste.

—Entonces, ¿por qué los jardines Flagstaff? Habría pensado que te gustaría ver el Real Jardín Botánico, ya que es más conocido.

—Tengo debilidad por todo lo relacionado con la historia. Anoche leí que fue el primer parque de Melbourne.

—Cierto. Se fundó en 1862. Tengo una idea para hacer nuestra visita más interesante.

—Estoy impaciente.

Después de recorrer todas las callejuelas y avenidas principales del distrito, miro el reloj. Han pasado tres horas.

—Espero que te hayas dado cuenta de que no he comprado nada —señalo, de pie frente a una tienda de artesanía enclavada en un pequeño callejón.

—Aunque quieres hacerlo.

—Superficial un día, superficial cada...

No me da tiempo a terminar la frase; me interrumpe con un beso que me deja sin aliento.

Cuando volvemos a poner los pies en la tierra, le digo:

—Besarme no hará que desaparezca lo que llevas meses diciéndome.

—No, pero tengo más de una carta en la manga.

—Me alegra oírlo, pero no dudes en usar esta. De momento, funciona muy bien.

—Prometo obedecer —dice, con la voz entrecortada por la risa.

Es un milagro que podamos bromear después de la hostilidad de las últimas semanas. Eso y la anticipación de otro beso hacen que mi corazón eche a volar.

Me detengo en seco delante de un edificio y él casi tropieza conmigo.

—Mira esta calle. Se llama Spring Street. A ver si nos sorprende.

—¿No te decepcionará saber que el nombre no hace referencia a la estación del año? —me pregunta mientras me coge de la mano.

—Un poco. En mi imaginación, se llama Spring Street porque todos los lunes de primavera, los floristas vendían flores a un dólar el ramo para atraer clientes y toda la calle se convertía en una floristería gigante.

—¿Por qué no me sorprende que tengas tanta imaginación? —dice mientras me hace dar una vuelta.

Resulta que en Spring Street encontramos algunos edificios importantes, como el Parlamento y el Antiguo edificio del tesoro —todo lo que necesito para satisfacer mi amor por la historia—, pero pronto me muero de hambre.

—Vayamos al Queen Victoria Market —sugiere cuando se lo comento.

—Sí, hagámoslo. Me encantan los mercados. Nunca dejo de visitarlos durante mis viajes.

Este está especialmente vivo: los colores y los olores compiten por atraer nuestra atención. Incluso hay música, y nos quedamos a escucharla un rato.

—Es difícil elegir qué probar, todo es muy tentador —digo después de visitar varios puestos.

—Estoy de acuerdo. Hagamos un pícnic. ¿Qué me dices?

—Digo que es una idea perfecta con este tiempo.

Compramos pasta casera, *antipasti*, algunos quesos locales y especialidades de marisco. Un vino del valle del Yarra y algunas frutas exóticas completan nuestra comida. Mi día no podría ser mejor.

Menos de diez minutos después, llegamos a los Flagstaff Gardens y encontramos un sitio a la sombra de un árbol gigante. Reina un ambiente tranquilo, y los rayos del sol se sienten tibios y reconfortantes en mi piel. Hay gente joven caminando a nuestro alrededor: familias y niños que se divierten, pero parece como si tuviéramos el lugar para nosotros solos.

Paul extiende el mantel desechable que hemos comprado y despliega nuestra comida. Llevamos caminando desde las nueve de la mañana y son más de las dos. Charlamos sobre nuestro día mientras probamos todo lo que hemos comprado.

Lanzo un suspiro de satisfacción mientras le doy un mordisco a un sabroso bocadillo de cangrejo.

—Es el mejor pícnic que he tenido.

Se lleva mi mano a los labios y me besa la palma. Su tacto es tan tierno que se me llenan los ojos de lágrimas. No quiero que se dé cuenta, así que miro la cesta.

Me mira a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿He hecho o dicho algo que te haya molestado? ¿Es porque estás enfadada conmigo por todo lo que ha pasado desde Santorini? No te culpo y no espero que me creas, pero lo siento de verdad.

Su tono suena tan sincero que ya no puedo contener las lágrimas. Bien hecho por no mostrar mi vulnerabilidad. Me acerca hacia él y me acaricia el pelo.

—Es culpa mía. Me gustaría poder volver atrás en el tiempo y no comportarme como una tonta arrogante, como bien has dicho.

Mi corazón late más deprisa. Es como si tenerme entre sus brazos bastara para que quisiera reiniciar todo y empezar de nuevo. Me besa los párpados y me seca las lágrimas. Cuando me repongo, se apoya en el tronco del árbol, aún abrazándome con fuerza.

—Odio ser la causa de tu dolor. Si quieres hablar de ello, estoy listo.

Me vuelvo hacia él con determinación.

—Quiero hablar de ello, pero hoy no. Hoy quiero tener un momento de paz contigo.

Me da un beso en la cabeza y pasamos el resto del tiempo hablando de todo y de nada: de nuestros viajes, de la campaña, de Amy y Ethan, de nuestras comidas favoritas y de nuestras peores citas. Veo un atisbo del Paul del que me enamoré. Discutimos, pero sin animosidad.

—Tú eliges nuestra próxima parada —digo un rato después.

—Entonces, me lo dejas fácil. No puedes venir a Melbourne y no ver el barrio griego.

Le echo los brazos al cuello para besarlo. Él profundiza el beso y, por un momento, olvido que tenemos cosas que discutir y que nuestra relación es frágil. Y me sorprende

que sea posible. Es como si las dudas y los agravios desaparecieran cuando nos besamos.

El barrio griego, con sus pequeños cafés y tiendecitas, nos transporta al Mediterráneo. No puedo resistirme a comprar varios pasteles tradicionales griegos para Oliver y sus amigos. Oír hablar griego en un país del otro lado del mundo es conmovedor y desconcertante a la vez.

Es difícil imaginar cómo debió de ser llegar aquí desde un país tan lejano y diferente. Supongo que es la misma sensación para la mayoría de los inmigrantes, y Australia es el lugar perfecto para experimentar esta realidad. He viajado por todas partes, pero sigo sintiéndome fuera de mi elemento aquí.

Paramos a tomar un tentempié en un café donde una foto de Santorini en la pared me produce un sentimiento de añoranza.

—¿Echas de menos tu casa? —pregunta Paul, siguiendo mi mirada.

—Viajar es maravilloso, pero soy una de esas personas que necesitan un lugar al que volver. Me encanta vivir en Springville, pero cuando me siento triste, Santorini es donde quiero estar.

—¿Te sientes triste?

Al ver la línea de preocupación en su frente, me apresuro a tranquilizarlo.

—No, en absoluto. Quería decir en general. Hoy me siento de todo menos triste. Y ya que estamos cerca, vamos a visitar Little Italy y Chinatown. ¿Qué me dices?

—¿Así que quieres dar la vuelta al mundo en unas horas?

—Claro que sí.

Me acerco para plantarle un suave beso en la comisura de los labios, pero me atrae hacia él para darme un beso más intenso que me acelera el corazón.

Caminamos hasta Chinatown, uno de los barrios más antiguos del mundo, fundado en 1850. Las cinco majestuosas puertas de la entrada me impresionan. Adentro nos rodea una rica explosión de rojo, amarillo y azul. Una belleza que expresa la comunidad y la cultura de sus habitantes. Esto es lo que me atrae de este tipo de lugares cuando viajo: el deseo y la capacidad de recrear lo familiar en un nuevo hogar.

Luego nos dirigimos a Lygon Street, la zona italiana. Nos divertimos diciendo en voz alta los nombres de los restaurantes y cafés.

—Vamos a comprar un panino —digo.

Paul sonríe.

—¿Así que lo compartirás conmigo?

—¿Qué? No. ¿Yo he dicho eso? —resoplo, fingiendo fastidio—. Vale, lo compartiré, pero solo porque no estoy segura de poder acabármelo después de la comida que hemos tenido.

Pero ¿quién puede decir que no a un panino? Yo no.

Paseamos durante otra hora y decidimos terminar el día en el barrio de St. Kilda.

—Melbourne cuenta con la red de tranvías más grande del mundo. Sería una pena no coger el tranvía al menos una vez —dice Paul mientras nos dirigimos a una parada.

Tardamos media hora en llegar. Cuando llegamos, se está celebrando un concierto.

—Forma parte de un festival de siete días centrado en artistas de la ciudad —explica una mujer a la que le preguntamos por la banda.

—He leído que antaño era el lugar preferido de la alta sociedad de la ciudad —le digo a Paul.

—No me sorprende. Solo la playa de arena ya sería suficiente para atraer gente.

Cuando llega la hora de volver, la tristeza me inunda. Este día ha sido un paréntesis encantado, pero una profunda oleada de ansiedad me burbujea en el pecho al contemplar lo que puede depararme el futuro. La voz de Paul me saca de mis pensamientos.

—Tengo una última sorpresa para ti.

Me quedo con la boca abierta cuando, unos pasos más adelante, varios simpáticos pingüinos pigmeos salen de sus rocas en busca de comida. No podría imaginar un final más agradable para nuestro día.

En el camino de vuelta, Paul sugiere que nos tomemos tiempo para explorar el valle del Yarra mañana por la mañana y llegar a casa del amigo de Oliver a última hora de la tarde. Acepto encantada de pasar más tiempo a solas con él.

Como no dice nada que insinúe sus planes para el resto de nuestra velada, me dispongo a pasar la noche sola, aunque no es lo que quiero. Puede que me esté echando tierra encima, pero no me atrevo a separarme de él después de un día así. Sea como fuere, su expresión cautelosa me disuade de hablarle de ello. No me apetece un nuevo rechazo.

Resulta que mis temores son infundados. Cuando llegamos al hotel y subimos a nuestra planta, entra conmigo en mi habitación y me toma la mano para me vuelva hacia él y lo mire.

Me acaricia la mejilla.

—Todo el día he soñado con el momento en que pudiera tomarte en mis brazos, besarte y hacer el amor contigo. Pero algo me dice que habrá un momento perfecto para eso, y no es esta noche. Ni para ti ni para mí.

Estoy a punto de protestar, pero cuando sus labios se encuentran con los míos en un beso abrasador, veo la promesa de un momento aún más mágico. Tiene razón. Prefiero esperar. Y la espera empieza de maravilla porque no tengo que esperar sola. Nos sentamos en el balcón uno al lado del otro, hablando de nuestro día y de otros temas ligeros que me ayudan a aliviar el estrés.

—Nunca imaginé que estaríamos tan lejos de casa cuando me harías pasar por alto tu comportamiento incalificable —bromeo—. Porque admitámoslo, tu comportamiento fue incalificable.

—¿Puedes guardar un secreto? Yo tampoco lo esperaba. Hice todo lo posible para resistirme a ti, te lo juro. Pero ayer tuve que bajar los brazos. Sospecho que fuiste una bruja en otra vida, una bruja con el poder de derretir los corazones de la gente y hacer sonreír a todo el mundo. —Hace una pausa—. Cuando vi que Neil bromeaba contigo, llegué a aceptar que por mucho que luchara contra mis sentimientos, sería inútil. Admití de una vez por todas que quiero ser quien te haga sonreír, con quien bromees y quien cuide de ti. Y sí, me avergüenzo de mi comportamiento. Voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para arreglar las cosas entre nosotros.

—¿Seguro que el momento perfecto no es ahora? —susurro, recorriendo su pecho con mis manos—. Porque a mí me lo parece.

Sus labios rozan los míos y me provocan un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Sí, así es. Quiero que tengas tiempo para decidir si puedes perdonarme y estar segura de que no te arrepentirás. Aún no estoy convencido de que sea así.

—Entonces habla conmigo. Dime por qué estabas tan decidido a rechazarme si te

sentías atraído por mí.

Se frota el cuello.

—No sé por dónde empezar. Aunque a veces hacías todo lo que podías para volverme loco, nunca debería haberme comportado como lo hice, empezando por nuestra conversación en Santorini.

—¿Qué pasó? Me quedé tan atónita con tu reacción que me pasé días buscando una respuesta, pero aún hoy no puedo imaginar qué fue lo que sucedió.

—Puedo intentar explicártelo, pero no tengo ninguna excusa. —Me levanta los dedos y me los besa—. Te cuesta mantener los ojos abiertos. ¿Está bien si...?

Es lo último que recuerdo cuando me despierto. Un recuerdo fugaz de él llevándome a la cama aparece en mi mente mientras me levanto. Me recorre una ráfaga de decepción por haberme quedado dormida en lugar de escuchar lo que tenía que decirme, pero reprimo el sentimiento. Tenemos tiempo. Lo que importa es lo que me dice mi corazón, y me dice que confíe en él.

Puede que sea una tontería y que deba mantener la guardia alta, pero no lo haré. Si fuera una heroína de comedia romántica, los lectores se enfadarían conmigo por no insistir en obtener respuestas, pero llega un momento en que dicha heroína tiene que seguir a su corazón. Si fallo, es culpa mía y me ocuparé de ello a su debido tiempo.

Una hora más tarde, alquilamos un coche para conducir hasta Yarra Valley. Viajamos a través de un hermoso paisaje que cambia a cada kilómetro que pasa. Grandes viñedos, pintorescos pueblos, espesos bosques y parques nacionales salpican el camino.

Al mediodía, nos detenemos en una pequeña posada donde degustamos vinos y quesos locales.

En algún momento, optamos por tomar el Espolón Negro, una sinuosa carretera que nos lleva a través de la selva tropical. Hacemos múltiples paradas a lo largo de nuestro recorrido, deteniéndonos en áreas designadas para pícnic y en rutas de senderismo para admirar la pintoresca vista de los valles. Nos hacemos fotos divertidas nos besamos e incluso hacemos una caminata rápida de media hora.

—¿Podemos...? —Me entretengo y él sonríe.

—¿Quedarnos aquí? ¿No dejar que nadie rompa nuestra burbuja? No necesitamos hacer esto. Esto no es una burbuja, es un atisbo de nuestro futuro.

Me da ligeros besos en el cuello y se me corta la respiración cuando se encuentra con mis labios con una ternura que me demuestra lo mucho que quiere que le crea.

Cuando llegamos a casa de Andria y Nicholas, los amigos de Oliver, queda claro por qué considera el lugar para presentar la nueva colección. Es una inmensa propiedad situada cerca de un lago. Cuatro encantadoras casitas que alquilan a turistas rodean el edificio central, y en el exuberante jardín nos dan la bienvenida unos loros posados en los árboles. Cuando la pareja y Oliver se acercan a saludarnos, Oliver fija sus ojos en nuestras manos.

—Me preguntaba si ibais a encontrar el camino. Pero veo que había una razón para el retraso.

Me sonrojo mientras Paul me pasa el brazo por los hombros.

—Me alegro de conoceros —dice Andria, abrazándonos.

Nicholas se ofrece enseguida a acompañarnos a nuestra cabaña. Paul me pregunta con la mirada si me parece bien dormir en la misma habitación y yo le aprieto la mano como respuesta.

Caminamos con Nicholas y Andria hasta una encantadora casita con una espléndida vista del lago y las montañas. Estamos demasiado emocionados para descansar, así que, después de refrescarnos, nos reunimos con los demás para tomar un aperitivo en el porche. Pronto nos sumergimos en los detalles de la idea de Oliver de celebrar aquí el lanzamiento de la nueva colección, pero apenas contribuyo a la conversación. Paul y Oliver intentan incluirme, pero no necesitan mi opinión: lo tienen todo bajo control. No puedo concentrarme. Mi mente está en otra parte. En el día que he pasado con Paul y en lo perfecto que ha sido.

Ha sido como un paseo romántico por las nubes, pero me sorprende que mi corazón pueda perdonarlo tan rápido. De camino, ha intentado retomar nuestra conversación de ayer, pero le he dicho que puede esperar.

Sea cual sea el motivo de su comportamiento, puedo superarlo. Porque conozco al verdadero Paul, aquel del que era amiga antes de nuestro encuentro en Santorini, aquel con el que me he reencontrado ayer y hoy. El que Amy ama. No puedo entender por qué se negó a considerar siquiera una relación conmigo el verano pasado, pero tengo el tiempo y la voluntad para comprenderlo.

Cuando volvemos a la cabaña un rato después, nos sentamos en un banco frente al lago.

—¿Puedes adivinar qué fue lo primero que pensé cuando nos conocimos? —me pregunta, mientras su pulgar traza círculos en la palma de mi mano.

—¿Que iba a poner tu vida patas arriba?

—Que tenías la sonrisa más bonita del mundo. Pero sí, eso también.

Le doy un empujón juguetón en el brazo.

—¿Sabes lo que pienso hoy? Que puedes hacer que mi día a día sea especial; que puedes hacerme feliz y, sobre todo, que quiero ver tu sonrisa en todo momento y hacer todo lo posible para que nunca dejes de sonreír. ¿Es una locura bajar la guardia y admitir que estás enamorado?

Sus palabras me tocan la fibra, y cuando nuestros labios se juntan, el mundo que nos rodea parece detenerse en el tiempo. Me olvido de respirar.

En el mismo momento, nos levantamos de un salto y corremos hacia la casa. Nada más cruzar la puerta, me desata el pelo. Es el momento que estaba esperando, que *estábamos* esperando.

Nuestros cuerpos se estrechan y mi pulso se acelera. Me desata el nudo del vestido y deja que me caiga por los hombros. Su tacto es ligero y eléctrico al mismo tiempo, y el calor de su aliento sobre mi piel me hace sentir una oleada de expectación.

Sus manos bajan por mis costados, recorriendo las curvas de mi cuerpo con delicados y suaves toques, como si las estuviera memorizando. Se detiene en mi cintura antes de seguir bajando hasta posarse en la parte baja de mi espalda.

Sus labios rozan los míos provocando que me sienta aturdida mientras mi cuerpo se funde con el suyo. Intensifica el beso, como si intentara transmitir algo que no se puede expresar con palabras. Nos tomamos nuestro tiempo para explorarnos el uno al otro, exactamente como había soñado que sería nuestra primera vez.

Cuando nuestros corazones vuelven a su ritmo normal, me atrae hacia su pecho.

—¿Crees que tenías razón? ¿Que había un momento perfecto para esto?

—En realidad, estabas equivocado.

—¿Eh?

—Creo que sería perfecto sin importar el lugar o el momento.

—Entonces tengo que hacer todo lo posible para darte la razón —dice, y sus dedos vuelven a bajar por mi brazo para trazar las curvas de mi cuerpo, que se rinde una vez más a sus tiernas caricias.

Al día siguiente, nos incorporamos a la casa principal a última hora de la mañana. Oliver se prepara para marcharse y nosotros lo seguimos. A los dos nos gustaría quedarnos más tiempo, pero hay algunas cosas que hacer antes de nuestro vuelo y el tiempo apremia.

Agradecemos a Andria y Nicholas su hospitalidad. Aunque solo pasamos unas horas con ellos, fueron algunas de las más preciosas de mi vida.

De vuelta en Sídney, repasamos algunos detalles críticos y puntos clave con Oliver y Cindy antes de apresurarnos al aeropuerto. Nuestro avión despegó a medianoche y Oliver insiste en acompañarnos.

Mientras nos despedimos, me dice con una sonrisa pícaro:

—Sabía que estaba loco por ti. Debes admitir que me debes un poco de tu felicidad.

—Así es, y por eso les enseñaré tu foto a algunas de mis amigas. Seguro que encuentro alguna que te enamore... ya que tienes problemas para encontrar una australiana guapa.

Abre los ojos de par en par.

—¿Problemas? Te informo que soy un soltero codiciado. Solo busco a la adecuada.

—Me gustaría decir que presumes, pero la atención que atraes allá donde vas avala tu afirmación.

Paul, que había ido a facturar nuestro equipaje, regresa en el momento en que Oliver y yo compartimos un abrazo. Su sonrisa contrasta tanto con la mirada severa que tenía cuando me vio con Oliver el día que llegamos que no puedo evitar reírme.

En el avión, cuando le explico el motivo de mi risa, me susurra:

—No tengo oportunidad de que alguna vez me dejes olvidarlo, ¿verdad?

—Depende de lo mucho que te esfuerces en que así sea —le susurro y le doy un tierno beso en los labios.

—Paul y tú seríais perfectos juntos. Lo amas, pero sé sincera contigo misma. Tampoco confías en él.

SR. ANDERSON

Cuando aterrizamos, me cuesta separarme de él. No hemos hablado del futuro de nuestra relación, pero en mi mente las cosas están claras: estamos enamorados. Dejaremos atrás el pasado y seguiremos adelante, codo con codo. No fueron solo dos días encantadores los que pasamos juntos; fue el comienzo de una relación prometedora.

Este periodo de felicidad continúa toda la semana, aunque los dos estamos tan ocupados que solo podemos robarnos unos minutos aquí y allá para estar solos. Eso no impide que Ethan se dé cuenta de que las cosas han cambiado. Espero que no todo el mundo sea tan perspicaz.

Pero por muy bonito que sea soñar y creer en cuentos de hadas, la realidad a menudo nos alcanza. Cuando llego a la oficina el lunes, una semana después de nuestro regreso de Australia, me reciben caras largas y un ambiente malhumorado. Ni siquiera he encendido el ordenador cuando Paul irrumpe en mi despacho.

—Ven conmigo.

Me sorprende su tono seco y su expresión fría. Algo está pasando. Lo sigo, curiosa por saber qué ha provocado este cambio en su actitud.

En cuanto cierra la puerta, se sienta en su mesa y gira el ordenador hacia mí. Veo en la pantalla una serie de carteles parecidos a los que yo diseñé, solo que el nombre de la empresa no es Anderson, sino el de su mayor competidor. El diseño es casi idéntico, hasta la paleta de colores.

Me hundo en la silla y parpadeo para hacer desaparecer las imágenes. No puede ser.

—¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? —pregunto, esperando que exista una explicación lógica.

—Estás trabajando para otra persona.

Por un momento, soy incapaz de pronunciar una sola palabra. Cuando se me pasa el susto, reacciono.

—¿Que estoy trabajando para otra persona? ¿Te has vuelto loco?

Gira el portátil hacia él, mirándolo.

—Explícame cómo uno de nuestros mayores competidores se habría enterado de nuestra campaña de otra forma.

Me pongo en pie y camino de un lado a otro.

—No lo sé. No soy la única persona trabajando en ello.

—Eres la única nueva aquí. Mi equipo está por encima de toda sospecha.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y un gran peso me oprime el corazón. Espero a que levante la vista. Cuando encuentra mi mirada, le digo:

—¿Por qué iba a comprometer mi ética y mi futuro profesional haciendo algo tan estúpido?

Que cuestione mi integridad me dice que nunca ha cambiado de opinión sobre mí. Me dice que todo lo que tuvimos juntos ha sido una mentira.

—No tengo ni idea de quién eres ni de cuánto dinero puede haber de por medio. Cuando entra en juego el dinero, la gente se olvida de la ética. Este correo llegó anoche a mi cuenta de correo personal. Alguien ha decidido tener principios. —Su tono es frío, distante, y sin embargo espero que no hable en serio.

Respiro.

—¿Tienes idea de las consecuencias que un rumor así tendría para mi reputación?

Una sombra de oscuridad parpadea en sus ojos, pero no me responde.

—¿Cómo puedes siquiera pensar que yo haría algo así? Eres patético.

Estoy tan enfadada que ya ni siquiera me siento triste. En su lugar, la indignación me sobrepasa. Trabajé duro para esta campaña, pasé varias noches sin dormir. Incluso preveía un problema así, pero nunca imaginé que Paul me acusaría de desleal. Ni en mis peores pesadillas.

—Estoy describiendo las cosas como son. Hemos perdido dos meses de trabajo y se nos acaba el tiempo. A menos que seas un genio y puedas sacarte otra campaña de la chistera, nos jugamos el futuro de la empresa. Sabía que era una mala idea contratarte.

—¿Por qué? ¿Porque estás enamorado de mí y no puedes soportarlo? Deberías madurar y admitir que si no puedes hablarme en un tono civilizado ni confiar en que haga mi trabajo, es porque te arrepientes de lo que pasó entre nosotros. Temes perder el control y odias eso. —Me inclino hacia él y lo miro directamente a los ojos—. Pues ya no tienes que preocuparte por eso. Yo también lamento lo que pasó entre nosotros y ya no quiero tener nada que ver contigo. Puedes dormir en paz; ya no tienes que temer la tentación. Ahora discúlpame, pero tengo trabajo que hacer. Tengo la intención de llegar hasta el fondo de esta cuestión.

Mientras salgo de su despacho, paso junto a Georgina, que luce una sonrisa de suficiencia. No le presto atención, seguro que Paul estará encantado de alegrarle el día con un recuento de lo sucedido cuando pregunte qué está pasando. Vuelvo a mi escritorio, conmocionada. Por espantoso e idiota que sea el comportamiento de Paul, el problema que tenemos es grave. Voy a ver a Ethan con la esperanza de que aclare la situación.

Lo encuentro en su despacho, con los rasgos marcados como si llevara días sin dormir.

—Arianna, siento que tu trabajo se haya visto comprometido —me dice, y sus palabras me reconfortan el corazón.

Me siento frente a él suspirando.

—Yo también. ¿Tienes alguna información sobre lo que está pasando?

—Es alguien de adentro. No es la primera vez. Al año siguiente de hacernos cargo de la empresa, tuvimos que lidiar con un empleado que vendió los diseños de toda nuestra colección de botas. —Se frota la sien—. Paul ha llamado a Ryan, nuestro abogado, para que informe a la otra empresa de que si utilizan nuestra campaña, serán procesados.

—Eso está bien, pero no resuelve nuestro problema. Aunque no lo utilicen, no podemos seguir con la campaña inicial. Ya se ha filtrado y todo el mundo se centrará en eso.

—No tenemos tiempo para empezar de nuevo, Arianna. Podemos posponer el lanzamiento de la colección unos días, pero no indefinidamente.

Me tomo unos instantes para ordenar mis pensamientos. Al menos tengo a alguien con quien planificar en lugar de pelear.

—Tenemos un mes. No te olvides de nuestro plan B, nos vendría bien ahora. Los contratos debían firmarse esta semana y las sesiones de fotos debían empezar el viernes. —Los ojos le brillan de interés—. Como era una campaña basada en carteles y redes sociales, los gastos eran limitados. Nada nos impide ir en otra dirección.

Rebusca, aparta unos papeles y hojea un expediente antes de volverse hacia mí.

—Tu otra idea de campaña es perfecta, pero lleva tiempo coordinarlo todo y no depende solo de ti. Pensé en utilizarla para una próxima colección.

—Lo sé, pero con algunas modificaciones podría funcionar. Dame algo de tiempo. Confío en encontrar una solución.

—Confío en ti, pero sigo preocupado.

—No lo estés. Tengo a alguien en mente que puede ayudar, y trabajaré día y noche hasta que mis esfuerzos den fruto. Dame unas horas para presentarte un proyecto coherente.

—Intentémoslo, entonces. No es que tengamos una alternativa mejor.

Me quedo en mi despacho todo el día perfeccionando el concepto. Cuando estoy satisfecha con el resultado, voy a ver a Ethan con mi propuesta final.

—Es una posibilidad remota, pero podríamos conseguirlo —dice después de leer la propuesta, con una sonrisa en la comisura de los labios—. ¿Cómo has avanzado tanto y tan rápido?

—Nunca trabajo sin red de seguridad. Cuando propuse el primer concepto, ya tenía algunas ideas preparadas. ¿Y si no te hubiera gustado? Así que había esbozado otra campaña, pero aún no la había concretado. Solo cuando oí a las chicas de Sídney hablar de sus citas, supe cómo debía proceder.

Con esta campaña, abordaremos el lado romántico de las mujeres. Ya sean doctoras, cajeras, amas de casa o astronautas; todas tienen una vida amorosa para la que un par de zapatos puede ser un valioso aliado.

Repasa el expediente unos instantes más.

—Como he dicho, es brillante. Tienes luz verde. Hablaré con Paul y con mi abuelo, pero estoy seguro de que no tendrán ninguna objeción.

—Una cosa más. Deberíamos hacer creer a todo el mundo que continuamos con la antigua campaña. Quiero que muy pocas personas estén al tanto, y esta vez, me gustaría elegirlas.

Asiente en señal de acuerdo.

—Lo comprendo. Haz lo que creas mejor. Sé que tomarás la decisión correcta. —Me da con los archivos en la cabeza a modo de broma.

—Yo no.

La voz de Paul me hace dar un respingo.

—Sabía que correrías a quejarte a Ethan, pero no emprenderás nada sin mi consentimiento. Quiero estar informado de todos los detalles.

Ethan le clava la mirada a su hermano.

—No puedes culpar en serio a Arianna de la filtración de la campaña.

—¿Por qué no? ¿Quién más podría ser responsable?

—Arianna ha trabajado mucho por esta campaña, y ya ha encontrado una solución para que superemos todo el calvario. ¿Qué más necesitas?

Mientras Ethan intenta razonar con Paul, yo no pierdo el tiempo haciendo lo mismo.

—¿Por qué no?! —le digo—. ¿Qué tal porque en el fondo sabes que soy inocente? Si te apetece seguirme, adelante. Será divertido. Pero recuerda que es mi campaña y mi responsabilidad. Ethan puede intentar convencerte todo lo que quiera de que apoyes nuestro plan, pero si me preguntas, no tienes elección. O aceptas mi solución o te encuentras con una campaña fracasada y unos distribuidores frustrados que pueden abandonar el barco en cualquier momento.

Su acusación, aunque dolorosa, me espolea y me llena de la energía que necesito para ignorarlo y centrarme en la tarea que tengo por delante. Me siento más fuerte y decidida que nunca a salvar la campaña.

Paul piensa que soy una incompetente y, lo que es peor, que no tengo ninguna ética, pero yo tengo el plan B perfecto y una confianza absoluta en su éxito.

No espero a su respuesta. Me doy la vuelta y regreso a mi escritorio. Unas cuantas llamadas más tarde, me tranquilizo al ver que tengo las cosas bajo control. La persona a la que tenía que convencer para que me ayudara es Katie, una autora amiga mía, y acoge mi idea con entusiasmo, asegurándome que puedo contar con ella.

A la mañana siguiente, tengo una cita con todo el equipo para hablar con ellos sobre el progreso de la campaña original. Es una distracción, por supuesto. Como acordamos con Ethan, seguiremos fingiendo que sigue siendo relevante.

Cuando entro en la sala, me doy cuenta de que el Sr. Anderson está allí, lo cual no me sorprende. Debe de estar tremendamente preocupado. Todo el mundo está al tanto de lo sucedido —oí a varios empleados hablar de ello antes de salir ayer del trabajo—, pero prefiero empezar diciendo lo que queda por hacer y comportarme como si la campaña que se está copiando fuera irrelevante.

Los labios de Georgina se curvan en una mueca mientras abre la boca para burlarse de mí.

—¿Saben que nuestro mayor competidor está preparando una campaña idéntica a la nuestra? ¿Cómo se percibirá si lanzamos la nuestra después de ellos? —Se echa hacia adelante su silla, observando la reacción de todos—. Será una admisión de debilidad, ¿no creen?

Vuelve a mirar a su alrededor, buscando la aprobación de los demás, y Paul responde a su comentario con un movimiento de cabeza. Intento por todos los medios que la tristeza no aparezca en mi voz mientras me dirijo a ella con voz firme.

—Entonces, ¿qué sugiere? ¿Que abandonemos una campaña en la que hemos trabajado durante meses para ir en otra dirección? No tenemos tiempo para eso.

Ella levanta la cabeza, lo que la hace parecer una auténtica esnob—. Sería más sensato volver a nuestros planes originales. Estoy segura de que será un éxito, como lo ha sido en el pasado. Como dije antes, esta campaña fue un error desde el principio. —Se cruza de brazos como un niño que desafía a sus padres a llevarle la contraria.

—Sin embargo, a nuestros competidores les pareció lo bastante buena como para copiarla. Lo siento, pero me niego a rendirme. —Apoyo las manos sobre la mesa de conferencias—. Aunque su campaña se parezca a la nuestra, hay tiempo para cambiar detalles significativos y estar a la altura de las circunstancias. Trabajaré en ello esta noche y volveremos a reunirnos mañana.

—Estoy de acuerdo con Arianna —interviene Ethan—. No nos echaremos atrás porque unos empleados sin escrúpulos hayan puesto en peligro nuestro trabajo. —Mira a Georgina y a Paul—. Hablando de eso, debéis saber que se está llevando a cabo una investigación para encontrar a la persona implicada en este desastre.

Georgina emite un sonido de sorpresa que hace que todas las miradas se vuelvan hacia ella.

—¿Qué? Es obvio que es Arianna, ¿verdad? ¿Quién más podría haber hecho algo así?

—¿Por qué iba yo a arriesgar mi futuro profesional? —pregunto, admirando su descaro a mi pesar.

Ella se burla.

—Por dinero, obviamente.

No debería morder el anzuelo, pero me apetece tanto... Es la sutil inclinación de cabeza de Ethan la que me disuade.

—Esto no está abierto a discusión. El tema está zanjado. Arianna sigue siendo la jefa del equipo y lo que ella diga se hace.

Decir que lo quiero en este momento sería quedarme corta.

En cuanto termina la reunión, me dirijo a la puerta. La voz de Paul me detiene.

—¿Arianna?

Me giro.

—¿Sí? ¿Hay algo más? ¿Alguna otra acusación?

Su expresión se vuelve sombría, y espero que diga que sabe que yo nunca haría algo tan horrible, pero no. Sus siguientes palabras me demuestran que me estoy engañando.

—No olvides que tienes que mantenerme informado de todo.

—Nunca olvido nada de lo que me dices. Ahora, si debo prestar atención a lo que dices, es otra historia.

Georgina, que fingía estar recogiendo sus papeles para ganar tiempo, se acerca a nosotros.

—Paul, no lo entiendo. —Ella se centra en él—. Dijiste que no permitirías que ella hiciera peligrar el futuro de la empresa. Ya hablamos de ello.

—No te preocupes. No permitiré que *nadie* perjudique a la empresa.

Su sonrisa de satisfacción me hace estremecer. Me pregunto si ella habrá sido quien ha dado el chivatazo de la campaña. Pero, a diferencia de ella y Paul, no acusaré a nadie sin pruebas. De todas formas, él nunca me creería. Para él, Georgina no puede hacer nada malo.

—Deberíamos volver a la campaña de siempre —dice, posando su mano con perfecta manicura en su brazo más tiempo del necesario.

Si Paul se da cuenta, no parece molesto, lo que hace que se me oprima el corazón. ¿Hace solo una semana que estábamos los dos en Australia, acurrucados?

—Georgina, llegaremos al fondo de esto. No te preocupes —dice.

Los dejo solos y me refugio en mi despacho. Concentrarme en mi trabajo se convierte en una tarea imposible mientras me consume el recuerdo de la noche que pasamos en Yarra Valley, las palabras que pronunció y la forma en que sentí sus manos sobre mi cuerpo.

Cuando alguien llama a la puerta, levanto la vista y veo al abuelo de Paul en el umbral.

—Arianna, ¿podemos hablar? —Su voz es gentil.

—Por supuesto. Por favor, pase.

Se sienta y se dirige a mí con una sonrisa amable.

—Veo que estás triste y disgustada, y tienes todo el derecho a estarlo, pero él solo intenta protegerse.

Sus palabras me pillan desprevenida y me burlo.

—¿Protegerse? —No vale la pena fingir que no sé de quién está hablando.

—Sí. Déjame invitarte a comer. Tenemos que hablar.

Podría negarme, pero el Sr. Anderson no tiene la culpa de que su nieto sea idiota, y tengo curiosidad por saber qué quiere decir con «intenta protegerse».

Hacia el mediodía, quedamos en un pequeño restaurante a pocos pasos de la oficina. Hacemos el pedido antes de que saque el tema.

—Entiendo que estés enfadada con él; crees que no confía en ti y que es injusto, pero podría haber una razón para su comportamiento.

—Lo siento, pero no veo qué podría excusar su falta de fe en mí. Porque puedo asegurarle que no tuve nada que ver con lo que pasó.

—Arianna —dice con voz cálida y tranquila—, nadie cree que hayas tenido nada que ver. Ni siquiera Paul. Confía en mí en esto.

—Claro que lo cree. Seguro que me culpa del cambio climático y de todas las demás desgracias del mundo.

Me da una palmadita en la mano con una carcajada.

—Paul y tú seríais perfectos juntos. Lo amas, pero sé sincera contigo misma. Tampoco confías en él.

—Yo ... Yo no lo...

Quiero decir que no lo amo, que mis sentimientos no son tan fuertes, pero estaría mintiendo. El Sr. Anderson tiene razón. Lo amo. No porque me acelere el corazón, no porque su sonrisa me haga derretirme sino porque quiero verlo feliz, hacerlo feliz.

—Sí, tiene razón. Lo amo. Pero no soy yo la que no confía, es él.

—¿Estás segura?

Me apresuro a responder.

—No entiendo por qué lo duda. Quizá no lo sepa, pero durante nuestro viaje a Australia le di la oportunidad de explicarse, de pasar tiempo conmigo, y le creí cuando dijo que se arrepentía de su comportamiento en el pasado.

Asiente.

—Fue una decisión sabia y valiente darle una oportunidad a vuestra relación. Hiciste bien en seguir a tu corazón. Pocas personas serían capaces de hacerlo.

—Una semana después, me acusó de ser deshonesto. Así que sí, claramente, parece que hice bien...

Ojalá el sarcasmo sirviera para aplacar el dolor. Alerta de *spoiler*: no sirve.

—Es una reacción instintiva, Arianna. El marketing es su responsabilidad, y él

asume la culpa. Seguro que está intentando encontrar al culpable.

Jugueteo con mi comida, hace días que perdí el apetito.

—No intenta encontrar al culpable; está convencido de que ya lo ha encontrado: a mí. —Pienso en el trabajo que estoy haciendo para superar este contratiempo, y me entristece que mis esfuerzos carezcan de sentido para Paul—. Ha llegado a prohibirme que me involucre y haga preguntas. Según él, estoy haciendo esto para cubrir mis huellas.

—Arianna. Sé que estás dolida, pero pregúntale a tu corazón. ¿Realmente confías en él? Déjame contarte una breve historia que te ayudará a entender mejor a Paul.

Deja el tenedor y se inclina hacia delante.

—Cuando tenía veintiún años, conoció a una chica, Melanie. Estaba muy contento por presentárnosla. Era tan alegre que todos la aceptaron enseguida. No ocultaba lo enamorada que estaba de él, y nadie preveía lo que estaba por venir. —El Sr. Anderson hace una pausa, con una expresión de pena arrastrando las comisuras de los labios—. Después de unos meses juntos, Paul la vio besando a otro. Ella le dijo que no era el único con el que salía. No la culpo: tenía veintiún años, quería experimentar la vida al máximo, pero descubrir que salía con otras personas cuando él creía que estaban enamorados fue un *shock*. Es posible que estés pagando por este lío, que le recuerdes a ella.

Reflexiono sobre sus palabras. Puedo entender el impacto que tendría en él una experiencia así, pero me cuesta aceptar que su abuelo me compare con Melanie.

—No — dice, leyendo mis pensamientos—. Tú nunca lo traicionarías. Pero verás, Melanie era una joven muy emprendedora y fue ella quien persiguió a Paul.

—¿Así que decidió que todas las mujeres que expresan sus sentimientos son propensas a ser infieles y no tienen principios?

El Sr. Anderson sonríe ante mi tono cortante.

—Puede que no sea consciente de ello, pero en el fondo de su mente lo acecha el temor de que, si alguna vez baja la guardia, se arrepentirá.

—Paul es atractivo. Ha tenido otras relaciones desde aquel incidente. No me diga que las cosas nunca se han vuelto serias con otra mujer.

—Pues, es la verdad. Tú no eres Melanie y él lo sabe, pero se resiste a dar el salto porque es la primera vez que se ha vuelto a enamorar.

Me remuevo en la silla, sin saber cómo asimilar todo esto.

—Lo siento, pero, aunque tenga razón, no estoy preparada para perdonarlo. Puedo aceptar que no aprecie mi forma de ver la vida; todos tenemos puntos de vista e ideas diferentes. Pero no puedo aceptar que piense que soy capaz de traicionar a la empresa.

—Lo comprendo, pero, por favor, ten en cuenta lo que te he dicho cuando llegue el momento de aclarar las cosas. Tengo fe en él, y te animo a que hagas lo mismo hasta que podáis tener una conversación.

Nuestro diálogo termina ahí, pero durante todo el día lucho conmigo misma por ello. Al final, decido que vale la pena ir a ver a Paul.

Cuando me acerco a su despacho, oigo que Georgina le está hablando.

—Te lo digo porque quiero asegurarme de que no te manipule.

—No tienes que preocuparte por eso. Sé con quién estoy tratando. Lo sé desde hace mucho tiempo —responde.

Me doy la vuelta y me dirijo a la salida. Tengo que preparar una campaña... en casa.

Lejos de él.

Paul ya no es asunto mío.

La semana siguiente se ausenta varios días. No me quejo. Puedo trabajar tranquila. Se me oprime el estómago cuando me entero de que Georgina lo ha acompañado a un viaje de negocios. Si cree que Georgina es más digna de confianza que yo, todo está perdido.

Ethan y yo trabajamos duro y, en pocos días, lo hemos puesto todo en marcha. Tres semanas después, nuestro trabajo está casi terminado y los primeros carteles están listos. Tuvimos que posponer el lanzamiento de la campaña solo una semana. Movilicé a toda mi red, y comprendieron la urgencia y cumplieron. Marcus era perfecto, y se lo restregaría con gusto por la cara a Paul, que al principio se mostraba tan reacio a la idea de contratar a un fotógrafo sin renombre. El resultado superó nuestras expectativas.

—¡Me encantan! —exclama Christine mientras mira los carteles la tarde en que los recibo.

Invité a las chicas a casa para celebrar el acontecimiento y agradecerles su ayuda.

—A mí también —dice Elina—. Representar a mujeres consumadas como heroínas románticas es una idea genial.

Erin y Lexi asienten con entusiasmo. Nos arriesgamos a algunos artículos críticos, pero no me importa. Me dirijo a mujeres de todas las edades que están a gusto consigo mismas y quieren tenerlo todo. Pedí a doce autoras de comedias románticas que nos prestaran a sus heroínas y nos dejaran utilizar escenas de sus novelas para nuestros carteles: historias divertidas, conmovedoras, románticas y eternas. Solo necesitaba que los zapatos formaran parte de la escena elegida.

—Estoy de acuerdo, los carteles son increíbles —dice Emily, la mejor amiga de Elina.

—Ethan cree que deberíamos continuar y crear otros carteles durante todo el verano —digo—. Ahora que hemos definido el concepto, será fácil para el equipo continuar. —Estoy encantada con el resultado de todo el esfuerzo invertido.

—Es una buena idea. Podrías empezar un concurso y hacer que la gente adivine qué escena de qué libro aparecerá en el próximo póster —sugiere Lexi.

—Me encanta esa idea, pero por ahora, solo quiero saborear el hecho de que tenemos doce terminados a tiempo. Podemos lanzar la campaña; eso es lo único que importa. —Miro a mi grupo de amigas y se me forma un nudo en la garganta—. No sé cómo agradeceréloslo. Sin vosotras, nunca lo habría conseguido.

Mi primera idea fue pedirles a algunas escritoras que escribieran historias cortas en las que los zapatos tuvieran un papel importante, como una reinención del cuento de Cenicienta, pero me preocupaba que me llevara demasiado tiempo. Por eso necesitaba que Katie me dijera si mi proyecto era viable.

—Arianna, no tienes por qué hacer las cosas así —me tranquilizó cuando le expliqué la situación—. Historias como estas se escriben todos los días. En lugar de pedirles a las autoras que las inventen, deberías utilizar historias ya existentes.

Katie me puso en contacto con autoras de todo el mundo, y tuve la oportunidad de descubrir a algunas escritoras maravillosas. Con varias de mis amigas, leímos docenas

de libros aún no publicados, y elegí los que mejor se adaptaban a nuestra campaña.

—También ha beneficiado a las autoras, que han ganado una suma considerable, además de notoriedad de marca —dice Lexi—. Veo que tu idea va a perdurar.

Puede que no se equivoque. Había muchas otras historias que me gustaban, pero elegí las que votaron las chicas. Un pequeño extracto de cada libro acompaña al póster, y estoy impaciente por ver cómo será recibido nuestro trabajo.

A lo largo de esta carrera a contrarreloj Paul se mantuvo discreto, lo que me sorprendió. Estuvo presente en las dos primeras reuniones que tuve con Ethan, pero después no se involucró. Ethan me dijo que le daba carta blanca y que aprobaba todo lo que decidiéramos. Entre nosotros reina un silencio absoluto. Yo trato de evitarlo y supongo que él hace lo mismo conmigo.

A menudo está encerrado en su despacho con Georgina, cuya risa me da ganas de trasladar mi escritorio a otra planta. Por suerte, me queda poco tiempo hasta que termine mi contrato y pueda dejar atrás toda esta situación.

Bueno, es de esperar.

El día del lanzamiento, llego a la oficina al amanecer. Mi ritmo cardíaco se dispara. Esperar los primeros artículos, las primeras reacciones, me estresa. Decidí no solicitar prensa de antemano, porque quería que los periodistas vivieran el lanzamiento con todos los demás.

Ethan me invita a pulsar el botón para iniciar la cuenta regresiva. Estoy con él y su abuelo en la sala de reuniones. Todos los demás creen que lanzaremos la antigua campaña en unos días. Esta vez, he utilizado a personas con las que trabajé en el pasado sin ninguna relación con la empresa. He pensado que mientras la investigación esté abierta, sería lo más prudente.

El Sr. Anderson intenta distraerme relatando viejos lanzamientos que no pasaron sin algunos contratiempos, pero no puedo quedarme quieta. Mi ritmo cardíaco empieza por fin a apaciguarse cuando mis amigos me tienden la mano con sus felicitaciones. La página dedicada al acontecimiento está arrasando. Las mujeres se lo pasan en grande comentando y preguntando si habrá otros carteles. Ethan me hace dar vueltas, con el rostro visiblemente relajado tras días de profundas arrugas en el ceño.

Los blogueros califican la campaña de «innovadora». Lo que más atrae, si nos fiamos de los comentarios, es que cada libro destaca una ciudad distinta. Las historias transcurren en Nueva York, París, Sídney, Atenas, Londres, San Francisco, Zúrich, Roma, Montreal... Quería transmitir el mensaje de que las mujeres dinámicas, románticas y de éxito viven y prosperan en cualquier parte del mundo.

Oliver me llama a última hora de la tarde para felicitarme, y me dice que las clientas han acudido en masa a sus tiendas desde el lanzamiento.

Unos minutos más tarde me entregan en el despacho un precioso ramo de lirios tigre, amarilis, rosas de color coral y tulipanes blancos. Cierro los ojos, disfruto del delicado aroma y es como si me transportara a un paraíso escondido, casi como si sintiera una suave brisa contra la piel. Paso el dedo por los pétalos, buscando una tarjeta. No hay tarjeta.

Son tan bonitas que les envío una foto a las chicas, diciéndoles que tengo un admirador secreto. Seguro que las envía un amigo o Ethan, pero la idea de un admirador secreto es mucho más divertida.

¿Creéis que hay un mensaje oculto? les escribo. No veo rosas rojas, así que no son de alguien locamente enamorado de mí, y me vendría bien un poco de amor ahora mismo.

Un admirador secreto. Qué intrigante, responde Lexi. Estoy impaciente por saber más. Por cierto, llegas tarde.

Tiene razón. Llego tarde a nuestra pequeña reunión para celebrarlo. Apago el ordenador y cojo el bolso cuando Georgina irrumpo en mi despacho.

—Georgina, qué amable al venir a felicitarme —le digo. Podría ser más cortés, pero he gastado tanta energía defendiendo mi campaña por su culpa que no estoy de humor para sutilezas. Ni ella tampoco.

—No debería regodearse demasiado. Su carrera llegará a su fin cuando Paul tenga pruebas de que está detrás del fiasco de la primera campaña.

—¿Ah, sí?

Mi tono desafiante la enfurece y sale dando un portazo. No me inmuto. Ya no tiene poder para hacerme sentir una desgraciada.

Ojalá pudiera decir lo mismo del hombre cuyo despacho está vacío desde hace varios días. Esperaba que precisamente hoy estuviera aquí, pero no ha habido suerte. Salgo con la cabeza en alto.

No voy a llorar. Y será mejor que mi corazón se olvide de su existencia cuando salga de esta oficina la semana que viene.

—Aquí está la mujer del momento —dice Ethan cuando me reúno con mis amigos diez minutos después—. No os preocupéis, no me quedo. Estoy aquí porque mi encantadora futura esposa me ha dicho que preferiría pasar unos minutos más conmigo que con un taxista, y ¿cómo iba a resistirme a una declaración tan romántica?

Todos se ríen y me aclaman, y mi corazón estalla de felicidad. Ethan me pide que lo acompañe mientras se marcha.

—Quería que supieras que mi abuelo y Paul están de acuerdo conmigo en que debes ser recompensada por tu duro trabajo. Recibirás una bonificación en tu cuenta dentro de unos días.

Anuncia una cantidad que me hace girar la cabeza.

—No puedo aceptarlo, Ethan. Solo hice aquello para lo que me contrataste.

—No, hiciste mucho más. No habría campaña si no fuera por ti.

—Ethan, por favor. Yo no... Fue...

Mi voz vacila y él me envuelve en un abrazo reconfortante.

—Lamento que no haya venido —susurra.

—No pasa nada —le digo, con la voz quebrada—. Lo que importa es que lo hicimos. Trabajamos duro y ganamos.

—No, no está bien, y hablaré con él. Pero no es fácil localizarlo estos días.

—¿Está bien? —Odio que me importe.

—Sí, bueno, lo he visto de mejor humor, y no estoy seguro de que esté durmiendo lo suficiente, pero esta investigación le está quitando todo su tiempo, así que no me sorprende.

Vacila y espero a que continúe.

—Está orgulloso de ti. No le gustará enterarse de que te lo he dicho, pero es la verdad.

—Gracias por intentarlo, Ethan. Te lo agradezco, pero...

—No repetiré sus palabras exactas —fueron bastante expresivas—, pero eso es lo que dijo cuando vio los carteles.

Cierro los ojos y junto las manos. Cuando los abro, Ethan me mira fijamente, con el ceño arrugado de preocupación.

—¿Estarás bien?

—Esta es mi noche. ¿Qué más puedo pedir? Estaré bien.

Me da otro abrazo antes de despedirse.

Me reúno con las chicas. Pedimos una ronda de bebidas y hablamos de mi día cuando Lexi dice:

—Como soy una gran amiga, le he enseñado la foto de tu ramo a Nick, y dice que los lirios tigre y las amarilis significan que quien los envió está orgulloso de ti. Así que puede que no esté locamente enamorado de ti, pero es un buen comienzo. Una razón más para celebrar.

«Está orgulloso de ti». Las palabras de Ethan resuenan en mi cabeza mientras las mariposas bailan en mi estómago y mi estúpido corazón se acelera. No, me niego a seguir por ese camino. Solo puede causarme más angustia.

—Los tulipanes blancos significan que alguien lo siente —dice Elina—. No preguntéis cómo lo sé. Vale, preguntad y os lo diré, pero necesitaremos otra ronda de bebidas.

—¿Estás bien? —pregunta Amy.

—Estoy bien —digo, mientras me inunda una oleada de serenidad.

Los días siguientes sonrío de oreja a oreja, flotando en una nube. Vaya donde vaya, de la cafetería a la oficina, la gente habla de nuestra campaña. Los artículos se multiplican y las ventas aumentan. Lo que hemos conseguido es extraordinario.

El viernes es mi último día y Ethan me invita a cenar con él y Amy. Acepto y, por primera vez en semanas, la opresión de mi pecho desaparece. Amy me dice lo contenta que está de que todo haya acabado bien. No hace falta que especifique lo preocupado que estaba Ethan.

Sin embargo, cuando aborda el tema de Paul, me niego a participar. Ha llamado varias veces desde el lanzamiento, pero le he mandado al buzón de voz. No dejaré que estropee el único rayo de sol que hay ahora en mi vida.

—Todo va bien —la tranquilizo—. Ya no busco respuestas, ni sobre el pasado ni sobre el presente. Amar no significa perdonarlo todo, y él no tiene excusa para su comportamiento, sobre todo después de nuestro interludio en Australia.

—Tienes todo el derecho a estar enfadada —dice ella, haciéndose eco de las palabras del Sr. Anderson—, pero recuerda que todo el mundo puede cometer errores. Tú me dijiste eso de Ethan.

—Lo siento, Amy, pero no. —Dejo mi copa de vino—. No ese tipo de error. Y por favor, dejemos de hablar de errores. Él sabía lo que hacía y eligió sus palabras cuando me acusó de lo peor.

—No le estoy excusando, Arianna. Me doy cuenta de que los dos ponéis buena cara. Tú finges una sonrisa de oreja a oreja y él sigue como siempre, pero no está en mejor forma que tú y veros sufrir a los dos, me entristece. Ojalá hubiera alguna forma de que ambos estéis en paz.

—A mí también me gustaría que hubiera alguna forma.

Amy se rinde, dándose cuenta de que no voy a cambiar de opinión, pero Lexi y Christine insisten más cuando vienen a tomar algo a mi casa.

—No digo que él no tenga la culpa, pero si yo fuera tú, contestaría a sus llamadas. No querrás arrepentirte después —dice Lexi.

—No veo por qué tendría que arrepentirme. Yo no he provocado esta situación. Y para ser sincera, no entiendo por qué todos le restáis importancia a lo que hizo.

—Eso no es lo que estamos haciendo, Arianna. Cómo te trató fue inaceptable, nadie está en desacuerdo con eso, pero el estrés pudo haber podido con él. Lleva días llamándote y tú lo ignoras. ¿Por qué no le das la oportunidad de explicarse?

—Porque es demasiado tarde. ¿Qué podría decir para reparar el daño que ha causado? Hice mi trabajo, estoy orgullosa de cómo traté el asunto, y seré feliz sin él. Con el tiempo.

—¿Y si no lo eres? —Abro la boca para responder, pero Lexi levanta la mano—. Es evidente que tienes miedo de que te decepcione aún más. Pero si me preguntas, hay algo más profundo en juego. Creo que el Sr. Anderson tenía razón y que nunca confiaste en Paul. Estabas esperando la espada de Damocles. Eso es lo que te retiene: el miedo a que no quede nada que salvar, y ese miedo te paraliza porque no confías en él.

El silencio que sigue a esa declaración no es cómodo.

—Siento si he sido demasiado dura —dice Lexi cuando el silencio persiste.

—No lo sientas. Podría haber algo de verdad en lo que has dicho, pero ahora mismo no puedo desenredar mis sentimientos.

—Nos dijiste que durante tu estancia en Melbourne, él era una persona diferente; que tu corazón sabía que *él* era el verdadero Paul. Siempre hablas de que tu intuición te ayuda a tomar las decisiones correctas. ¿Por qué no seguirla? Solo una última vez —dice Christine, con voz gentil.

Desvío la mirada.

—Porque esta vez me ha fallado.

—*Confío en ti. Es en él en quien no confío.*

ARIANNA

Cuando las chicas se van, se me cae la careta y acabo sollozando mientras contemplo una foto mía y de Paul al amanecer en el balcón de nuestra casita de campo. No duermo bien y no consigo concentrarme en nada... Necesito recargar las pilas.

En unas horas estoy comprando un billete para volar a Santorini y refugiarme en el hotel de mi abuelo. Aún no es temporada alta de turismo y tendré relativa calma. Aprovecharé para empezar mi próximo contrato, que se inicia dentro de tres semanas.

Hace buen tiempo en Santorini y durante los tres primeros días disfruto de la piscina y las playas. Me rehúso a pensar en Paul durante el día, pero por la noche, las imágenes del tiempo que pasamos juntos me persiguen y siento que nunca dejarán de dolerme. Trabajar me ayudó a no derrumbarme durante semanas, pero ahora estoy al borde de colapso.

—Habla con él —me dice Amy.

Me llama todos los días y me repite lo mismo.

—Amy, me has dejado claro que te gustaría que lo perdonara, pero aún no he llegado a ese punto.

Estoy caminando por la playa. Es apenas la tarde, pero esta conversación me hace querer volver a mi habitación y olvidarme del mundo.

—Arianna, confía en mí. Deberías hablar con él.

—Confío en ti. Es en él en quien no confío.

Me vienen a la mente las palabras de su abuelo y me estremezco. Tenía razón. No confío en él. En un rincón de mi mente, siempre había una persistente sospecha de que tarde o temprano me rechazaría. Puede que dijera que lo había perdonado, pero lo más probable es que me estuviera mintiendo a mí misma.

Después de meditarlo durante unas horas, repasando todo lo sucedido, decido escucharlo. No me gustan las historias inacabadas, y si me tiende la mano, es porque quiere explicarse, así que dejaré que se explique. *De nuevo*. Espero que esta vez lleguemos al fondo de las cosas y encontremos consuelo. Dicho esto, no tengo intención de ser tan indulgente como lo fui durante nuestra estancia en Melbourne.

Yo ya hice mi parte. Ahora le toca a él.

Me quedo dormida en la tumbona, cansada de nadar durante horas esta mañana y de no dormir bien por la noche. Cuando abro los ojos, el sol se está poniendo y contemplo la silueta de un hombre que me da la espalda. Está apoyado en la barandilla y... Parpadeo, convencida de que estoy soñando. Me levanto, descalza, y me acerco a él.

—Paul.

Mi voz lo sobresalta y, cuando se vuelve hacia mí, su mirada está nublada y la fatiga

en su rostro es inconfundible. Mi corazón se hincha de ternura, pero no hago ningún gesto hacia él. Mi herida sigue abierta.

—¿Qué haces aquí?

Una leve sonrisa se le dibuja en el rostro y lo hace parecer vulnerable.

—No tenía otra opción. No contestas a mis correos. —Se acerca más a mí—. No contestas a mis llamadas. Tenía que verte, hablar contigo.

—¿Cómo me has encontrado? No le he dicho a nadie dónde estoy.

—Mencionaste que este hotel es tu refugio; que cuando te sientes triste, vienes aquí para levantar el ánimo, así que he probado suerte. Pero te buscaría en cualquier parte, si esa es tu pregunta.

Aunque me emociona que lo recuerde, no puedo caer en sus palabras bonitas una vez más.

—¿Por qué? —Me sale un tono más agudo de lo que pretendía, pero ¿quién puede culparme?

—Porque ya es hora de que te dé algunas respuestas. —Ahora está delante de mí—. Y luego podrás decidir no verme más.

—Bien, pero preparemos algo de comer primero. Siempre estoy mejor dispuesta cuando no tengo hambre. —Me alejo un paso de él, necesito espacio.

Está claro que le sorprende que esté bromeando, porque parece incapaz de elaborar una respuesta. Supongo que esperaba una pelea, pero yo no quiero pelear. ¿Qué sentido tendría? Siempre doy segundas oportunidades. No busco venganza. Lo quiero, aunque no podamos estar juntos.

—Entonces, ¿me darás la oportunidad de explicarme? —Su voz vacila con incertidumbre.

—Sí. Quiero saber qué pasó. ¿Por qué dijiste que estabas enamorado de mí y luego me echaste en cara tu desconfianza?

Cuanto más hablo, más me enfado. Demasiado para ser guay.

—¿Puedo cambiar de opinión sobre la comida? —dice, pero ahora que he empezado a hablar, necesito terminar.

—No intentes hacerte el gracioso. Me has roto el corazón. No es culpa mía que Melanie, o algún otro idiota, traicionara tu confianza. Solo porque expresé mis sentimientos primero no significa que lo haga con todos. No me enamoraré de alguien más la próxima semana. Y ver el lado bueno de la vida y disfrutar de pequeñas cosas como vestirme bien o salir de fiesta no me convierte en una persona superficial incapaz de amar a alguien.

—Arianna...

—No, tienes que escucharme. Fuiste más que arrogante. Me acusaste de un montón de cosas, y sin embargo, yo estaba dispuesta a perdonarte. ¿Qué estoy diciendo? Te perdoné. Hice el amor contigo antes incluso de que me dieras una explicación. Todo esto porque te amo y quería creer que sentías lo mismo. Pero lo más probable es que estuvieras jugando para demostrar que tienes todas las cartas, que puedes manipularme y hacerme actuar a tu antojo. Hice el ridículo y, por si fuera poco, me acusaste de traicionarte a ti, a tu familia y a tu empresa. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Dejo de pasearme cuando habla porque sus palabras no son lo que esperaba, y su voz vibra con pasión y sinceridad.

—Eres la clase de persona que sabe perdonar, a la que todo le apasiona, ya sea una cosa tan sencilla como un par de zapatos nuevos o algo tan importante como ayudar a los jóvenes a entrar en el mundo laboral. —Se acerca de nuevo y esta vez no me muevo—. Sí, soy consciente de tu contribución al programa de integración de tu municipio. Eres el tipo de mujer que sabe reírse de sí misma, pero también sabe poner en su sitio a quienes les faltan el respeto a las mujeres o a cualquier persona.

—Eres una mujer a la que no le importa desentonar o hacer el ridículo para divertirse con sus amigos. Que no tiene reparos en salir sin maquillaje, pero que también puede arreglarse como una estrella de cine, y en ambos casos estar deslumbrante. Eres el tipo de mujer de la que todo el mundo puede enamorarse. Eres la mujer de la que me enamoré, la mujer que amo.

—Tú no me amas. —Me tiembla la voz al mismo tiempo que me invaden el miedo y la esperanza. Si eso fuera cierto, ¿por qué me acusaría de algo tan horrible?

Sus ojos se clavan en los míos; un cálido brillo se refleja en sus profundidades.

—Te amo. Te amo con todo mi corazón, pero me sentí tan impotente cuando comprendí el poder que tenías sobre mí que hice todo lo que pude para negar mis sentimientos. Me di cuenta de que me estaba enamorando de ti después de nuestra conversación en Santorini, cuando cambiaste tu comportamiento hacia mí.

Toma aire y pierde la concentración por un momento.

—Cuando Ethan te contrató, mi reacción fue una mezcla de alegría y rabia. Quería olvidarte y tu presencia me complicaría las cosas.

—No entiendo por qué querías olvidarme a toda costa.

El dolor que me invade ante esta confesión hace que me tiemble la voz.

Extiende la mano hacia mí, pero cambia de opinión.

—Tengo que contarte lo que ocurrió unas horas antes de que tuviéramos esa infame conversación en Santorini. Estaba en el balcón de mi habitación cuando oí a Allison y a Zoe mencionar tu nombre. Si recuerdas, mi habitación estaba al lado de la suya. Decían que Amy debería seguir tu ejemplo e ir a por lo que quería, hablando de Ethan, claro. Decían que estabas dispuesta a correr riesgos, que siempre tenías un plan para conseguir lo que querías y que te admiraban por eso.

—«No veo cómo podría resistirse a ella», dijo Zoe. No tenía ni idea de lo que querían decir hasta que viniste a hablar conmigo. Deduje que ese «él» era yo, que habías ideado un plan para que me enamorara de ti. En ese momento, solo vi a una joven malcriada e inmadura que pensaba que podía manipular a los demás para conseguir lo que quería.

Me siento en la cheslón antes de que me fallen las piernas. No puedo entender que me haya rechazado por una razón tan ridícula. Estoy a punto de echarle la bronca, pero se arrodilla ante mí y continúa.

—Me arrepentí de mi reacción en cuanto pude pensar con la mente clara. Recordé que siempre habías sido maravillosa, que no tenía motivos para creer que fueras el tipo de persona que manipularía a los demás. Pero cuando fui a hablar contigo, te encontré flirteando con uno de tus amigos de Francia, y parecías decidida a ignorarme. La noche anterior, te había visto hablar, bailar y divertirse después de nuestra discusión como si no te hubiera afectado en absoluto, y volví a dudar. Pensé que la seducción era un juego para ti.

—Lo has malinterpretado todo. —Suspiro, agarrándome las manos—. Las chicas

hablaban de un vestido nuevo que quería comprar para impresionarte y de que esperaba que, lejos de nuestro estresante entorno, en una isla tan romántica como Santorini, te dieras cuenta de que tú también querías algo diferente de nuestra relación. —Lo miro—. Ese era mi maquiavélico plan. Y si me comporté así después de nuestra conversación, fue porque quería ocultar lo mucho que me había dolido tu rechazo.

Me coge las manos entre las suyas.

—Cada vez que nos hemos visto desde Santorini, has sido cortés pero distante, y yo pensaba que nada había cambiado, que eras indiferente. Siempre te mostrabas relajada y burbujeante, y actuabas como si mi rechazo no te hubiera afectado. Estaba seguro de que habías jugado conmigo, pero yo seguía enamorándome de ti cada vez más, aunque durante mucho tiempo me negué a aceptar la idea. En mi mente, había una discusión franca en nuestro futuro, y ese día llegaría pronto.

—Entonces te acercaste a mí con una sonrisa pícaro, diciéndome que te habían contratado para trabajar conmigo, y mis planes se fueron al traste. Una vez más, tú dirigías la obra y yo tenía que adivinar cuál sería mi siguiente escena. Te seguí el juego porque quería entender por qué estabas allí, si tenía algo que ver conmigo. Me provocaste y me confundiste, pero también me diste la oportunidad de acercarme a ti y de enamorarme completamente.

Me acomoda un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Te juro que es la verdad, no algo que me haya inventado para convencerte de que me perdones.

—¿Entonces esto no tiene nada que ver con Melanie?

—Sé que mi abuelo te habló de ella, pero no puedo decir si influyó en mi comportamiento. Hace tiempo que no pienso en ella, pero ¿quién sabe? No pretendo entenderlo todo sobre cómo funciona el subconsciente, pero ni por un segundo te comparé con ella. —Sus manos envuelven las mías, me irradian calidez—. Tener miedo de perderme si alguna vez me arriesgaba a dejarte entrar en mi vida podría tener algo que ver con esa experiencia, pero, aun así, no es una excusa.

Las lágrimas amenazan tras esta confesión, pero aún así necesito desahogarme.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

—Cuando viniste a trabajar para nosotros, tu comportamiento reforzó mi opinión sobre ti. Pensé que eras más mimada de lo que había supuesto. —Sus ojos brillan de diversión al recordarlo—. Pero con el paso de los días, al observarte, me di cuenta de que estabas fingiendo, interpretando un papel. Mis palabras te importaban, no eras indiferente. A pesar de eso, seguía sin saber a qué atenerme contigo. Había momentos en los que estaba seguro de que sentías algo por mí, y otros en los que pensaba que solo estabas jugando conmigo. Tenía que alejarte. Si dejaba que mi corazón tomara la iniciativa, me desmoronaría.

—Hasta que te vi con Neil y ya no me importaba si me rechazabas o si estabas jugando conmigo. No me apetecía pasar otro día preguntándomelo. Quería que supieras cuánto anhelaba estar contigo, tocarte, protegerte, reír contigo, y eso lo cambió todo. Ya no necesitaba esconderme ni analizar cada una de tus palabras y gestos. Solo necesitaba asegurarme de que sabías que te quería, averiguar si existía la posibilidad de que correspondieras a mis sentimientos.

Veo en sus ojos que dice la verdad. Dios sabe que hice todo lo posible para

despistarlo, pero aún así me rompen el corazón sus acusaciones. Miro nuestras manos entrelazadas.

—Arianna, por favor, mírame. —Espera a que nuestros ojos se encuentren antes de continuar—. Nunca sospeché que fueras culpable, pero tenía que dar la impresión de que te culpaba para que Georgina diera un paso en falso.

—¿Georgina? ¿Es ella la que ha divulgado la campaña?

Debería sorprenderme, pero no. La idea de que ella tuviera algo que ver con esto se me había pasado por la cabeza, pero no tenía tiempo ni energía para indagar más. Tenía una nueva campaña que crear y un corazón roto que recomponer.

—Con la ayuda de James, nuestro informático, a quien ella manipuló. Tuve que ocultarte la verdad porque nuestro abogado me aconsejó que no compartiera los detalles de la investigación con nadie. Quería tenerte a mi lado, pero tenía las manos atadas.

—¿Por qué? Nunca traicionaría tu confianza.

—Sé que no lo harías. En cuanto recibí el correo, comprendí lo que había pasado. No soy tonto; me di cuenta de que Georgina estaba deseando hacer lo que fuera para demostrar que no eras de fiar, aunque nunca pensé que llegaría tan lejos. Llamé a Ryan y me dijo que comprobara si había micrófonos en mi teléfono. Sería su primer movimiento si querían acceder a información privilegiada. Tenía razón. Pasé la noche con un especialista que descubrió que mi teléfono y mi oficina tenían micrófonos ocultos. No me deshice de los micrófonos, para que no sospecharan que estábamos tras ellos, e inicié unas cuantas peleas contigo. Hasta que no pude más y tuve que evitarte por completo.

Las piezas de la historia van encajando en mi mente, y cuando noto cómo su rostro se tuerce de angustia, doy un paso más y le rozo la mejilla con el pulgar.

—Tenías que usarme para llegar a ella. Si te espiaba y oía lo enfadado que estabas conmigo, nunca sospecharía que ibas tras ella.

Sus ojos abandonan mi rostro y miran más allá.

—Ella había estado en contacto con la otra compañía durante mucho tiempo, pero tomó la decisión de actuar a su regreso de Australia. Comprendió que estaba enamorado de ti y que iba a dejar de actuar y revelarte mis sentimientos.

—¿Está todo en orden ahora?

—Georgina fue despedida hace unos días, y presentamos una denuncia contra ella. Ahora el caso está fuera de mi control. Dejaré que se encarguen los abogados, pero es importante que sepas que nunca te he traicionado. No podía hablar con nadie, y fue duro trabajar en eso sola. Podría haber encontrado una forma de compartir contigo lo que estaba pasando, pero cada vez que sacaba la idea, Ryan y el equipo que contraté para investigar me decían que sería un riesgo. Cuanta menos gente lo supiera, mejor para la investigación.

—Tuvo que ser difícil para ti enterarte de que un miembro de tu equipo, alguien con quien trabajaste durante años, te había traicionado. Pensé que la odiaría aún más después de que intentara señalarme con el dedo, pero en lugar de eso, la compadezco.

—Yo no. Lleva seis años trabajando para nosotros. Confiamos en ella y trató de sabotear nuestros esfuerzos y socavar la empresa. Si no hubiera reaccionado tan rápido, esta nueva línea sería un fracaso, y contábamos con esta colección. Tenía que encontrar la forma de demostrar su culpabilidad, así que le hice creer que era de ti de

quien sospechaba. No *intentó* hacerte parecer culpable, sino que realizó acciones concretas para que todas las pruebas condujeran a ti. Y esa es la razón principal por la que seguí el consejo de Ryan. Una vez que se convenció de que eras mi principal sospechosa, y de que mi problema era encontrar pruebas contra ti, empezó a proponer ideas sobre cómo podrías haberlo hecho. Cuanto más enemistados estábamos tú y yo, más confianza ganaba ella y más descuidada se volvía. Los investigadores siguieron sus «pistas» y armaron el rompecabezas.

—Preferí alejarme para evitar la tentación de confesarlo todo. Siento que hayas tenido que pasar por todo esto. Pensé que sería por unos días, que estaría contigo para trabajar en el nuevo proyecto, pero día tras día se revelaba una nueva pieza del rompecabezas y tuve que armarme de paciencia para no comprometer la investigación. El daño entre nosotros ya estaba hecho, y tú estabas trabajando a tope. Ya no estaba seguro de cuál era el mejor curso de acción, pero te prometo que haré lo que sea para compensarte.

Tenemos mucho de qué hablar, pero primero quiero eliminar la preocupación de sus ojos y hacerle saber que no se lo reprocho. Porque si confiara en él, no habría llegado a la conclusión de que me traicionó. Me habría tomado el tiempo de buscar bajo la superficie.

—Paul, te creo cuando dices que estabas perdido sobre qué hacer. No tienes por qué compensarme. Lo que pasó fue desafortunado, pero nos dio la oportunidad de evaluar nuestros sentimientos. Nunca dejé de quererte y pensaba ponerme en contacto contigo.

—¿En serio? —La vulnerabilidad de su voz hace que se me derrita el corazón.

—Sí. Tuve tiempo para pensar y decidí que quería oír lo que tenías que decirme. Tengo suerte de que aparecieras en el momento justo y no tenga que irme de Santorini para acudir a ti.

Juega con un mechón de mi pelo.

—Estaba seguro de que te negarías a hablar conmigo. Después de que ignoraras todos los mensajes y llamadas, pensaba que no tenía la menor esperanza de defender mi caso.

—Bueno, la verdad es que necesitas hacerlo mejor.

En el momento en que sus labios tocan los míos, me transporto a un reino mágico rodeado del paisaje más romántico del mundo. El sol se pone y con sus últimos rayos desvaneciéndose tras el horizonte, mis últimas dudas también se desvanecen. La noche está salpicada de besos, caricias y dulces palabras. Es con este Paul con quien quería compartir mi vida, y ahora que está aquí, dormirme en sus brazos es un sueño hecho realidad.

Antes de cerrar los ojos, le pregunto:

—¿Me enviaste flores el día que lanzamos la campaña?

—¿Flores? —pregunta con un susurro—. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Para decirte que estaba orgulloso de ti y que lo sentía? Para nada.

—¡Maldita sea! Durante semanas pensé que tenía un admirador secreto.

Su risita es el último sonido que oigo antes de quedarme dormida.

Por la mañana, me despierta con un beso que me deja sin aliento.

—Podría acostumbrarme a despertarme así —digo, acurrucándome contra él.

—Eso espero. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Su mano recorre mi pecho y mi cuerpo y mi corazón cobran vida. Hacemos el amor de una forma tan natural, tan maravillosa, que no veo ningún nubarrón en nuestro futuro.

—¿Qué te parece si nos quedamos unos días más? —dice en voz baja—. Nos lo merecemos, y me gustaría tenerte para mí un rato.

Le rodeo el cuello con los brazos y le demuestro hasta qué punto estoy de acuerdo con él.

Un año después

—Tengo una sorpresa para ti.

El cálido aliento de Paul es como un susurro contra mi piel mientras las yemas de sus dedos rozan mi espalda. Salgo del sueño con un suspiro de satisfacción y, al abrir los ojos, lo veo sonriéndome.

Ayer fue la boda de Amy y Ethan. La velada fue perfecta y me divertí, pero terminó de madrugada.

—Necesito seguir durmiendo —refunfuño.

Durante las dos últimas semanas, Zoe, Melissa, Allison y yo no hemos tenido ni un momento de descanso mientras trabajábamos para hacer de la boda de Amy un cuento de hadas, pero hoy el único plan que tenemos es disfrutar del sol y de la playa. Como no puedo resistirme a las sorpresas, salgo al balcón donde me espera una mesa puesta con una rosa.

—Gracias. —Me pongo de puntillas para besarlo—. Es una bonita sorpresa.

—La rosa no es tu sorpresa —me dice. Me empuja hacia él y me deslizo en su regazo.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es?

Señala el cartel que descansa en el borde del balcón.

—¿Es un cartel de la próxima campaña? ¡Qué emoción! —exclamo aplaudiendo.

La campaña del año pasado tuvo tanto éxito que decidieron utilizar el mismo concepto este año.

—¿Te llama la atención algo en particular? —pregunta.

—No reconozco la escena. Pensaba que había aprobado todos los libros que usasteis. ¿Es una proposición de matrimonio?

Frunzo el ceño y me da un beso en la nariz.

—¿Te has olvidado de ponerte las lentillas... *otra vez*?

—Oye, acabo de despertarme —le digo, poniéndome las gafas que me tiende—. Es que...

Me quedo sin palabras.

—¿Somos tú y yo? —pregunto mientras me acerco al cartel y me fijo en los detalles. La pareja que camina por las estrechas calles de Santorini levanta la vista y él señala una pared encalada donde hay algo escrito, el color del atardecer pintándola en bellos tonos escarlata y azafrán.

Permanezco inmóvil unos segundos mientras asimilo su significado. Mi vista se nubla y me giro para echarle los brazos al cuello.

—Sí, me casaré contigo. No hay nada que desee más que pasar el resto de mi vida contigo. Es la proposición de matrimonio más romántica del mundo. Soy tan, tan feliz...

Se echa a reír.

—¿No crees que deberías esperar a que te pida que seas mi esposa antes de responder?

Le enseño las palabras escritas en el cartel.

—No es culpa mía si leo más rápido de lo que hablas.

—¿Así que no quieres que me arrodille y te pida que me hagas el honor de convertirme en mi esposa?

Lo suelto.

—Podemos saltarnos la parte de «arrodillarme», pero por lo demás, por favor, adelante —digo con una floritura—. Espero que tu declaración me deje boquiabierta.

Siento el estruendo de una carcajada en mis labios cuando me coge las mejillas con las manos y roza sus labios con los míos antes de entrelazar nuestros dedos.

—Arianna, nunca se me han dado bien las palabras, pero espero haber encontrado otra forma de declararte mi amor. He diseñado una colección de zapatos solo para ti. Le di el nombre de Armonía del sol porque eres el sol de mi vida. —Se arrodilla—. Haces que todo sea más cálido, brillante y hermoso, y quiero que lo recuerdes cada día. Que nunca dudes de mi amor por ti. ¿Aceptarías iluminar mis días para siempre? Prometo no olvidar nunca que te debo mi felicidad, y haré todo lo que esté en mi mano para que seas la mujer más feliz de la tierra.

Me coge la mano y me pone un anillo en el dedo. Está adornado con una hilera de brillantes a lo largo de la parte superior y una única gema más grande de color azul noche en el centro. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando le doy un beso digno de un cuento de hadas.

—Me encanta —le digo esa tarde, mirando las imágenes de los zapatos que ha diseñado para mí.

Son preciosos, y tiene razón: están hechos para mí. Sus colores vibrantes me hacen sonreír. Aportan el tipo de magia que surge de los pequeños momentos de alegría, como oler una rosa, descubrir a un autor favorito, degustar un delicioso pastel o calzarme un par de zapatos nuevos. Hacen nuestra vida más bella, más alegre.

Llevo el par que ha traído, el mismo que llevo en el póster, y no me canso de admirarlos. Según él, son los zapatos ideales para una proposición de matrimonio: románticos y sexys. No puedo discutir. Los adoro.

—Si lo piensas bien, he hecho una buena transacción. Después de todo, a las mujeres superficiales nos encantan nuestros zapatos.

—Creía que habías prometido no llamar nunca superficial a mi futura mujer —dice, mordisqueándome la oreja.

Intento ignorar la emoción que me recorre.

—Así es, pero tu futura mujer ha decidido que ser superficial no es tan malo. No solo se enamoró del hombre perfecto, sino que él le prometió un par de zapatos nuevos cada semana.

—¿Cada semana?

—¡Oh! ¿Cada día?

Su risa se mezcla con la mía, y cuando me rodea la cintura con sus brazos y nos volvemos hacia el mar, me siento, como dijo Amy una vez, en armonía con el universo. Siento que estoy donde debo estar, en mi nube de felicidad que se eleva un poco más cada vez que él susurra «Te amo».

Si quieres mantenerte informado sobre nuevos lanzamientos, ventas, libros electrónicos gratuitos, concursos y mucho más, suscríbete a mi boletín y comparte mi viaje.

[INSCRIBIRSE](#)

o visita mi página web:

[MARY KELLY](#)

Si has disfrutado de la lectura de *Armonía del sol*,
puedes dejar una reseña.
Las reseñas son muy valiosas para un autor
y ayudan a correr la voz.

NUEVA SERIE - LIBRO GRATUITO

¿Buscas misterio y romance?
Sigue las aventuras de Ellie y Alex,
los héroes de *Misterio para dos*,
mi nueva serie de misterio romántico.

Una serie romántica original, chispeante e ingeniosa
con un trasfondo de misterio y evasión.

¿Tienes curiosidad por saber cómo ha empezado
la aventura de Ellie y Alex?
Visita mi sitio web

<https://andiemadisones.weebly.com/>

para descubrirlo.

Haz clic en el enlace
y sigue las instrucciones
para descargar un ejemplar gratuito de
Escrito en tándem, la precuela de la serie.

<https://andiemadisones.weebly.com/escrito-en-taacutendem.html>

¿Desea escuchar la versión en audio de este libro?
Haz clic en el enlace para descargarlo.

[AUDIO](#)

ARMONÍA AZUL

Amy vuela a Santorini para confrontar a su ex. ¿Qué podría salir mal?
Una divertida y coqueta comedia romántica.

COMPRAR *ARMONÍA AZUL* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

NOTA SIN FIN

Cuando Zoe decide enfrentarse a Solange, su némesis del instituto, conoce a Ian y saltan chispas.

Una divertida y seductora comedia romántica.

COMPRAR *NOTA SIN FIN* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

DULCE MELODÍA

Cuando Allison acaba trabajando para Jake, un codiciado soltero al que desprecia, tiene por fin la oportunidad perfecta para reescribir su pasado.

Divertida, coqueta y alegre.

COMPRAR *DULCE MELODÍA* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

NOTA IMPREVISTA

No solo es su mejor amigo el culpable de su ruptura, sino que ahora está saliendo con la chica mala del instituto.

¡Genial! Lexi acaba de encontrar una forma de vengarse de él.

COMPRAR *NOTA IMPREVISTA* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

MELODÍA DESCONOCIDA

Cuando Christine se encuentra con Logan, no recuerda haberlo conocido antes, y mucho menos haber tenido una relación con él.

¿O en realidad lo recuerda?

COMPRAR *MELODÍA DESCONOCIDA* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

PERFECTA ARMONÍA

Cuando Emily finge estar comprometida con Tom, nunca imaginó que él le seguiría el juego. Ahora él dirige el juego y ella tiene que seguir sus reglas.

Romper las reglas, sin embargo, es su juego favorito, y él debería habérselo pensado dos veces antes de desafiarla.

COMPRAR *PERFECTA ARMONÍA* AQUÍ:

[HAPPY BOOKS](#)

LIBROS DE MARY KELLY

En la serie: *My Day*

Armonía azul
Nota sin fin
Dulce melodía

Armonía del sol
Nota imprevista
Melodía desconocida

[HAPPY BOOKS](#)

En la serie: *Let's fall in love*

Mi comedia romántica: Érase una vez

Mi comedia romántica: Interludio

Mi comedia romántica: Un final feliz

Por siempre... Navidad
Sonríe... Eres famosa
Juegos del corazón
Diferencias... románticas
Cita única... o casi

[HAPPY BOOKS](#)

En la serie: *Cœur sucré*

Pequeños secretos entre amigos
Pequeñas promesas entre amigos
Pequeñas sorpresas entre amigos

[HAPPY BOOKS](#)

En la serie: *Los Misterios de Blue Hills*

Érase una vez una novela
Érase una vez una noche de invierno

Érase una vez una canción
Érase una vez un viaje

[HAPPY BOOKS](#)